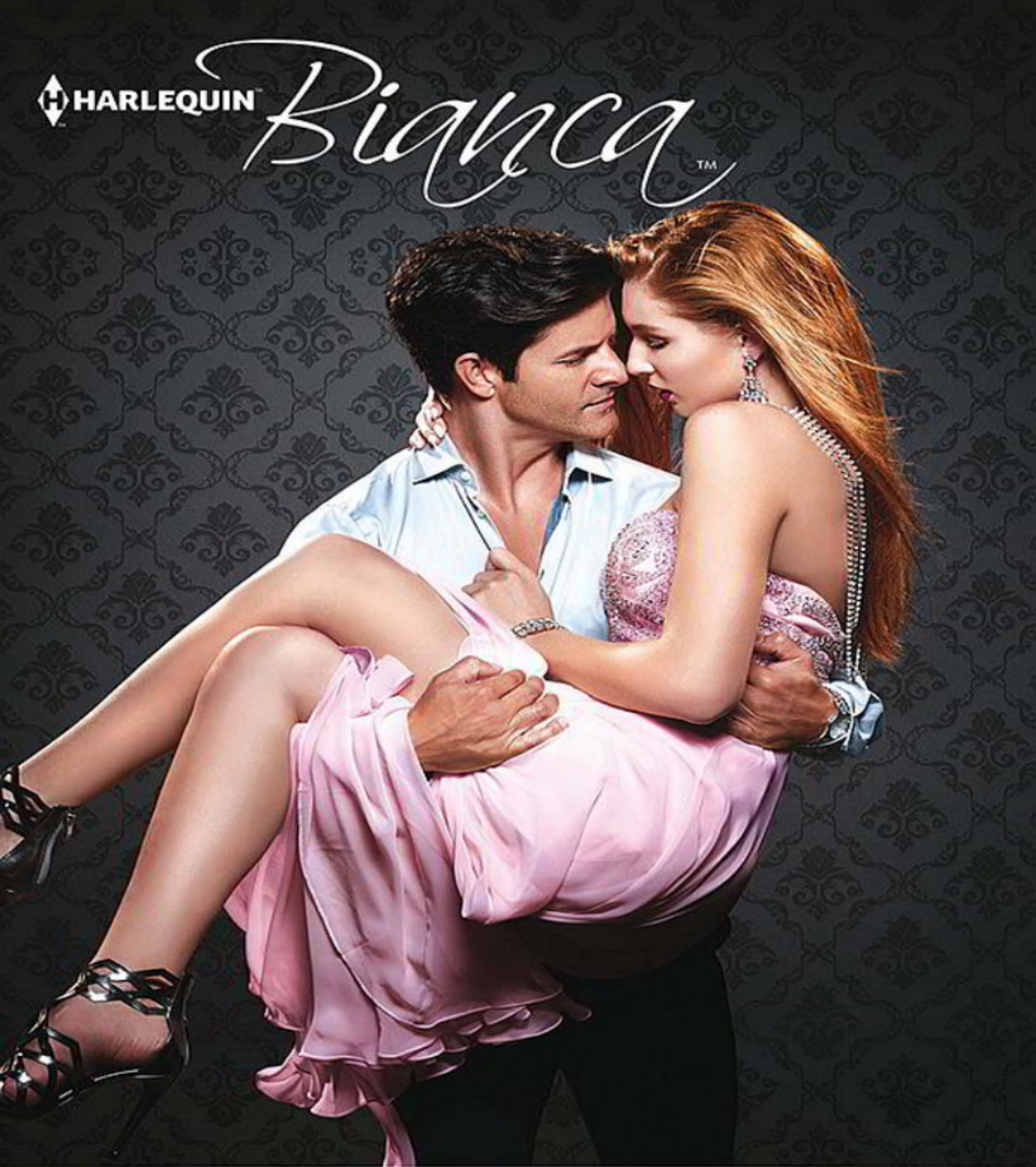

HARLEQUIN
Bianca
SUTIL SEDUCCIÓN
SUSAN STEPHENS

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Pack 143 Bianca, n.º 143 - julio 2018
I.S.B.N.: 978-84-9188-925-0



SUTIL SEDUCCIÓN

SUSAN STEPHENS



Capítulo 1

-*CHE? BUON Dio!*

Luca Tebaldi creía que nada podría ser peor que tener que asistir al entierro de su hermano, pero su padre acababa de sorprenderle con un nuevo desastre.

Lanzó una maldición y cerró la puerta del despacho de su padre ante los que habían acudido a Sicilia para darle el pésame y mostrarle su lealtad al clan de los Tebaldi más que para lamentar la pérdida del hermano pequeño de Luca en un accidente sin sentido. Los Tebaldi eran los reyes sin corona de Sicilia, pero, en días como aquel, el sentimiento de culpabilidad de Luca por haber dejado su tierra muy joven era más profundo y desagradable.

El entierro se iba a celebrar en la isla privada de los Tebaldi, frente a la costa de Sicilia, donde la familia había gobernado sin que nadie los cuestionara durante mucho tiempo. De joven, Luca se había rebelado contra el estilo de vida de su padre y de su hermano porque creía que su manera de comportarse pertenecía a otra época.

El éxito de Luca se basaba en astutas operaciones en los negocios y absorciones legítimas de otras empresas. En numerosas ocasiones, les había suplicado a su padre y a su hermano que cambiaran su manera de actuar antes de que fuera demasiado tarde. No obtuvo satisfacción alguna cuando se demostró que tenía razón.

–Si lo único sobre lo que tuviera que preocuparme fueran las deudas de juego de Raoul… –dijo el hombre al que el mundo entero aún llamaba Don Tebaldi mientras se desmoronaba sobre su butaca de cuero. Tenía un aspecto agotado y derrotado.

–Sea lo que sea lo que haya ocurrido, yo lo arreglaré –respondió Luca para tranquilizar a su padre–. No tienes nada de lo que preocuparte. Después de todo, la sangre era más espesa que el agua.

–Esto no lo puedes arreglar, Luca –le aseguró su padre.

–Claro que lo arreglaré –afirmó Luca con firmeza. Nunca antes había visto a su padre tan derrotado.

–Como si no tuviera bastante con las deudas de juego de tu

hermano, a Raoul le pareció que sería divertido dejarle todo lo que tenía a una chica que conoció en un casino de Londres.

Luca no cambió la expresión de su rostro, pero la mente no dejaba de pensar en el asunto. Su hermano había sido un adicto al juego, que se había ido distanciando progresivamente de Luca. La última vez que se vieron, Raoul le había dicho a su hermano mayor que nunca le comprendería.

–Yo me marcho pronto a Florida –le recordó su padre–, así que tú tendrás que ir a Londres a solucionar este lío de Raoul. Quién mejor que tú para hacerlo, con tu visión tan moral sobre la vida.

El gesto de ira y burla que se reflejó en el rostro de Don Tebaldi revelaba el nivel de desprecio de un padre por sus hijos. Uno demasiado débil y el otro demasiado fuerte, solía decir.

A Luca le resultaba incomprensible que un padre odiara tanto a sus hijos. Lo observó y vio que, mientras movía sus artríticas extremidades detrás del escritorio, tenía el aspecto de un hombre que se había vuelto viejo de repente. Una vida de excesos parecía estar pasándole por fin factura. Luca sintió compasión, aunque nunca habían estado muy unidos. Dado que tenía tanto éxito en sus negocios, podría tomarse un descanso sin ningún problema. Tenía que hacerlo. Su padre lo necesitaba.

–Esto no habría ocurrido si tú me hubieras seguido en el negocio familiar –se quejó el padre mientras se ocultaba el rostro entre las manos.

–Unirme al negocio familiar nunca fue una opción para mí ni nunca lo será –replicó Luca.

Su padre se apartó las manos del rostro. La expresión de su rostro se endureció y se transformó en la máscara implacable que Luca recordaba tan bien de su infancia.

–No te mereces mi amor –le espetó–. No mereces ser mi hijo. Raoul era débil, pero tú eres peor porque podrías haberme sucedido y haber hecho que el apellido Tebaldi volviera a ser grande de nuevo.

–Yo haría cualquier cosa para ayudarte, pero eso no –replicó Luca con voz tranquila. No podía dejar de pensar en su viaje a Londres.

Su padre, por el contrario, seguía mirándolo con desdén. Cuando Raoul y Luca eran niños, Don Tebaldi les decía que ninguno de los dos se había visto bendecido con el instinto asesino de su progenitor, como si aquella fuera una cualidad a la que los dos debieran aspirar.

–Eres un necio testarudo, Luca. Siempre lo has sido.

–¿Porque no hago lo que tú dices?
–Correcto. En cuanto a Raoul…
Su padre hizo un sonido de desaprobación.
–Raoul siempre hizo todo lo posible por agradarte, padre…
–¡Pues fracasó! –exclamó con ira su padre mientras golpeaba la mesa con el puño para reafirmar sus palabras.
Luca guardó silencio. Había estado lejos durante mucho tiempo, trabajando en sus numerosos proyectos. Deseó haber estado por su hermano. Deseó que su padre pudiera mostrar sentimientos que no fueran el odio. Hasta el despacho apestaba a amargura y desilusión hacia sus hijos. A pesar de todo, Luca se sentía obligado a darle ánimo a su padre y lo habría hecho si la fría mirada del anciano no hubiera impedido todo contacto humano entre ellos. Era una expresión que carecía por completo de la calidez que debería existir entre un padre y su hijo.
–Déjame –le ordenó su padre–. Si no tienes nada positivo que ofrecer, ¡fuera de aquí!
–Nunca –dijo Luca con voz tranquila–. La familia es lo primero, tanto si me ocupo del negocio familiar como si no.
–¿Qué negocio familiar? –gritó su padre amargamente–. Gracias a tu hermano, no queda nada.
–Tenemos que proteger a los isleños –afirmó Luca con voz tranquila.
–¡Pues protégelos tú! –rugió su padre–. Yo ya he terminado aquí.
El hombre que había sido un gran líder, volvió a ocultarse el rostro entre las manos y comenzó a sollozar como un niño. Como gesto de respeto, Luca se dio la vuelta y esperó a que la tormenta pasara. No iba a ir a ninguna parte. Ni su padre ni Raoul habían podido aceptar nunca que él los amaría de todos modos, pasara lo que pasara.
Luca Tebaldi podría haber sido un digno sucesor del hombre que había gobernado en su feudo con mano de hierro durante más de cincuenta años. Con más de metro ochenta de estatura y el cuerpo musculado de un gladiador romano, Luca era un hombre muy atractivo. Con el intelecto de un erudito y la firme mirada de un guerrero, Luca poseía la actitud y la personalidad de un hombre nacido para gobernar. Sin embargo, era su inteligencia lo que le había reportado todo su éxito. Sus intereses empresariales eran totalmente legítimos y se habían creado muy lejos del imperio de su padre. Su atractivo sexual lo hacía irresistible para las mujeres, pero Luca no tenía tiempo para ese tipo de influencias en su vida, aunque su apasionada madre, ya fallecida, le había inculcado la

apreciación por el sexo opuesto. Luca había aprendido a controlar férreamente su libido.

Su padre levantó por fin la mirada.

–¿Cómo es posible que no supieras lo que le estaba ocurriendo a Raoul? Los dos teníais casa en Londres.

–Nuestros caminos raramente se cruzaban –admitió Luca. Su vida era muy diferente de la de su hermano–. ¿Hay algo que deba saber antes de marcharme a Londres?

Su padre se encogió de hombros.

–Raoul debía dinero a muchas personas. Tenía varias propiedades, aunque todas hipotecadas. ¡Es el fondo de inversión lo que me preocupa! ¡Eso se lo queda esa mujer!

Un fondo de inversión que valía millones y una de las pocas fuentes de dinero que Raoul no había podido malgastar. La razón era que no podía tocar el fondo hasta que cumpliera los treinta años, una fecha para la que aún le hubieran faltado seis meses.

–Ese fondo hará que la novia de Raoul sea realmente una mujer muy rica –murmuró–. ¿Sabemos algo sobre ella?

–Suficiente para destruirla –dijo su padre con gran placer.

–Eso no será necesario –repuso Luca–. Raoul no esperaba morir tan pronto. Probablemente redactó ese testamento bajo un impulso repentino, probablemente después de que tuvierais una discusión o algo así. Con toda seguridad, mi hermano habría cambiado sus intenciones a tiempo.

–Muy reconfortante –se mofó su padre–. Lo que necesito saber es lo que vas a hacer al respecto ahora.

–Preferiría que Raoul siguiera con vida –le recriminó Luca a su padre.

–¿Para que hubiera vivido a tu manera? –replicó su padre con gesto airado–. Trabajo duro y confianza en tus semejantes, a quien por cierto no les importas ni un comido. ¡Yo preferiría estar muerto que vivir así!

–Raoul ha pagado el precio más alto.

Se había cansado de tratar de hablar con un anciano egoísta. Él lamentaba la muerte de su hermano y ansiaba estar solo para poder recordar momentos más felices. Raoul no siempre había sido débil o un delincuente. De niño, con el mundo a sus pies, Raoul era confiado, divertido y travieso. Luca lo recordaba como un pilluelo de cabello revuelto al que le gustaba seguir a Luca y a sus amigos para demostrar a los chicos mayores lo osado que podía ser. Raoul nadaba tan rápido como ellos y bucear a la misma profundidad. En ocasiones, permanecía sumergido durante tanto tiempo que Luca

tenía que ir a buscarlo. Aquella actitud molestaba mucho a Luca, pero la osadía de Raoul le había abierto las puertas del grupo. Luca y sus amigos fueron desprendiéndose poco a poco de aquella rebeldía a medida que fueron adquiriendo responsabilidades, pero Raoul jamás perdió su amor por el peligro y, en un último acto de rebelión, terminó por unirse a una banda que realizaba carreras ilegales. Murió en el acto en una colisión frontal entre dos coches. Milagrosamente, no hubo que lamentar más bajas, pero la muerte de Raoul supuso el horrible desperdicio de una vida.

–¡Qué tragedia! –murmuró Luca mientras recordaba los detalles que le relataron los oficiales de policía que acudieron al lugar del accidente.

–Qué lío, más bien –comentó su padre–. A veces creo que la única intención de tu hermano era hacerme daño.

«Siempre compadeciéndose de sí mismo», pensó Luca. Sin embargo, cuando vio que el puño de su padre agarraba un abrecartas y parecía estar a punto de clavarlo en el documento que tenía delante de él, que tan solo podía ser el testamento de Raoul, tuvo que intervenir.

–¿Podría verlo antes de que lo destruyas?

–Por supuesto –respondió su padre mientras empujaba los papeles a través del escritorio–. El abogado de Raoul estuvo aquí antes del entierro. Como cortesía para conmigo, me dijo… –añadió el anciano mientras hacía un gesto de desprecio–. Cuando los dos sabemos que solo le interesaban sus honorarios.

–No creo que se le pueda culpar por eso –comentó Luca mientras se sentaba para comenzar a leer–. Raoul no era muy rápido a la hora de pagar sus deudas. Y mucho menos ahora –añadió levantando brevemente la cabeza.

La expresión de su padre se endureció.

–No lo estás entendiendo, Luca. La visita del abogado fue una advertencia. Me vino a decir a mí, a mí, a Don Tebaldi, que no debía traspapelar accidentalmente ni destruir el testamento de Raoul dado que él ya le había puesto encima esos ojillos de comadreja que tiene.

–Raoul era libre para hacer lo que quisiera –comentó Luca–. Este documento está muy detallado. Esa mujer debió de haber significado mucho para él.

–Es poco probable que esa mujer estuviera enamorada de él –replicó su padre–. Más probablemente, era una mentirosa. Gracias a la mala gestión de Raoul, la familia Tebaldi ha perdido la mayoría de su poder e influencia, pero seguimos teniendo enemigos. ¿Y si

uno de ellos envió a esa mujer para aprovecharse de él? Me lo estoy imaginando perfectamente…

–¿Se le ha comunicado a esa mujer la muerte de Raoul? –lo interrumpió Luca.

–Le he pedido al abogado que espere. Le he compensado generosamente por ello. Y esa mujer no se enterará por los medios de comunicación. La muerte de tu hermano no se ha hecho eco en la prensa internacional, dado que Raoul habría tenido que destacar en algo para que así hubiera sido. Así que no, no lo sabe todavía. En ese sentido, aún le llevas ventaja. Ve a Londres. Cómprala. Haz lo que haga falta…

Mientras su padre seguía hablando, Luca se enfrentó de nuevo al dolor por la pérdida de un hermano al que había amado de niño y con el que había perdido el contacto de adulto. En las pocas ocasiones en las que se habían visto antes del accidente, Raoul se había burlado del modo en el que Luca vivía su vida y Luca, por su parte, se había sentido muy frustrado por el hecho de que Raoul pareciera incapaz de escapar del círculo vicioso de apuestas y deudas. La última vez que se vieron, sintió que Raoul quería decirle algo, pero que no parecía capaz de confiar en él. No servía de nada preguntarle a su padre de qué se podría haber tratado, pero tal vez la mujer podría aclararle algo. Iría a Londres para averiguar quién era y lo que quería.

–¿Qué es lo que sabemos de esa mujer?

–Es una mosquita muerta –afirmó su padre con confianza–. No te supondrá problema alguno. Vive modestamente sin dinero, sin familia y sin medios para enfrentarse a nosotros.

–¿Eso te lo ha dicho el abogado? –quiso saber Luca frunciendo el ceño.

–Aún tengo mis contactos –dijo el padre colocándose un dedo junto a la nariz para demostrar lo astuto que era–. Trabaja en Smithers & Worseley, la casa de subastas que comercia con las finas gemas que yo colecciono. Prepara el té, limpia el polvo… pero por lo que me han dicho está estudiando algo de relumbrón –añadió con tono burlón–. Llamé a Londres esta misma mañana para averiguar todo lo que he podido sobre ella.

El hecho de que su padre pusiera el interés económico por encima de la mujer de su hijo el día mismo del entierro podría haber escandalizado a Luca. Desgraciadamente, conocía muy bien a su padre.

–Utilicé mi encanto con el director de la casa de subastas –prosiguió en tono jocoso el anciano–. Él estuvo encantado de

cotillear con Don Tebaldi, uno de sus mejores clientes…

Luca pensó que probablemente también el cliente más ingenuo. Su padre era como una urraca. Le encantaba coleccionar relucientes piedras preciosas.

Se le empezó a formar una idea en la cabeza. Recordaba haber leído algo sobre una fabulosa gema con una maldición que se iba a subastar en breve en Smithers & Worseley. Cuando una piedra tenía una maldición, su padre pagaba lo que fuera para conseguirla. La colección secreta de Don Tebaldi no tenía rival. Mantenía sus tesoros ocultos en la isla, donde solo él podía admirarlos.

–La mujer tiene otro trabajo. Es camarera del bar del casino al que tu hermano solía ir a jugar –continuó su padre mientras dejaba evidente el desprecio que sentía por aquella mujer con una sonrisa de desprecio–, Me imagino que aceptó el trabajo para poder relacionarse con hombres con dinero.

–Eso no lo sabemos –dijo Luca. Dudaba que una mujer con sentido común se fijara en un jugador compulsivo como lo había sido Raoul–. La encontraré. Dices que es una mosquita muerta, pero no tenemos pruebas de eso. Sea como sea, va a ser una mosquita muerta muy rica, lo que significa que podrá ir picoteando para abrirse paso a través de la seguridad que he levantado para protegerte del pasado.

–¿Del pasado? ¡Bah! Cuando me haya marchado a vivir en Florida, ninguna de esas sombras podrá alcanzarme ya. Yo soy parte del pasado. Estoy acabado –añadió con autocompasión–. Haz lo que tengas que hacer. Seducirla incluso, si es preciso.

Luca apartó la mirada. Tenía cosas más importantes que hacer que cumplir las fantasías de su padre.

–Se me ocurre una idea mejor.

–¿Cuál?

–Nos quedan seis meses hasta que se libere el fondo de inversión de Raoul. Ella no puede tocar el dinero hasta entonces. Y, por si acaso al abogado le da un ataque de conciencia, la mantendré alejada de él.

–¿Piensas traerla aquí a la isla?

–A mí me parece la solución evidente.

–¿Y cómo vas a convencerla para que haga algo así? –quiso saber su padre, muy interesado.

–Tú comprarás otra piedra.

–Ah… –dijo Don Tebaldi al comprender por fin a lo que se refería su hijo–. Es una solución brillante, Luca. Adelante. Pero diviértete también un poco. La vida no tiene que ser solo sobre

principios y moralidad. Podría ser una chica muy guapa y está en deuda con nosotros por el estrés que me ha causado.

Luca se sentía asqueado, pero prefirió no comentar nada al respecto. Había llegado la hora de cazar a la mosquita muerta.

–¡Es la Noche de la Nostalgia en el club! –anunció en voz muy alta Jay-Dee. Normalmente, era camarero como Jen en el casino, pero, por una noche, iba a ser el maestro de ceremonias de la fiesta benéfica anual.

Jen pensó que Jay-Dee estaba en su elemento. Él tenía una manera de ser muy cálida y teatral, junto con tanta energía vital que todo el mundo lo adoraba.

Jen consideraba a sus amigos del club como gloriosas y coloridas señales de exclamación en su tranquila y ordenada vida. Cuando no trabajaba en la casa de subastas, estaba estudiando con los pies tan cerca del calefactor eléctrico de tres barras de su estudio que corría el peligro de que le salieran sabañones. Su objetivo era terminar sus estudios de Gemología. Su madre fue una afamada gemóloga, que les había transmitido a sus hijas la fascinación por los tesoros que escondía la tierra. Cuando eran niñas, les contaba historias sobre tesoros ocultos, por lo que no era de extrañar que Lyddie hubiera crecido deseando ponérselas en joyas, mientras que Jen ansiaba desesperadamente aprender todo lo que pudiera sobre ellas. Sin embargo, era el trabajo en el casino lo que, de algún modo, le daba un poco de picante a su vida y la ayudaba a reemplazar a la familia que había perdido. Sus padres murieron cuando Jen solo tenía dieciocho años en un accidente de coche. Los Servicios Sociales habían querido hacerse cargo de Lyddie, pero, en cuanto Jen se recuperó del duro golpe, decidió que trataría de hacer lo posible para que la vida de su hermana pequeña cambiara lo menos posible. Los trabajadores sociales insistieron que Jen era demasiado joven para hacerse cargo de una niña adolescente, pero la obstinación de Jen pronto consiguió que se saliera con la suya. No iba a permitir que se llevaran a Lyddie a una familia de acogida. Había oído lo que les podría ocurrir a las niñas de trece años y, mientras a ella le quedara aliento en el cuerpo, nadie iba a apartar a su hermana de su lado. Tan solo el destino podría hacerlo.

–¡Rascaos los bolsillos! –exclamó Jay-Dee, sobresaltando a Jen–. Sabéis que lo estáis deseando. ¡La ONG necesita vuestra ayuda! Tal vez nosotros podríamos necesitar que nos echen una mano algún

día… ¡Buscad bien, amigos míos! Nuestro primer lote… –añadió mientras le indicó frenéticamente a Jen que se uniera con él en el escenario–. ¿Qué me dais por esta conejita regordeta, lista para la cazuela?

–¡Por el amor de Dios! –explotó Jen entre risas mientras comprobaba que llevaba las largas orejas de conejo en su sitio–. ¿Cómo se supone que voy a poder salir al escenario después de esa introducción?

–Con actitud –le dijo Tess, la jefa del casino y que, además, era una de las mejores amigas de Jen.

–¿Y tiene Jay-Dee que poner a los invitados presas de tal frenesí? Si esta Noche para la Nostalgia no fuera para recaudar dinero para una ONG tan merecedora de ello, jamás conseguiríais que me subiera ahí arriba.

Jen tenía una especial simpatía por aquella ONG. Sus voluntarios la habían ayudado mucho cuando su hermana murió. Uno de ellos había estado a su lado desde el momento en el que vio a Lyddie en coma en la UCI hasta el emotivo funeral por su hermana.

–Recaudar dinero para esta ONG es el único motivo por el que os he permitido que me vistáis con este corsé tan apretado y que me pongáis una colita de conejo en el trasero –dijo Jen mientras, en silencio, dedicaba la próxima hora a la hermana a la que tanto le habría gustado estar allí para animarla.

–Cuanto más interés generes, más pagarán –declaró Tess mientras se colocaba la pajarita que se había puesto, a juego con el traje estilo años cuarenta–. Lo disfrutarás más cuando tengas las luces sobre ti.

–¿Me das tu palabra de eso? –le preguntó Jen.

–¡Salta, conejita, salta! –le ordenó Tess haciendo como que blandía un látigo.

–Me siento como un conejo cegado por los faros de un coche mientras que los perros ladran desde el otro lado de la carretera…

–No me pareces menos de un tigre… aunque algo pequeño, eso sí –bromeó Tess–. Deberías estar orgullosa de tus atributos –añadió mirando con apreciación la redondeada figura de Jen.

–Con esas luces, al menos no veré a ninguno de los que estén pujando por cenar conmigo… es decir, si puja alguien, que lo dudo.

–Claro que pujarán –le aseguró Tess–. Ahora, ¡sal ahí y menea bien el trasero, señorita!

–¿Qué me dais por esta regordeta conejita lista para la cazuela? –volvió a decir Jay-Dee con un tono algo histérico mientras miraba

repetidamente a su alrededor.

–¡Pues nada! –declaró Jen sabiendo que ya no podía demorar más su salida al escenario.

Se sintió expuesta bajo los potentes focos. El traje de raso tenía la forma de un traje de baño especialmente sugerente. Iba acompañado por unas medias de red color carne y unos zapatos con un tacón estratosférico. Hasta la propia Jen tenía que admitir que con su largo cabello rojizo suelto detrás de las orejas de conejo el efecto era asombroso, aunque muy diferente de su normal apariencia.

–Va por ti, Lyddie –murmuró.

Jay-Dee, que estaba vestido con unos llamativos pantalones de campana y botas de plataforma de los años setenta, respiró aliviado al verla aparecer por fin y la condujo al centro del escenario.

–¡Estás preciosísima! –exclamó mientras todos los presentes aplaudían con mucho entusiasmo.

–Estoy ridícula –repuso Jen entre risas. Entonces, decidió comportarse acorde el espíritu de la fiesta e hizo una pose.

Capítulo 2

MIENTRAS DETENÍA su vehículo frente al exclusivo club de Londres, Luca reflexionó que su padre solo confiaba en él cuando quería algo. Nunca habían estado unidos ni nunca lo estarían. Luca se había construido su vida lejos del hogar familiar, donde había crecido tras alambres de espino y guardas armados patrullando por los jardines.

Le dio al mozo una propina para que le aparcara el coche, se puso la americana, se alisó el cabello y se tiró de los puños de la camisa, adornados por gemelos de diamantes negros. Aquella era su imagen de Londres, la que le franqueaba el acceso incluso a los clubes más exclusivos, en los que solo se admitían socios. Aún no había llegado a la puerta cuando esta se abrió para darle la bienvenida. La primera impresión que le causó aquel elegante garito fue que era tan sombrío como el despacho de su padre. Tenues luces para crear ambiente y, aunque dudaba que los cristales fueran blindados, las sombras que lo rodearon le recordaron al hogar que prefería más bien olvidar.

–¿Ha venido a la subasta, señor? –le preguntó la recepcionista dedicándole su mejor sonrisa.

–Discúlpeme. No estaba prestando atención. ¿Una subasta?

–Sí, con fines benéficos, señor. Es para apoyar a los que tienen lesiones cerebrales y a los que cuidan de ellos o a los que se sienten desprotegidos –explicó la mujer con una sonrisa–. No crea que, por ello, la noche va a ser aburrida. Ni mucho menos. Hay un buen jaleo ahí dentro. Estoy segura de que lo pasará bien.

Luca lo dudaba. Le entregó a la mujer un billete de valor alto.

–Por las molestias…

–Que tenga buena noche, señor.

Luca lo dudaba también.

Tardó unos instantes en ajustar la mirada. Si la entrada al club estaba muy poco iluminada, la sala estaba prácticamente a oscuras. No estaba funcionando ninguna de las mesas de apuesta. Las

miradas de todos los presentes se centraban en el escenario, que sí estaba muy iluminado. Allí, una chica ligera de ropa, ataviada con un bañador de raso y orejas de conejo que se le sostenían precariamente encima de la cabeza, daba vueltas y bailaba mientras los asistentes lanzaban sus apuestas.

–¿Qué es lo que está pasando? –le preguntó a un camarero que pasaba con una bandeja llena de copas.

–Se está subastando una cena para dos con la señorita Coneja.

–Gracias –dijo mientras le daba un billete de veinte y luego se apoyaba sobre una columna para poder observar.

Comprendió enseguida por qué había tanto interés. La señorita Coneja tenía algo único, que casi le hizo sonreír. No era que se le diera muy bien lo que estaba haciendo, más bien se le daba fatal, pero parecía importarle un comino que así fuera. Tenía sentido del humor a raudales, pero carecía por completo de ritmo y no sabía cómo andar con elegancia sobre aquellos zapatos de tacón tan alto. Se movía de un modo que hizo que Luca deseara quitarse la chaqueta para protegerla de todos los presentes, pero entonces miró a su alrededor y vio que todos estaban a su favor. Volvió a mirar al escenario.

Ella pareció notar el interés de Luca y las miradas de ambos conectaron brevemente. Una ceja levantada le indicó a Luca claramente que no se agradecería ningún intento de rescate.

Había fuego bajo aquel disfraz y ello fue suficiente para mantenerlo pendiente hasta el final de la actuación. Era una mujer atractiva, aunque no llamativa ni descarada, por mucho que se estuviera esforzando por parecerlo. Los clientes no hacían más que silbar y animarla aplaudiendo con manos y pies. Al ver a otro camarero, recordó la razón de su presencia en el club y, de mala gana, se apartó de la columna para preguntarle si una tal señorita Jennifer Sanderson trabajaba en el club.

–Jen es una de las camareras –le confirmó el camarero–, pero esta noche no –añadió mirando al escenario–. Solo por esta noche, Jen está participando en una subasta para fines benéficos. Es una causa a la que se siente muy unida. Es la que está en el escenario en estos momentos. Es sensacional, ¿verdad? Solo había visto a Jen antes con el uniforme de camarera o con vaqueros. Resulta sorprendente la diferencia que hacen un par de orejas.

No era las orejas lo que Luca estaba mirando.

Su plan acababa de cambiar. Tratar con una mosquita muerta era una cosa, pero, por el modo en el que estaba manejando a los espectadores del club, dudaba que la señorita Sanderson se

pareciera en algo a lo que su padre se había imaginado. Tenía a todos los clientes del club comiendo de la palma de su mano. Cuanto más se movía por el escenario, más rendidos caían a sus pies. El camarero tenía razón. Era sensacional. Jennifer Sanderson tenía de mosquita muerta lo mismo que Luca.

Jen no se podía creer lo altas que estaban subiendo las apuestas.

–Sigue –le aconsejaba Tess desde el lateral del escenario.

Jen se colocó de espaldas a los espectadores y levantó el trasero para menear la colita de conejo con tanto entusiasmo que todos empezaron a apostar de nuevo.

–Creía que eras una feminista confesa –le recriminó Jen a Tess cuando salió del escenario en medio de un ruidoso aplauso.

–No me importa dejar mis principios a un lado cuando nos acabamos de embolsar diez mil libras para nuestra ONG –exclamó Tess.

–¡Diez mil libras! –gritó Jen mientras abrazaba a su amiga con gran alegría–. Estaba tan ocupada meneando el trasero que no escuchaba las apuestas. ¿Y quién ha pagado tanto dinero para cenar conmigo?

–Supongo que alguien a quien no le gusta perder el tiempo –sugirió Tess mientras se encogía de hombros–. Ahora, ha llegado el momento de que te pongas el uniforme y empieces a servir a esos hambrientos clientes –añadió–. Necesitarán algo para calmarse después de toda la excitación que tú les has dado.

Jen se marchó con una amplia sonrisa en el rostro. Estaba desando quitarse aquel disfraz tan apretado. Uno de los aspectos positivos del club era que se podía decir que no había dos noches iguales. Le encantaba su trabajo. Si no trabajara allí, no se enteraría de las cosas que se enteraba. Algunos clientes estaban muy solos y la única razón por la que apostaban era para combatir su soledad. Jen sabía que, para algunos, apostar era una enfermedad, pero siempre se le había dado bien escuchar y estaba agradecida a los clientes del club por haberla salvado cuando Lyddie resultó gravemente herida en un accidente de bicicleta. Hablar con la gente y tener una rutina a la que aferrarse había ayudado a Jen a salir del agujero negro al que la pena la había lanzado. Los voluntarios de la ONG le habían dicho que encerrarse en sí misma era lo peor que podía hacer. Tenía que salir y empezar de nuevo a vivir por su hermana. La vida era muy valiosa y no debería desperdiciar ni un instante. Tenían razón, y por eso se había disfrazado aquella noche.

Haría lo que fuera para apoyarlos después de lo que habían hecho por ella.

Tras ponerse el uniforme blanco y negro de camarera, Jen se abrió paso a través de los clientes que se reunían en torno a la barra del bar.

–Perdone –le dijo a un hombre que le impedía el paso.

El cuerpo de Jen reaccionó violentamente de aprobación. Demasiado bronceado y demasiado en forma para ser uno de los habituales en el club. Era alto, moreno y atlético, con un espeso cabello negro. Esbelto y musculado, su actitud exigía obediencia. Podría ser que se tratara de alguien importante. Ciertamente, su presencia resultaba muy intimidante y tenía algo que hacía temblar a Jen en su interior. Tenía una masculinidad descarada. Debía de ser eso. Además, a Jen le pareció que lo conocía de alguna parte. Había estado apoyado contra una columna mientras ella bailaba y habían intercambiado un par de miradas. Sin embargo, al verlo de cerca, Jen se preguntó si lo habría visto antes en el club.

–Le agradecería mucho poder hablar con usted en privado –le dijo él.

–¿Conmigo? –preguntó Jen. Miró a su alrededor, pensando que un cliente tan importante debería preguntar por la directora.

–Sí. Con usted. A solas.

Seguramente era el hombre más atractivo que había visto nunca, pero no tenía intención alguna de hablar con él en privado.

–Lo siento, pero tengo que trabajar.

El desconocido no se tomó bien el rechazo. Levantó una ceja mientras Jen miraba a su alrededor en busca de uno de los miembros del equipo de seguridad.

–No los va a necesitar –dijo él como si pudiera leerle el pensamiento–. No quiero hacerle ningún daño.

–Eso espero –comentó ella forzando una sonrisa–. Lo siento, pero tengo que marcharme –añadió mientras trataba de dejarlo atrás. Sin embargo, él permaneció inamovible.

–He pagado mucho dinero para poder cenar con usted.

–Ah, ha sido usted… –dijo ella mientras recordaba las diez mil libras. De repente, recordó por qué le resultaba familiar.

Jen levantó una ceja mientras él la miraba de arriba abajo, calentándole la piel por donde pasaba.

–Usted es italiano, ¿verdad?

–Siciliano para ser exacto.

–Muy glamuroso –comentó ella distraída, mientras pensaba lo que aquello podría significar

–No lo creo.

Su cuerpo se estaba volviendo loco. Aquel desconocido exudaba feromonas, pero el celibato se había convertido para Jen en un hábito que no había visto razón alguna para romper. Ciertamente, estaba pagando por tantos años de negación en aquellos momentos.

Él frunció el ceño mientras inclinaba la cabeza ligeramente para mirarla.

–¿Qué le hace pensar que los sicilianos somos glamurosos?

–Bueno, ya sabe… Sicilia me parece un destino de vacaciones muy glamuroso. Fabuloso paisaje, un mar de color esmeralda, arenosas playas, el Padrino…

–Eso es tan solo una película –la interrumpió él.

–Lo sé. Bueno, ¿hay algo más que pueda hacer por usted antes de ponerme a trabajar?

–Sí. Confirmar la fecha de nuestra cena.

–Bueno, me temo que no podrá ser esta noche. Lo siento mucho, pero estoy segura de que podremos solucionarlo de algún modo.

Jen esperó que él aceptara la indirecta y se apartara para ir a hablar con Tess o con Jay-Dee. No se movió.

–Podría hablar con la directora del casino, que se llama Tess, sobre su premio. Ella está allí, junto a la puerta –dijo ella, señalando.

–Preferiría hablar con usted –replicó él, de un modo que le erizó todos los cabellos de la nuca a Jen.

No iba a ceder. Había pagado mucho dinero que iría a parar a las manos de la ONG favorita de Jen. Ella no debía hacer nada que pusiera eso en peligro.

–Solo unos minutos de su tiempo –insistió él con una sonrisa.

–Es que voy a llegar tarde a mi trabajo.

–Estoy seguro de que, en esta ocasión, se lo pasarán por alto. Ya ha estado trabajando en otra cosa.

–Sí, pero ahora que la subasta ha terminado, estamos algo escasos de personal…

–Una pena…

Él sonreía de un modo muy atractivo y cálido, pero, desde el cuello de su camisa hecha a medida hasta la punta de los zapatos, irradiaba dinero, poder y éxito. ¿Por qué un acaudalado y guapo siciliano estaba dispuesto a gastarse diez mil libras en cenar con una camarera? Sin duda, podría elegir entre las mujeres más bellas del mundo. ¿Acaso era que tenía un corazón inclinado a realizar obras benéficas y había dado la casualidad de que entrara en el club precisamente aquella noche?

Jen estaba empezando a tener un mal presentimiento.

Le recordaba a Raoul Tebaldi, un jugador empedernido al que Jen había conocido en el club. Todo el mundo sabía que Raoul era el hijo de un hombre que había sido un famoso mafioso en su tiempo, pero Jen le había tomado aprecio al callado siciliano. Ella había perdido a su hermana y él estaba distanciado de su familia. La separación de su hermano era lo que más le dolía porque habían estado muy unidos cuando eran jóvenes. Aquella sensación de pérdida los había ayudado a establecer un vínculo y se habían hecho amigos. Jen había esperado ver a Raoul en el club, pero él no había ido desde hacía bastante tiempo. De repente, sintió miedo al pensar que le podría haber ocurrido algo a Raoul, pero vio que el jefe de camareros requería su presencia y comprendió que tenía que dar por finalizada aquella conversación.

–Le prometo que cenaremos otra noche –le aseguró al siciliano.

–No puedo esperar mucho tiempo.

Jen sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Entonces, comprendió que seguramente a lo que él se refería era a que no iba a estar mucho tiempo en Londres y no al hecho de que sintiera impaciencia por estar con ella.

–No le defraudaré –le prometió.

El siciliano entornó la mirada, como para advertirle que era mejor que no lo hiciera.

–Hagamos que nuestra cena sea en un momento y en un lugar que yo elija –sugirió él–. Así, será una sorpresa.

–Debería ser aquí –dijo ella–. Eso es por lo que ha pagado.

–Mientras le pongamos fecha antes de que me vaya…

–Estoy segura de que será posible.

Aquella mujer era tan inocente como parecía o era muy buena actriz. Ninguna de las dos posibilidades podía explicar los actos de Raoul. La inocencia no había sido algo que Raoul pudiera conocer bien y si ella, de algún modo, lo había manipulado, eso significa que Jennifer Sanderson podría representar un problema. Tal y como su padre había predicho, la tragedia no había llegado a las noticias internacionales, por lo que lo más probable sería que ella desconociera que Raoul había muerto. Luca no podía estar seguro si su hermano pequeño habría compartido los contenidos de su testamento con ella, pero no tardaría en descubrirlo.

–Le gustará la comida de aquí –afirmó Jen–. Además, será gratis.

«Si diez mil libras se puede considerar gratis», pensó Luca mientras la balanza se inclinaba hacia el lado de la inocencia.

–¿Cenar aquí? –preguntó frunciendo el ceño.

–¿Y por qué no? –replicó ella mientras levantaba el rostro hacia él de un modo que despertó los sentidos de Luca.

La había acompañado hasta el límite del restaurante, pero el casino era un recordatorio demasiado potente de todo en lo que se había equivocado con respecto a su hermano. Quería marcharse para no ver la barra en la que Raoul habría bebido demasiado o las mesas en las que su hermano había tirado el dinero. Había querido mucho a Raoul y había deseado de corazón que llegara el momento en el que los dos pudieran volver a estar juntos, pero Raoul lo había apartado de su lado. Desgraciadamente, ya era demasiado tarde.

–No se sentirá desilusionado –afirmó Jen. Había malinterpretado la expresión del rostro del siciliano–. Los chefs son excelentes.

–Tal vez a usted le gustaría cambiar –dijo él–. Podríamos ir a cualquier parte, y me refiero a cualquier parte del mundo.

Jen se quedó atónita. Aquel hombre era lo suficientemente rico como para pagar una fortuna para cenar con ella por una razón desconocida y, además, le estaba sugiriendo que debería dejar que él la llevara a cualquier lugar desconocido. ¿Sería tan estúpida como para aceptar?

El corazón se le aceleró de excitación. El cuerpo tampoco la ayudó mucho. Por suerte, tenía sentido común. Aquel hombre podría tener a cualquier mujer que deseara. Ella ni siquiera recordaba la última vez que había tenido una cita. Había llegado el momento de volver a la realidad.

–Es muy amable de su parte –le dijo cortésmente–, pero, dado que no nos conocemos, estoy segura de que usted comprenderá que yo le diga que me siento más segura aquí.

–¿Acaso no confía en mí?

Jen no respondió. Centró su pensamiento en la ONG y sugirió:

–¿Qué le parece mañana a las siete en punto aquí? Antes de que el club se llene demasiado. ¿Le viene bien?

–Ya estoy deseándolo –contestó, con otro brillo sospechoso en la mirada.

–Estupendo. Yo también. Ahora, de verdad que tengo que marcharme.

–Por supuesto.

Con esto, él se dio la vuelta. Jen lo observó con admiración mientras se marchaba, hipnotizada por la imagen de aquellas largas y fuertes piernas y la corpulenta espalda. Solo cuando él desapareció de su vida, se dio cuenta de que ni siquiera se habían presentado. ¿Tendría alguna relación con Raoul Tebaldi o no?

Jen razonó que él debía de haber dado algún nombre cuando

ganó la subasta. Nadie se desprendía de una cantidad tan grande de dinero sin dar su nombre.

–¿Ocurre algo?

Jen se dio la vuelta y se encontró frente a frente con Tess, que la estaba mirando con preocupación. El sexto sentido de la directora en lo que se refería a sus empleados era infalible.

–No te estaría molestando, ¿verdad? –insistió Tess.

–No. Quería disfrutar de su cena esta misma noche y, como hoy andamos algo cortos de empleados, le dije que no podía. ¿No te recuerda a nadie? –añadió frunciendo el ceño–. ¿Te acuerdas de Raoul, ese hombre tan solitario que jugaba en las mesas hasta que se quedaba sin dinero?

Tess se encogió de hombros.

–Veo miles de hombres aquí todos los días. Ninguno de ellos me llama la atención por mucho tiempo, a menos que se quejen sobre algo. ¿Por qué lo preguntas?

–Por nada… Probablemente esté equivocada. De todos modos, me siento mejor habiendo dejado claro algunas cosas.

–Eso lo podría haber hecho yo en tu nombre –dijo Tess–. Solo tenías que pedirlo.

–Me puedo ocupar de los hombres como él –le aseguró Jen con más seguridad de la que en realidad sentía–. No me merecería un trabajo aquí si no pudiera…

–¿Pero? –quiso saber Tess, que se había percatado de la duda de Jen.

–Pero me ha parecido que ese hombre no juega según las reglas.

–¿A menos que las escriba él?

Jen no contestó. No quería cargar a Tess con sus preocupaciones y no servía de nada estar pensando en ella. Esperó que el trabajo la ayudara a olvidarse de aquel hombre tan misterioso.

Fue un alivio marcharse del club. Luca atravesó el frío aire de la noche como si fuera oxígeno puro. Se sentía como si hubiera tenido la cabeza debajo del agua durante la última media hora. Se culpó de nuevo por no haber sido capaz de detener la caída de Raoul. No se podía creer que hubiera estado tan ciego como para no ver los problemas de su hermano o cómo habían empeorado las cosas.

Las deudas de Raoul eran terroríficas. Luca se había encargado de pagarlas en el club y luego había hecho su donación a la ONG. Después, había estado tratando de analizar la historia de una mujer que se acababa de convertir en heredera de una fortuna de la que

no sabía nada. No había tomado ninguna decisión sobre Jennifer Sanderson. Ella le atraía con sus desafíos y las rotundas curvas de su cuerpo. Resultaba demasiado fácil imaginársela entre sus brazos en un momento de pasión. Tal vez esa no fuera la razón que lo había llevado hasta allí, pero fue el pensamiento del que no se pudo desprender mientras se alejaba del club.

Capítulo 3

ENTREGÓ ESE hombre con el que estaba hablando el dinero de la subasta? –le preguntó Jen tan casualmente como pudo al final de la noche.

–Las diez mil libras –confirmó Tess–. Y pagó las deudas de juego de su hermano.

–¿De su hermano?

–Raoul Tebaldi.

Jen sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Tal y como había sospechado, el desconocido siciliano era el hermano de Raoul. Este le había confesado que se encontraba en una espiral que lo absorbía y lo hacía caer y que solo se arrepentía de no tener relación con su hermano. Recordó que él le había contado cómo le habría gustado poder seguir confiando en Luca como lo hacía cuando eran niños…

Luca.

–No sé nada más sobre él –dijo Tess–. Supongo que vendrá para disfrutar de lo que ha pagado.

–Qué pena… –replicó Jen.

–¿A quién estás tratando de engañar? –le preguntó Tess–. No ocurre todos los días que un hombre venga al club y pague una fortuna por cenar contigo, y mucho menos un hombre que tenga ese aspecto.

–Por eso precisamente tengo mis sospechas –confesó Jen–. Estoy segura de que no soy en absoluto su tipo.

–Bueno, es un hombre generoso con mucho dinero –repuso Tess–. ¿Por qué buscarle tres pies al gato? Mi trabajo aquí es conseguir que todo el mundo esté feliz y que las cosas vayan bien, mientras que el tuyo es hacer que todo el mundo se sienta bienvenido. Nada más. Has encontrado perfectamente el equilibrio, Jen, y por eso eres tan popular.

En lo único en lo que podía pensar Jen era en qué le habría ocurrido a Raoul. No tenía buenos presentimientos. La coincidencia

que suponía que su hermano hubiera pujado por aquella cena con ella era bastante sospechosa. ¿Por qué lo había hecho? ¿Qué era lo que quería? ¿Le habría hablado Raoul de ella? No parecía muy probable. ¿Sería posible que mientras ella seguía con su vida se hubiera desencadenado otra tragedia?

El viernes por la mañana, Jen llegó a su trabajo de día. Oficialmente, según su vida laboral, era una estudiante a tiempo parcial que estudiaba para ser gemóloga y que trabajaba para conseguir experiencia de trabajo con piedras preciosas. En la realidad, iba a la universidad tres días a la semana, era recadera y servía el té a los distinguidos miembros del consejo de dirección de la casa de subastas Smithers & Worseley en Londres.

–La petición del comprador es bastante razonable –anunció el presidente de la prestigiosa casa de subastas. Entonces, miró a través de los cristales de sus gafas de lectura–. Don Tebaldi, nuestro venerable cliente de Sicilia. Puede que algunos de ustedes hayan oído hablar de él.

¿Sicilia? Jen prestó mucha atención.

El presidente realizó una pausa dramática, durante la cual se escuchó una serie de murmullos de crítica por toda la sala. Todo el mundo conocía la reputación del infame Don Tebaldi, un hombre que supuestamente estaba retirado, aunque, en el mundo en el que él habitaba, ¿quién se jubilaba realmente?

–Ha pedido que uno de nuestros empleados lleve el Diamante del Emperador a Sicilia, donde ese mismo empleado montará una exposición de la colección privada de Don Tebaldi, en la que la pieza principal será esta famosa piedra.

–Así, Don Tebaldi no tendrá necesidad de tocar dicha piedra –comentó uno de los directores con una risotada–. Tal vez sea un viejo mafioso, pero tiene tanto miedo de la supuesta maldición como cualquiera.

El presidente esperó a que las risas generalizadas se detuvieran

–Su hijo, el *signor* Luca Tebaldi…

Al oír aquel nombre, Jen levantó la cabeza. ¡Luca Tebaldi! El hombre que había conocido en el club.

–,.. se ocupará de la seguridad –prosiguió el presidente–, tanto para el transporte de la gema como para la gema en sí misma –dijo. Entonces, miró directamente a Jen–. ¿Estoy en lo correcto al pensar que tú aprobaste el módulo de presentación de una exposición con un certificado de excelencia, Jennifer?

–¿Yo? No… sí. Es decir, sí señor.

Volver a escuchar el nombre de Luca la había descolocado por completo. Y oírlo en la misma frase en la que se hablaba de un viaje a Sicilia para montar una exposición para su padre resultaba ciertamente alarmante. Había tenido la sensación de que los acontecimientos iban a apoderarse de ella desde el momento en el que lo vio de pie en el club.

–No es de extrañar que Don Tebaldi no quiera ni tocar esa piedra –comentó otro de los directores–. ¿Quién quiere? Por lo que he oído, a Don se le ha acabado ya la suerte.

Las crueles risas que sonaron alrededor de la mesa dolieron a Jen.

–Su negocio lleva ya algún tiempo cayendo en picado –dijo el presidente–, pero eso es algo que puede cambiar de la mañana a la noche y no hay razón para pensar que los Tebaldi no van a seguir siendo buenos clientes nuestros…

¿Aquello era lo único que le importaba?

–Por alguna razón que no comprendo –prosiguió el presidente–, Don Tebaldi ha pedido que seas tú, Jennifer, la que lleve la piedra a Sicilia y la que se encargue de la exposición con el resto de las gemas.

–¿Yo? –preguntó ella débilmente.

–Le expliqué que aún estabas estudiando –dijo el presidente por encima de los murmullos de sorpresa que resonaron en la sala–, pero Don Tebaldi ha insistido. Parece que ha investigado a todos los empleados y que, tras haber leído el informe de la universidad y descubrir que eres la mejor de este año, ha insistido en que seas tú.

–Pero no puedo…

–Claro que puedes –la interrumpió el presidente–. Don Tebaldi ha amasado una colección de gemas de incalculable valor a lo largo de los años y es un gran honor para ti haber sido seleccionada para esta tarea. Piensa cómo quedaría en tu currículo.

Y en el registro de la casa de subastas. El presidente no hacía nada que no beneficiara su negocio. Sin embargo, ¿por qué elegir a una estudiante cuando el mundo estaba lleno de expertos? ¿Qué era lo que ocurría?

–Está todo acordado –le informó el presidente–. Don Tebaldi no va a aceptar a nadie más, así que viajarás a Sicilia con el Diamante del Emperador y cuando llegues allí, catalogarás su colección y le prepararás una exposición.

Jen se percató de que aquello no pareció sentarles muy bien a los miembros del consejo. ¿A quién no iba a sorprenderle cuando

expertos mundiales estaban sentados a esa mesa?

–Sí, a mí también me ha sorprendido mucho –admitió el presidente mientras se quitaba las gafas para pellizcarse el puente de la nariz–, pero entonces recordé que Jennifer trabaja también en el casino y me pregunté si podría ser que ella hubiera conocido allí a uno de los miembros de la familia Tebaldi…

Jen se sonrojó cuando todo el mundo se volvió a mirarla.

–Podría ser –admitió.

–Bueno, yo no tengo queja alguna de tu trabajo aquí, así que espero que no dejes en mal lugar a Smithers & Worseley.

Jen esperó de todo corazón que las ideas que le habían reportado reconocimiento en la universidad se tradujeran en algo que agradara a su cliente.

–Esto no debería ser un problema para ti, ¿no? –le preguntó el presidente.

Jen dedujo que, en realidad, a él no le importara quién fuera. Solo le interesaba que uno de sus empleados entrara en el mundo secreto de Don Tebaldi. La oportunidad de oír de primera mano los tesoros que él había mantenido ocultos desde hacía años lo cegaba a todo lo demás. Fuera lo que fuera lo que sospechaba sobre lo ocurrido, había decidido que Jen sería el cordero que ofrecería en sacrificio.

¿En cuanto a las sospechas que ella misma tenía? Jen se animó a seguir pensando en aquella resplandeciente reseña en su currículo.

–Estaré encantada de catalogar la colección de Don Tebaldi y de prepararle la exposición.

–Bien. En ese caso, decidido –dijo el presidente con satisfacción–. Te estás convirtiendo rápidamente en una persona indispensable para nosotros, Jennifer. Considera este viaje como unas vacaciones pagadas –añadió–. Puede ser tu paga extra del año.

Eso no significaba que fuera a conseguir un aumento de sueldo. Seguiría tomando el autobús para ir a trabajar dentro de veinte años mientras que los miembros del consejo irían al trabajo en sus Bentleys con chófer.

–Te reunirás con el *signor* Luca Tebaldi a las tres en esta sala –añadió el presidente.

¿Tan pronto?

Jen no oyó mucho más durante el resto de la reunión. Le habría gustado tener un poco más de tiempo para preparar la reunión. La desaparición de Raoul, la venta de una valiosa y famosa piedra a un hombre que resultó ser el padre de Raoul y, además, el hecho de que el hermano de Raoul hubiera pujado en una subasta para poder

cenar con Jen… ¿Debía creer que todo era una coincidencia?

–Jennifer, ¿me estás escuchando? Le estaba diciendo que el *signor* Tebaldi espera ver la última compra de su padre y después le dará los detalles para el transporte del Diamante del Emperador y de ti misma.

–Por supuesto. Muchas gracias por la oportunidad, señor.

Al menos así, tendría oportunidad de llegar al fondo de ese misterio. Decidió que, además, lo haría por Lyddie. Poco antes de su fallecimiento, hacía dos años ya, Lyddie acababa de empezar su carrera como modelo. Había insistido en ir en bicicleta por todo Londres, ya que consideraba que ese era el mejor método de transporte. Al menos Lyddie había tenido la oportunidad de lucir las joyas que tanto le gustaban, dado que había conseguido un contrato con una exclusiva joyería. Iba de camino a la sesión de fotos para la colección de diamantes de la siguiente temporada cuando un coche se llevó por delante su bicicleta. Por ello, Jen haría su trabajo en memoria de todos los que había perdido y lo convertiría en un tributo a su hermana y a los padres que tanto había adorado. Sonrió al recordar cómo Lyddie no podía pasar nunca por delante de un escaparate de una joyería sin gritar de excitación al ver alguna rara piedra que su madre les hubiera descrito. Las piedras preciosas se convirtieron en un vínculo entre ellas cuando su madre murió, dado que les recordaba los momentos en los que su madre les contaba sus historias y las tres estaban juntas y a salvo.

–Informaré a la universidad y les pediré que te den permiso para ausentarte de las clases, por lo que no tendrás nada de lo que preocuparte. Además, ya falta poco para las vacaciones de verano –le dijo el presidente–. Solo una cosa más. Queremos asegurarnos de darle al *signor* Tebaldi la bienvenida con la mayor hospitalidad.

Jen frunció el ceño. Eso de la *mayor hospitalidad* parecía implicar mucho más que simplemente llevar una piedra preciosa a Sicilia. Se mostraría profesional y cortés. Nada más. Si el presidente esperaba algo más de ella, como conseguir futuros contratos, se iba a llevar una gran desilusión.

–El padre del *signor* Luca Tebaldi ha sido un destacado contribuyente a nuestros beneficios –añadió el presidente, confirmando así los temores de Jen–. Por eso, esperamos que su hijo se convierta en un cliente igual de valioso en el futuro.

Jen miró a su alrededor mientras todos los presentes se pusieron a hablar sobre cómo tentar a la familia Tebaldi a gastar más dinero en futuras compras. Ella, por su parte, sintió un escalofrío mientras trataba de convencerse de que sería estupendo cambiar su estudio

lleno de corrientes de aire por un viaje a la soleada Sicilia y que no había modo mejor de honrar la memoria de Lyddie. Sin embargo, nada era nunca tan sencillo y aquel viaje estaba lleno de incertidumbres.

–¿Conoces la historia del Diamante del Emperador? –le preguntó el presidente.

Por fin algo de lo que ella estaba totalmente segura.

–Da la casualidad de que sí –afirmó. Siempre le interesaban las piedras raras que llegaban a la casa de subastas y se tomaba su tiempo estudiándolas–. En una ocasión, lo enviaron por correo en un sobre marrón normal y corriente y llegó a su destino sin contratiempos. Estoy segura de que mi viaje a Sicilia transcurrirá igualmente sin novedad –concluyó, tranquilizando así a todos los presentes menos a sí misma.

«Yo soy ese sobre marrón», pensó Jen mientras el presidente acogía sus comentarios con una tenue sonrisa.

Melvyn Worseley, el presidente, fue a verla más tarde. Le dijo a Jen que, dado que el Diamante del Emperador estaba valorado en treinta y cinco millones de libras, era muy importante cuidar todos los detalles. Jen estaba completamente de acuerdo y confiaba plenamente en sus habilidades. Si había algo que a ella se le daba bien era la iluminación y la colocación de las joyas. Crear un efecto que dejaba sin palabras a quien viera la joya era lo que le había reportado un premio en la universidad. Al menos eso fue lo que le dijo el vicerrector cuando se lo entregó.

–Tal vez podrías ir a arreglarte un poco y a ponerte algo de maquillaje antes de que llegue Luca Tebaldi.

Ella miró de reojo al presidente. Ahí estaba de nuevo la sutil, o tal vez descarada, indirecta. Claro que se asearía, pero un poco de agua fría sería suficiente. No era un concurso de belleza, sino tan solo un cliente que iba a examinar una piedra preciosa de mucho valor. En su caso, no se podía dejar sin palabras a nadie. Se alisó el cabello delante del espejo y comprobó que la coleta estaba en su ligar. Entonces, regresó a la sala de reuniones donde el presidente la estaba esperando.

–Si andas justa de dinero –le dijo mientras observaba el barato atuendo que ella llevaba puesto–, estoy seguro de que te podremos conceder una pequeña cantidad para gastos. Es fundamental crear buena impresión, ¿no te parece?

A Jen le parecía que iba vestida adecuadamente para ir a

trabajar. Llevaba puesta una falda gris que le llegaba por la rodilla y una blusa blanca. Tenía que admitir que había lavado tantas veces la blusa que la tela estaba prácticamente rala, pero si se abrochaba la chaqueta…

El presidente tomó el estuche de terciopelo que contenía la valiosa gema y, con un ademán muy dramático, levantó la tapa. Incluso Jen contuvo la respiración. Fue como si la luminosidad del diamante, tras haber estado tanto tiempo en la caja a oscuras, saltara al exterior en un maravilloso espectáculo de luz. Jen conocía que la física era al revés y que, sin luz, el diamante no era nada. Fuera como fuera, en aquel instante, lejos de estar maldito, el Diamante del Emperador parecía ser poseedor de una fuerza mágica. Tuvo que recordarse que ella no creía en aquellas cosas.

–Estoy seguro de que harás un buen trabajo para poder exponerlo al público –le dijo el presidente, cuando Jen se acercó más al estuche, atraída por la maravillosa piedra

Mientras lo examinaba, a Jen le parecía que un diamante tan hermoso no podía traer nada que no fuera buena suerte. Si ella podía evitarlo, jamás volvería a estar oculto. Recordó que su madre decía que las piedras excepcionales deberían mostrarse al público para que pudieran disfrutar de ella el mayor número de personas.

–¿No te parece un diamante maravilloso? –murmuró el presidente, igual de impresionado que ella, mientras los dos examinaban con admiración una de las maravillas de la Naturaleza.

–Y el techo aún no se ha caído –bromeó Jen.

–Todavía no –afirmó el presidente mientras los dos compartían una sonrisa.

En algún lugar del edificio victoriano, debió de abrirse una puerta, como si hubiera entrado una bocanada de viento.

–El viento del cambio –bromeó ella para tratar de ocultar su aprensión mientras daba un paso atrás.

El presidente prácticamente no tuvo tiempo de guardar el diamante cuando la puerta de la sala se abrió y entró la persona a la que habían estado esperando. De algún modo, Luca Tebaldi había conseguido tener un aspecto más impresionante a la luz del día que la noche del club. Parecía más alto, más misterioso y mucho más peligroso de lo que Jen recordaba. El corazón comenzó a latirle con fuerza cuando él la miró atentamente. ¿Por qué tanto interés? No se podía decir que ella fuera una de las maravillas de la Naturaleza. Era del montón. Sí, iban a cenar juntos aquella noche, pero él estaba allí para ver la fabulosa piedra preciosa que su padre había adquirido. ¿No debería estar concentrándose en eso?

–*Signor* Tebaldi –dijo el presidente mientras avanzaba para saludar a su invitado.

Luca Tebaldi llevaba puesto un precioso traje oscuro, con una impecable camisa blanca adornada con unos elegantes gemelos de zafiros en los puños, lo que le daba el aspecto de un experto en la materia. Comprendió entonces por qué el presidente esperaba que Luca Tebaldi se convirtiera en una fuente de ingresos tan lucrativa para su negocio como lo había sido su padre. Observó cómo los dos hombres intercambiaban un firme apretón de manos y luego vio cómo la atención de Tebaldi volvía a centrarse en ella.

–Jennifer Sanderson, la persona que ustedes han elegido –dijo el presidente a modo de introducción.

Para no parecer abrumada por el recién llegado, Jen tomó la iniciativa. Dio un paso al frente y agarró con firmeza la mano que Tebaldi le ofrecía. Fue como si hubiera metido los dedos en un enchufe. Apartó rápidamente la mano mientras el presidente empezaba a hablar sobre una próxima subasta de gemas muy raras, pero no pudo evitar sentir chispas subiéndole por el brazo y llegándole a partes más sensibles de su cuerpo con incluso más entusiasmo. Era una locura. Ni siquiera lo conocía. Entonces, razonó con preocupación que no tenía que conocerlo para sentir una respuesta tan primitiva por un hombre tan descaradamente sexual como Luca Tebaldi.

Luca sintió aquella reacción y la vio en los ojos, cuyas pupilas se habían oscurecido. La noche anterior ella iba vestida con un provocativo disfraz mientras que aquel día su atuendo era demasiado recatado. ¿Cuál era la verdadera Jennifer Sanderson?

Se miraron el uno al otro con descarado interés. Jen sentía tanta curiosidad sobre él como Tebaldi sobre ella. ¿Cuál era el vínculo entre el Diamante del Emperador, Raoul Tebaldi y Luca? Luca sabía que ella era una mujer inteligente y que no tardaría mucho en encontrar las respuestas, aunque podrían estar equivocadas. La mantendría en la duda hasta que llegaran a Sicilia.

Nada era sencillo. Luca la admiraba, algo que no había esperado. Había disfrutado de su actuación en el club y, después, se había enfrentado a él. A Luca le intrigaba descubrir cómo reaccionaría ella a la siguiente parte del viaje.

El presidente estaba diciendo algo de otra subasta a la que tal vez a Luca le gustaría asistir. Decidió no escuchar. Prefería concentrarse en la intrigante señorita Sanderson. ¿Por qué la encontraba tan atractiva? No tenía una belleza convencional y no se parecía al resto de las mujeres que él conocía. Se mostraba

desafiante, espinosa e impredecible y eso le resultaba a él completamente fascinante. La extraña mezcla de cautela y de osadía lo tenía prendado. Para inflamarlo aún más, con su mirada ella le había dejado muy claro que le importaba un bledo lo que él pensara de ella. Tal vez no tenía dinero ni poder, pero sí un espíritu fuerte. ¿Qué sabría ella sobre el testamento de su hermano? ¿Qué sería necesario hacer para conseguir que ella renunciara a todo lo que le había dado Raoul?

Apenas miró el diamante cuando el presidente se lo mostró para que diera su aprobación. Estaba mucho más interesado en Jennifer Sanderson para tratar de averiguar qué era lo que había detrás de aquella firme mirada verde. ¿Duplicidad, inocencia, interés profesional o algo más?

–Si me perdona –dijo el presidente–, me temo que ahora debo marcharme. Otra cita –explicó con una breve sonrisa–. Lo dejo en las capaces manos de la señorita Sanderson. Jennifer tiene mi autorización para ofrecerle todo lo que pueda necesitar –añadió con una pegajosa sonrisa, que pareció caer mal a Luca Tebaldi, que se limitó a asentir con la cabeza.

Cuando la puerta se cerró, Jen se tensó.

–Así que usted es el hermano de Raoul –dijo–. Eso me pareció anoche. Hace mucho que no lo veo. Espero que esté bien.

–Mi hermano está muerto.

–Oh… –susurró Jen mientras se llevaba una mano a la boca. Se había quedado sin palabras. No se podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Se debía la falta de emoción de Luca Tebaldi al comunicar el fallecimiento de su hermano a un deseo por ocultar su propia pena o era acaso para ponerla a prueba?

–Murió en accidente hace poco –añadió Luca Tebaldi.

–¿En accidente? ¿Y…? –preguntó a duras penas. No era capaz de asimilarlo. Agarró el respaldo de una silla. Se sentía destrozada.

–¿Quiere saber si sufrió? Por lo que yo sé, no. Murió en el acto en un choque frontal en Roma.

–Lo siento mucho…

El pobre y vulnerable Raoul estaba muerto. No parecía posible. Tenía tantos recuerdos de él… Sabía que la vida de Raoul había sido muy complicada, pero jamás se habría imaginado que terminaría así.

–Debería haberlo imaginado… lo veía todas las noches. Sabía que tenía problemas, pero… Bueno, solíamos hablar… –explicó mientras Luca la miraba atentamente.

–¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Jen no pudo contestar. Se limitó a hacer un gesto con las manos. Aún no se podía creer que jamás volvería a ver a Raoul.

–¿Conoció usted a mi hermano en el casino? –le preguntó Luca mientras le servía un vaso de agua.

–Sí. Nunca lo vi en ningún otro lugar. Éramos conocidos que se convirtieron en amigos con el tiempo, pero Raoul tenía su propia vida y yo la mía.

–¿Y de qué hablaban? –quiso saber Luca mientras le entregaba el vaso.

–De todo y de nada en particular –dijo Jen con sinceridad.

Tomó un sorbo de agua. Otra vida perdida innecesariamente. Recordó el terrible día en el que Lyddie murió. La policía fue muy amable y la llevó a la Unidad de Cuidados Intensivos, donde su hermana seguía con vida. En ese momento, Jen quiso creer en los milagros. El médico no tardó en confirmarle que su hermana estaba en muerte cerebral. Le explicó que tenía lesiones cerebrales incompatibles con la vida y le preguntó si estaría dispuesta a donar sus órganos. Hasta aquel momento, Jen había querido creer que Lyddie estaba dormida y que muy pronto se despertaría. No debía tardar mucho en tomar una decisión…

–¿Señorita Sanderson?

–Lo siento –respondió ella. Miró a Luca. Se parecía tanto a Raoul, aunque era mucho más grande y fuerte, como si él fuera la imagen en positivo y Raoul la imagen en negativo–. Lo siento. Me ha sorprendido tanto escuchar lo de su hermano…

–¿Raoul confiaba en usted?

–Solíamos hablar –confirmó Jen. Raoul le había contado muchas cosas, pero Jen se enorgullecía de su discreción.

–¿Hablaban todas las noches?

–¿Qué es esto? –le desafió ella–. Yo conocía a su hermano y lo tenía en mucho aprecio. Hablábamos de muchas cosas.

–Discúlpeme si le parezco demasiado curioso. Simplemente estoy tratando de llenar los huecos.

–Comprendo cómo se siente. Yo he pasado por algo similar.

–¿Sí?

–Este no es el momento –se apresuró ella a decir–. Le acompaño en el sentimiento.

Mientras Luca Tebaldi murmuraba algo, Jen se preguntó lo que él quería que ella dijera. Su mirada era penetrante y casi sospechosa. ¿Acaso pensaba él que ella le daba el pésame porque se esperaba que lo hiciera? Jen no podía dejar de pensar que aquello era la tranquilidad que precede a la calma. Si por lo menos supiera

de dónde venía la tormenta o qué la había causado, tal vez podría ayudarlo Luca Tebaldi la mirada como si ella supusiera algún tipo de amenaza y como si él fuera el caballero andante que había llegado para salvar el día. Sin embargo, ¿a quién estaba salvando y de qué?

Capítulo 4

JEN PENSÓ que tal vez él estaba celoso de la relación que ella tenía con su hermano. En realidad, podía entender perfectamente la necesidad que tenía de saber. Cuando se encontraba con personas que habían conocido a Lyddie, tenía que contenerse para no acribillarles a preguntas en un intento por saber cada pequeño detalle que pudieran recordar sobre su hermana. Era como si tuviera que confeccionar una colcha de recuerdos, y cada retal de información fuera vital porque llenaba un hueco de la vida de su hermana que ella desconocía.

Luca llevaba ya en silencio algún tiempo y, gracias a los recuerdos que él había avivado, Jen tenía las emociones a flor de piel. Nunca se había sentido enfadada con un cliente antes, pero era injusto que él le hubiera hecho tantas preguntas. Raoul lo había necesitado y, ¿dónde había estado Luca Tebaldi entonces?

–Su hermano le echó mucho de menos –dijo rompiendo el tenso silencio–. Hablaba sobre usted constantemente. Me decía que solía cuidar de él cuando era pequeño, pero que, al final, tomaron caminos separados.

–¿Le dijo por qué fue eso? –le preguntó Luca.

–No.

Sin embargo, Jen pensaba que lo sabía. Después de haber tenido oportunidad de conocer al hermano de Raoul, había visto lo diferentes que eran. Raoul había sido solitario y sensible mientras que Luca Tebaldi era duro, centrado y seguro de sí mismo. Con tal cantidad de testosterona sobre la mesa, a Raoul no le habría resultado fácil admitir que buscaba cosas muy diferentes en la vida. Sospechaba que Luca también tenía sus problemas. Se había cerrado para no sentir pena ni sentimiento alguno. Reconocía los síntomas, dado que ella misma había hecho algo muy similar. Tenía que admitir que aquello era una especie de vínculo entre ellos.

–¿Habló mi hermano alguna vez de dinero con usted?

–¿De dinero?

La mención del dinero ensuciaba su relación con Raoul. Tal vez Jen no tuviera mucho en comparación con la familia Tebaldi, pero todo lo que poseía se lo había ganado.

–Le presté dinero a su hermano en una ocasión –dijo ella. Sentía que Luca Tebaldi necesitaba saber la verdad o al menos la parte que ella estaba preparaba para contarle–. No mucho –añadió al ver que Luca contenía el aliento.

–¿Le prestó dinero a Raoul?

–Sí –contestó. Y le había dado también la compra que había hecho–. Lo había perdido todo en las mesas. Ni siquiera tenía dinero para tomar un taxi y volver a casa. Solo fueron veinte libras. Lo siento. Pensé que sabía lo mal que le iban las cosas.

La expresión de Luca se ensombreció.

–Raoul dijo que me pagaría. Me dijo que tenía expectativas. Yo le dije que no quería su dinero, con o sin expectativas. Le dije que debería aceptar mis veinte como el regalo de un amigo.

Luca se sintió igual que si ella le hubiera abofeteado. Por supuesto que lo sospechaba, pero hacía mucho tiempo que Raoul no había confiado en él. Su hermano había estado en caída libre desde hacía mucho tiempo. Cuando pagaba sus deudas, solo conseguía que Raoul acumulara más deudas aún. Sacarlo de la cárcel se había convertido en un suceso tan frecuente, que Luca le había pedido a un miembro de su equipo legal que estuviera pendiente por si él estaba fuera del país. Le dolía saber que, al final, no había estado al lado de su hermano. Hubo un tiempo en el que habían estado muy unidos, pero se había sentido rechazado en tantas ocasiones que, al final, había terminado por desconectar sus sentimientos. Había hecho falta que aquella mujer le recordara lo mucho que había querido a Raoul.

Una fuerte sensación de pérdida y arrepentimiento se apoderó de él. No mostró nada. Por lo que sabía, ella era tan solo otra de las desastrosas relaciones de Raoul. En una ocasión, como si fuera una premonición, Raoul le había dicho que su vida amorosa era un choque frontal. Sin embargo, fuera cual fuera la relación que su hermano había tenido con aquella mujer, ella había estado a su lado cuando Luca estaba desaparecido.

–¿Le importa si le llamo Luca? –le preguntó ella sacándole del pozo de su desesperación–. Después de todo, vamos a trabajar juntos…

–¿A trabajar juntos?

–Vamos a trabajar juntos en la exposición de su padre, ¿no?

–Yo me limitaré a supervisar, nada más.

–Entiendo. Bueno, al menos llámeme Jennifer, o Jen, si lo prefiere.

–¿Cuál prefieres tú?

–Jen.

–Llámame Luca entonces, Jen.

–Luca –repitió ella mirándolo a los ojos.

Él examinó la franca expresión de su rostro, la pecosa perfección de aquel rostro en forma de corazón. Jen no sabía qué pensar de él. Aquellos ojos verdes como el jade expresaban confusión, aunque la generosa boca y la testaruda inclinación de la barbilla continuaban turbándole. Reconoció la reacción de su cuerpo como la necesidad primara de celebrar la vida frente a la muerte, lo que significaba sexo, a pesar de que la sugerencia de su padre para que la sedujera le había dado náuseas en Sicilia y seguía dándoselas en aquellos momentos. Si llegaba a seducir en algún momento a Jennifer Sanderson sería porque los dos lo desearan y no para sacarle información.

–Jen –murmuró. Le gustaba pronunciar su nombre.

Sentía agonía por el deseo hacia una mujer en la que sentía mucho potencial. No era ninguna mosquita muerta. La idea que había tenido su padre de comprarla era una simpleza. Su plan para mantener a Jen en Sicilia hasta que pudiera resolver el enigma de su relación con Raoul resultaba mucho más prometedor.

Había considerado la idea de que Jen pudiera tener un plan a largo plazo que le permitiera heredar las riquezas de Raoul, pero no le parecía muy probable. No era que le faltara inteligencia, pero la muerte de su hermano había sido un accidente y ella no lo podía haber planeado. ¿Cómo respondería cuando se diera cuenta de que estaba a punto de convertirse en una mujer muy rica? Tendría el dinero suficiente para comprar aquella casa de subastas y todo lo que contenía. El legado de Raoul sería un cuento de hadas para una mujer con unos medios tan limitados, aunque también podría convertirse en una pesadilla al sacarla fuera del mundo que conocía y lanzarla a un lugar frío y duro en el que mandara el dinero y acecharan los depredadores. Al menos, le debía a Raoul llegar a conocerla para poder comprender los motivos de su hermano y tal vez protegerla. Mientras el aroma a flores salvajes que emanaba de ella asaltaba sus sentidos, decidió que eso sería lo que haría.

Jen no hacía más que moverse por la sala, pero, fuera donde fuera, le resultaba imposible escapar a la fuerza de la personalidad de Luca Tebaldi. Siempre había creído que la sala de juntas era un lugar espacioso y grande, pero en aquellos momentos no se lo

parecía. Además, en referencia a la tarea que se le había confiado, el fracaso no era una opción. Estaba decidida a conseguir que el proyecto fuera un éxito, por lo que decidió que había llegado el momento de construir puentes entre ellos.

–Soy un poco brusca a veces –admitió–. Cuando te dije que había pasado por algo similar a lo tuyo, me refería a la pérdida de mi hermana.

–Entiendo.

El rostro de Luca se suavizó ligeramente, por lo que ella aprovechó para seguir hablando.

–Lyddie murió en un terrible accidente hace dos años.

–¿Y tus padres?

–Murieron también, pero tu pérdida es más reciente y recuerdo cómo me sentí cuando Lyddie murió. El shock de su muerte se apoderó de mí durante un tiempo, pero luego mejoró. La pena no desapareció, pero aprendí a vivir con ella. Ahora, aprovecho al máximo cada día en memoria de mi hermana. Te debo una cena –dijo, para no seguir hablando de algo demasiado íntimo como para hacerlo con un hombre que acababa de conocer–. ¿Esta noche, tal y como habíamos quedado?

–¿A las ocho en tu casa? –sugirió él.

–No. En el casino –replicó Jen–. Tiene sentido, dado que la cena que pagaste está allí.

–Tu dirección –insistió Luca–. Había pensado que sería una cena en un lugar que yo eligiera.

–Preferiría que nos ciñéramos a lo que habíamos hablado en un principio.

–El club podría ser lo que acordamos, pero no lo que yo quiero. Pagué mucho dinero por el privilegio de poder cenar contigo, pero quiero disfrutarlo también.

No se podía negar que Luca era muy persuasivo y que podía dejarla sin aliento con solo una mirada. Jen no podía olvidar que la ONG se beneficiaría de su dinero. Además, quería conocerlo un poco mejor para poder hablar de Raoul. A pesar de todo, seguía teniendo dudas.

–Para llegar a mi casa todas las calles son de una dirección y resulta algo complicado.

–La encontraré –dijo él mirándola de un modo que le aceleraba el pulso.

¿A qué había accedido? No se le daba muy bien lo de las citas. En eso, la experta era Lyddie. Su vivaz hermana había nacido con mucha seguridad para tratar con los hombres. Cuando Lyddie

murió, Jen se había retirado aún más hacia su interior. No había querido hablar con nadie sobre la muerte de su hermana, por lo que un estado de hibernación le había parecido una apuesta más segura, hasta que los voluntarios de la ONG la habían animado a volver al trabajo y salir. Habían insistido que debía socializar. Cuanto más hablara con la gente, más descubriría que ellos también tenían problemas y eso la ayudaría a ser más fuerte por ellos hasta que terminara fortaleciéndose ella misma.

–Esta noche –dijo él lanzándole una última y misteriosa mirada antes de dirigirse hacia la puerta.

–¿No se te olvida algo?

–¿El qué?

–¿No te gustaría mirar bien la última compra de tu padre antes de irte? –le preguntó ella indicando el estuche de terciopelo.

–Ah, sí –contestó él con una sonrisa en los labios–. La piedra maldita.

El cuerpo de Jen reaccionó a la calidez que se reflejó de repente en los ojos de Luca.

–Se trata de un trozo de carbono muy compacto. Inerte y, con toda seguridad, ajeno a toda la leyenda que lo rodea.

–Me gusta –dijo él riendo. En aquella ocasión, la risa sí se le reflejó en los ojos–. No me interesan en absoluto las piedras preciosas –confesó–, pero me gustaría ver a esta instalada con el resto de la colección de mi padre. Lo único que me afecta es el precio.

–Eso afectaría a la mayoría de la gente –afirmó ella.

Resultaba imposible resistirse a su encanto, a pesar de que tenía un lado frío que la helaba por completo. En el breve espacio de tiempo que hacía que lo había conocido, Luca Tebaldi había conseguido que cambiara la opinión que tenía sobre los hombres, aunque en el futuro fuera a comparar a todos los que conociera con él.

–Me ha resultado muy interesante volver a verte, *signorina* Sanderson. Estoy deseando que llegue nuestra cena esta noche.

Jen se dio cuenta de que ella también.

–Hasta esta noche…

Sin embargo, Luca ya se había marchado, dejando a Jen con la clara impresión de que había algo en aquella situación que ella no comprendía.

Luca llegaría en cualquier momento. Se sentía tan nerviosa… No

había tenido una cita desde… Sin embargo, aquello no era una cita. Era una cena que él había comprado en una subasta benéfica. Decidió que no iba a sentirse avergonzada a pesar de que él era un multimillonario y ella vivía en un pequeño estudio. El espacio era limitado, pero todo estaba muy limpio y olía bien. Había podido decorar el estudio a su gusto y lo había hecho pintando las paredes de colores brillantes. Además, había colocado una estera que había hecho ella misma con trozos de tela para tapar las partes de la moqueta que estaban más raídas. A sus escasos muebles, había añadido otros que había encontrado por suerte en las tiendas de segunda mano. Tenía fotos de sus padres y de Lyddie por todas partes, ocupando los lugares de mayor relevancia. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al ver una de las fotografías que tenía de su hermana. Había sido tomada justo antes de que Lyddie muriera y resultaba un vibrante y feliz recordatorio de un momento atrapado en el tiempo.

Jen le había hecho la foto en un parque cercano. Lyddie estaba haciendo volteretas y sonriendo. Su gesto seguía tan iluminado, tan vivo, que a Jen le parecía que iba a aparecer en cualquier momento por la puerta.

Apartó la mirada de la foto con dificultad y fue a comprobar la tierra de las macetas que tenía en la ventana. La mayoría eran esquejes de plantas olvidadas y abandonadas en los diversos despachos de la casa de subastas, a excepción de la última adición: un pequeño rosal que había comprado en memoria de Lyddie y de Raoul Tebaldi, el hombre solitario del casino, que era como Jen siempre lo recordaría.

Aún tenía que decidir lo que ponerse para la importante cita con Luca. No se avergonzaba de su guardarropa, aunque en la mayoría de las ocasiones compraba en tiendas de segunda mano, buscando prendas *vintage* que hubieran pasado desapercibidas para los coleccionistas. Se probó varios atuendos antes de decidirse. Sabía que no podía competir con el guardarropa que él tendría, por lo que al final se había decidido por un precioso vestido estilo años cincuenta. Era de algodón azul, cubierto de pequeños ramos de flores blancas. Tenía mucho vuelo e iba muy ceñido a la cintura, con mangas francesas rematadas con puños blancos. Se abrochaba por la parte delantera con una hilera de pequeños botones de perlas. Lo remataba un cinturón de la misma tela. Con un escote en pico, rematado con grandes solapas, se sentía elegante y segura de sí misma. Suponía un gran cambio a los vaqueros y al traje tan aburrido que solía llevar al trabajo, aunque era mucho más modesto

que el disfraz de conejita. Lo de no juzgar a un libro por su portada estaba muy bien, pero la gente sí lo juzgaba y era crucial acertar aquella noche. Aquel vestido sería una especie de armadura para ella.

El pulso se le aceleró cuando sonó el timbre. Ciertamente, necesitaría una armadura. Luca se mostraría cálido, pero también desafiante. Fuera como fuera, necesitaría todo su ingenio aquella noche. Agarró un echarpe y abrió la puerta.

–Vaya… –dijo él mientras la miraba de arriba abajo.

Jen pensó si se habría equivocado. ¿Sería demasiado aquel atuendo? ¿Estaba él pensándoselo mejor? ¿Se lo estaba pensando mejor ella?

Efectivamente. Luca era un hombre muy guapo. Ella era del montón. Él era rico y ella pobre. Sin embargo, él había pagado una cena y la ONG necesitaba su dinero. Cuando Lyddie murió Jen se había jurado valorar la vida y vivirla al máximo. Aquella era la oportunidad perfecta para demostrarlo.

Cuando Luca entró en su casa, Jen se imaginó lo que estaba pensando. El brillante color de las paredes, el caos que había quedado tras haberse pasado un buen rato tratando de decidir qué ponerse aquella noche… Dudaba que Luca, que seguramente vivía en un mundo caro y elegante, hubiera visto algo similar en toda su vida.

Tomó el bolso y las llaves y sonrió. Luca la miró una vez más.

–Estás increíble…

Alivio. Al menos había acertado en algo. Él tampoco estaba mal. La ropa de sport le sentaba bien, pero no se podía decir que fuera la clase de atuendo que se esperaba para un elegante restaurante. «Relájate», se dijo mientras comenzaba a bajar por la escalera. Se detuvo junto a un elegante deportivo, negro y seguramente muy caro. Imaginó que el motor ronronearía y luego rugiría.

–¿Quieres que te ayude a subir? –le preguntó él cortésmente.

–No hace falta, Luca.

Aquella boca… Firme y delicada a la vez… La boca de Luca estaba hecha para el pecado, para los besos y las caricias…

Se recordó que también podía ser una boca muy dura, pero aquella noche se mostraba encantador y muy cortés. Y muy guapo. Luca tenía la clase de glamour con el que solo podían soñar las estrellas de cine. Aquellos ojos podían contar mil historias, todas ellas de alto voltaje. No le cabía ninguna duda. Por eso, apartó la mirada rápidamente, pero no pudo impedir que él se diera cuenta de que ella lo había estado observando.

Jen se recogió la falda como pudo y trató de introducirse en el coche con gracia y elegancia, como si aquello fuera algo que hacía todos los días. Ciertamente, costaba más que subirse al autobús, pero podría conseguirlo…

¿De verdad?

Lanzó una maldición cuando el tacón se le enganchó en el bajo del vestido.

–Deja que te ayude –dijo Luca.

Antes de que ella pudiera negarse, se había puesto de rodillas delante de ella para liberar la tela.

«Sí, sí, claro que sí», pensó sin poder contenerse. Rápidamente trató de serenarse. Aquello no era un juego, sino algo muy serio. Solo tenía que ver cómo la mirada magnética de Luca se prendía en su rostro para comprobarlo.

Capítulo 5

EL AROMA del cuero y de la madera pulida rodeó a Jen mientras se acomodaba en un asiento inesperadamente cómodo. Cerró la puerta con satisfacción mientras Luca rodeaba el vehículo para montarse por el lado del volante. Inmediatamente, fue consciente de su presencia, de la corta distancia que los separaba. Su atractivo masculino parecía magnificarse en los confines de aquel lujoso vehículo.

–Aún puedo conseguir una mesa en el club si prefieres ir allí –dijo ella con un nudo en la garganta.

Como respuesta, Luca se limitó a arrancar el motor y demostró que el coche prefería rugir en vez de ronronear. ¿Por qué no le sorprendió?

Cuando echaron a andar, Jen trató de relajarse y de disfrutar con el paseo, pero había infringido una de sus reglas, la de no meterse en el coche de un hombre que apenas conocía. Además, ni siquiera sabía adónde se dirigían. A pesar de la suave música de jazz, se sintió alarmada, mucho más aún cuando vio que salían de la ciudad…

–¿Adónde vamos?

–A un aeródromo.

–¿A un aeródromo? ¿Por qué? –exclamó ella preocupada.

–Bueno, a tomar un avión –contestó él mirándola con gesto divertido.

Tal vez a Luca le pareciera gracioso, pero a ella no.

–¿Para ir adónde exactamente? –preguntó con firmeza.

–A Sicilia, por supuesto.

–¿A Sicilia? Pero si ni siquiera tengo el pasaporte.

–No te preocupes. Ahora mismo lo llevan a mi avión privado.

–¿Has estado en mi casa? –exclamó ella furiosa.

–No exactamente. Tengo empleados que se ocupan de ese tipo de cosas en mi nombre. Te he contratado y ya sabes dónde tienes que realizar tu trabajo –comentó encogiéndose de hombros–.

Tendrías que ir a Sicilia tarde o temprano.

–Pero si ni siquiera llevo equipaje –protestó Jen–. No esperaba…

–Te ruego que me disculpes por haberte avisado con tan poco tiempo…

–¿Con tan poco tiempo, dices? ¿No querrás decirme más bien por no haberme avisado? Deberías haberme dicho lo que tenías en mente.

–Entonces, ¿qué clase de sorpresa sería?

–No debería haber habido sorpresas esta noche –observó Jen–. Lo que ganaste en la subasta fue una cena en el club y nada más.

–¿Sigues siempre las reglas?

Mientras Luca aceleraba en la autopista, ella comprendió que la respuesta era no.

–Última oportunidad –dijo él–. Dime si quieres regresar.

¿Y tirarlo todo por la ventana? Seguramente, así terminaría aquel asunto. Perdería su trabajo en la casa de subastas y eso arruinaría el futuro por el que tanto estaba trabajando. No averiguaría nada más sobre Raoul ni Luca. De hecho, podría ser que no volviera a verlo…

–¿Y bien? –insistió él–. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Estaban acercándose a una salida. Tenía poco más de unos segundos para decidirse, menos aún a la velocidad a la que iba Luca.

–Te aseguro que no te estoy secuestrando. Simplemente estoy siguiendo los detalles de seguridad que he ideado para protegerte a ti y a la última y extravagante compra de mi padre.

–¿Estás hablando del Diamante del Emperador de esa manera? –preguntó ella. Nunca había oído a nadie referirse a aquella piedra preciosa con otra cosa que no fuera admiración.

–No me irás a decir que ha comprado otra cosa, ¿verdad?

–No lo sé.

–¿No te sientes algo apabullada por su valor?

–No. Su valor no significa nada para mí, aparte del hecho de que tengo que cuidar la compra que ha hecho un cliente. A mí me fascina la piedra en sí, quién la cortó, quién fue su dueño antes de tu padre y cómo se descubrió. Eso es lo que me interesa.

Frunció el ceño. Si Luca despreciaba tanto lo que había comprado su padre, ¿por qué se había tomado un tiempo de su ocupada vida para ir a Londres y ocuparse de la venta?

–Solo habría bastado que me hubieras llamado por teléfono para decirme que nos íbamos a Sicilia esta misma noche

–Lo importante de la seguridad es el silencio. Cuantas menos

personas conozcan mis planes, más seguros serán estos.

–¿Acaso no confías en mí?

–¿Y tú? ¿Confías en mí? Después de todo, apenas nos conocemos.

–¿Y tu avión está preparado para despegar?

–Mi avión siempre está preparado para despegar. Bueno, tú dirás. Tienes que decidirte… –le recordó. Ya había empezado a frenar–. ¿De verdad no quieres ver la fabulosa colección de joyas de mi padre?

–Expertos con muchos años de experiencia harían cualquier cosa por la oportunidad que me has dado a mí. Entonces, ¿por qué yo, Luca?

–Quería un punto de vista más fresco –dijo él mientras trataba de mantener la vista en la carretera.

–No me vale como respuesta –insistió ella.

–Estás estudiando Gemología, ¿no?

–Precisamente. Estoy estudiando –afirmó Jen.

–Pero eres la mejor alumna de la clase.

–Sigo siendo una estudiante. Estoy sentada en una clase con un profesor que me enseña. Yo hubiera dicho que, para este trabajo, necesitas al profesor en vez de a la alumna.

Luca se encogió de hombros.

–Para mí, es mucho más importante alguien con ideas nuevas que las fórmulas de siempre.

Jen se preguntó si había otra razón.

–¿Voy a conocer a tu padre?

–No. Se ha marchado a Florida para vivir allí su jubilación.

Entonces, ¿para qué iba a crear una exposición para Don Tebaldi?

–¿Y no quiere tener sus joyas o al menos ver su última adquisición?

–Confía en mí –replicó Luca–. Tal vez yo no le caiga bien, pero confía en mí.

Jen no podía comprender que a un padre no le cayeran bien sus hijos. Ella había crecido sabiendo que tenía un padre y una madre que la adoraban, por eso su muerte había sido aún más dolorosa.

–A mi padre no le gusta ninguno de sus hijos –le explicó Luca sin emoción alguna–. De hecho, yo creo que nos despreciaba. En nuestra manada, solo había sitio para un macho y ese era él.

Jen decidió que era mejor dejar pasar el tema. Notó la amargura que aquella conversación le causaba a Luca. Aquel detalle que acababa de contarle explicaba en cierto modo por qué Raoul se

había sentido tan abandonado. En realidad, aquel viaje era un sueño hecho realidad, pero los sueños podían ser engañosos y aquel estaba ocurriendo demasiado pronto en su trayectoria profesional. No tenía sentido que no se les hubiera ofrecido aquella oportunidad a personas con mucha más experiencia y preparación que ella. Jen estaba segura de que podía realizar el trabajo y tenía muchas ganas de ver las joyas. El hecho de pasar más tiempo con Luca también le resultaba excitante, pero no se fiaba del todo de él ni de sus motivos. Peor era que tampoco se fiaba de ella misma. No tenía experiencia con los hombres. Era una virgen frustrada, que era el equivalente humano de un barril de pólvora a punto de explotar.

–Pareces preocupada –dijo Luca mirándola de soslayo–. ¿Quieres que me dé la vuelta?

–Estaría loca de permitírtelo cuando esto es un avance tan importante para mi carrera –admitió ella con franqueza–. La colección de tu padre tiene fama de ser la mejor del mundo.

–Sí, en lo que se refiere a acumular piedras, no tiene rival –afirmó Luca con ironía.

–Si eso es todo con lo que tiene que ver este viaje…

–¿Y sobre qué otra cosa podría ser?

–No lo sé…

Si Luca pensaba que porque no tenía un título de relumbrón o un orgulloso apellido no sabía qué hacer en situaciones comprometidas, estaba equivocado. Tal vez podría carecer de experiencia, pero llevaba trabajando en el club el tiempo suficiente como para saber cuándo se avecinaban problemas.

–Todavía puedo llevarte a tu casa –le ofreció él mientras aminoraba la marcha del coche para poder tomar el desvío–. No tengo más que seguir dando vueltas a la rotonda hasta que te decidas…

–Ya me he decidido –anunció. El hecho de que Luca pensara que era indecisa o débil era lo último que quería profesional y personalmente. Daría por terminado aquel asunto, con todas sus consecuencias–. Voy contigo.

–Estupendo. Ya hablaremos más en el avión –prometió.

Jen contaba con ello.

–Por cierto, ¿dónde está el Diamante del Emperador?

–A salvo en mi avión.

Acababa de entrar en el mundo de los multimillonarios, donde cualquier cosa era posible. Frunció el ceño de nuevo.

–Espero que ese gesto no se deba a que estás preocupada por volar en el mismo avión que una piedra maldita…

–No creo en las supersticiones –contestó Jen con franqueza–. Espero que tú tampoco.

–Yo solo me enfrento a los hechos –le aseguró Luca.

Cuando entraron en el aeródromo, se dirigió directamente hacia el lugar en el que estaba el avión. Entonces, Jen, la osada, la cautelosa, la imprevisible, la mujer que se había ganado la confianza de su hermano cuando Luca la perdió comenzó a dudar. Los nudillos se le pusieron blancos sobre el manillar de la puerta.

–Mi punto de vista sobre el Diamante del Emperador es este –dijo con un ligero temblor en la voz.

Luca supuso que solo estaba tratando de ganar tiempo.

–Tú dirás –respondió mientras se giraba para mirarla. Aún tenían un poco de tiempo antes de que tuvieran que despegar.

–Creo que se dice que trae mala suerte porque los que lo poseen tienen demasiado y siguen queriendo más, aunque por razones equivocadas.

Eso era exactamente lo que él siempre había pensado. Amasar más riquezas y tesoros había sido lo único que le había importado a su padre y Luca siempre había creído que la frialdad de su padre había desatado la muerte de su madre. En aquellos momentos, creía que la amargura de su padre había ido creciendo a lo largo de los años porque había amado a la que fue su esposa, pero nunca había sabido cómo mostrarlo. Cuando la perdió, él se perdió también. Jen le hacía pensar en cosas en las que no había pensado desde hacía años. Cuando ella lo miraba con el dardo de sus ojos verdes, le indicaba que solo se iba a conformar con la verdad.

–Es una historia interesante –dijo.

–Es un hecho –afirmó ella–. El Diamante del Emperador no tiene ninguna maldición. Son las vidas de la gente las que necesitan que se las ajuste. Ese diamante es impecable y hermoso y tal vez algunos de los que entran en contacto tratan de alcanzar esa misma perfección, pero se van a sentir desilusionados. La vida siempre es mucho más complicada que eso.

–¿Estás lista para marchar ahora que te has sacado eso de dentro? –le preguntó él con una sonrisa.

Jen respiró profundamente y dijo:

–Sí.

–Pones mucho esfuerzo en tu trabajo –comentó Luca mientras la ayudaba a salir del coche–. Algunos podrían decir que es pasión.

–Y podrían tener razón. Aún no tengo mi título, pero se me da bien lo que hago. Es cosa de familia. Mi madre fue una respetada gemóloga y yo llevo estudiando minerales y piedras preciosas desde

que tenía edad suficiente para leer y no porque tuviera que hacerlo, sino porque me gustaba.

Igual que había decidido ser la mejor cuando Lyddie murió. El luto que Jen había experimentado le había exigido una acción en positivo. Si no, se habría rendido y eso habría sido un insulto para la memoria de su hermana.

Antes de subir la escalerilla del avión, se volvió para mirar a Luca.

–¿Cuándo voy a regresar al Reino Unido?

–En cuanto hayas terminado tu trabajo.

Jen miró hacia la entrada del avión, donde la azafata ya los estaba esperando. Había llegado el momento de dar un salto hacia el futuro o darse la vuelta y regresar.

La lujosa cabina estaba decorada como un cómodo salón. Luca sabía que a Jen no le faltaría de nada. Cuando menos contratiempos hubiera, más posibilidades tenía de que Jen se abriera a él para que Luca pudiera terminar comprendiendo los motivos de su hermano para haberle dejado todo lo que poseía a aquella mujer.

–¿Y mi ropa y todo lo que pueda necesitar para la exposición? –le preguntó ella mientras miraba a su alrededor con los ojos como platos.

–Mi gente siguió las instrucciones de tu jefe en lo que se refiere a lo necesario para la exposición –le aseguró Luca–, pero si necesitas algo más, solo tienes que pedirlo. Puedes utilizar el teléfono que hay en el reposabrazos de tu asiento para comprobar el inventario con mi asistente personal –le dijo mientras tomaba el teléfono y marcaba un número–. Ese número te pone directamente con Shirley. Es absolutamente imperturbable…

Jen pensó que tendría que serlo si trataba con Luca a diario. Los nervios de Shirley tendrían que ser de acero.

Luca le ofreció el teléfono y ella lo agarró, pero él no lo soltó. Durante unos instantes, el auricular los conectó. La tentación de deslizar la mano para tocar la de Luca era demasiado real, como lo era la de inclinarse hacia el gran y poderoso cuerpo de él en vez de echarse hacia atrás, tal y como debería.

–No limites tus peticiones a cosas que puedas necesitar para la exposición –añadió Luca–. Puedes pedirle a Shirley lo que quieras.

¿Podría Shirley darle algo para calmarle los latidos del corazón cuando Luca estaba cerca?

No estaba bien sentirse así, con los pechos pesados y súper sensibles cada vez que Luca la miraba… Fue un alivio oír la eficiente voz de Shirley, lo que, durante unos instantes, le permitió

concentrarse en algo que no fuera Luca Tebaldi.

Capítulo 6

EN CUANTO estuvieron en el aire, Luca le dijo a la azafata que los dejara solos y sirvió él mismo el café.

–No sé por qué, pero me había imaginado que serías tú el que pilotara el avión –admitió Jen mientras Luca se sentaba frente a ella.

–Normalmente así sería, pero prefiero hablar contigo.

–¿De verdad? –preguntó ella. Dio un sorbo de café y sintió que el corazón se le detenía durante un instante.

–De verdad –respondió él con una sonrisa–. Háblame de ti, Jen. Dijiste que Raoul y tú os conocisteis…

–Tu hermano estaba en el casino casi todas las noches, así que era imposible no hablar con él. Le tomé mucho afecto. Traté de decirle que no debería apostar, aunque no era asunto mío. No era que yo no quisiera verlo, pero perder tanto dinero como perdía Raoul no podía ser bueno para nadie, por muy rico que se sea…

–¿No te escuchó? –le preguntó Luca. Jen negó con la cabeza–. Me alegro de que lo intentaras. Me alivia saber que mi hermano tenía alguien con quien hablar.

–Raoul estaba muy preocupado porque siempre perdía mucho dinero. Al principio decía que algún día su suerte cambiaría, pero creo que dejó de creérselo. Yo le supliqué que dejara de ir al casino, pero me dijo que no podía porque también iba para verme a mí. Yo sabía que era una excusa, pero…

–¿Para verte?

–Bueno, no es exactamente lo que estás pensando –dijo Jen suponiendo que Luca creía que ella había tenido una aventura con Raoul–. Era porque yo le comprendía, pero, aún así, fui incapaz de ayudarlo. Raoul seguía echando mucho de menos a su madre. Tú debes de echarla de menos también, Raoul me dijo que esa fue la razón por la que te lanzaste a los negocios. Dijo que no podías soportar parar de trabajar porque la pena te abrumaba. Me dijo que a él le pasaba lo mismo con el juego y que si no hubiera sido por

mí…

–¿Qué?

–No creo que yo hubiera podido hacer más para ayudar a Raoul. Miro hacia atrás y me pregunto si podría haber hecho algo para que volviera a recuperar el contacto contigo…

–Tú y yo. Los dos –dijo Luca tristemente–, pero dudo que ninguno de los dos hubiéramos podido ayudarlo. Mi madre no regresará y mi padre no cambiará nunca. Eso es algo a lo que los dos nos tuvimos que acostumbrar y Raoul no pudo hacerlo nunca.

Cuando Luca se inclinó hacia ella y le tomó las dos manos entre las suyas, Jen contuvo el aliento. El roce de su piel era fuerte y reconfortante, pero también extremadamente turbador.

–Tú fuiste amable con mi hermano cuando tenías tu propia pena a la que enfrentarte –le dijo mientras la miraba fijamente a los ojos–. Tú perdiste a tus padres y luego a tu hermana, pero aún así le tendiste la mano a Raoul y tengo que darte las gracias por ello.

–No hay necesidad alguna de darme las gracias –replicó ella retirando las manos–. Yo necesitaba a Raoul tanto como él me necesitaba a mí. Mi hermana llevaba muerta un año cuando nos conocimos, pero la herida seguía abierta. Nos ayudamos el uno al otro. ¿Y qué me dices de ti?

–¿De mí?

–Tú aún sigues sufriendo, pero no tienes a nadie en quien confiar. Has tratado de ganarte el afecto de tu padre sin conseguirlo…

–Yo no necesito el afecto de nadie –le espetó él secamente.

–Debes de estar muy solo en tu torre de marfil.

–¿Mi torre de marfil? ¿Es así como me ves?

–Estás a la defensiva –replicó ella–. Por eso hago concesiones contigo.

–¿Que haces concesiones conmigo?

–Cuando Lyddie murió, pensé que nunca lo superaría, pero sabía que tenía que intentarlo. Raoul no querría que tu vida se detuviera, igual que Lyddie no querría que yo desperdiciara mi vida llorando su muerte.

–Mi vida no se ha detenido –protestó él.

–Y, sin embargo, tienes tiempo para actuar como mensajero para una piedra preciosa que tu padre ni siquiera va a ver en compañía de una mujer a la que apenas conoces.

–Veo que tienes muchas sospechas –comentó Luca mientras volvía a reclinarse en su butaca.

–¿Y tú no las tendrías? Tú me dices que tu padre no necesita

otra piedra preciosa y yo no veo por qué necesita que yo le prepare una exposición. Si lo que le gusta es acumular, lo último que desea es compartir.

–Tal vez él no quiera esas cosas, pero yo sí –sugirió Luca–. Tal vez tenga otros planes para las piedras de mi padre.

–Estoy segura de ello. Sé que los dos estamos sufriendo por la pérdida de nuestros seres queridos y que tal vez lo estaremos siempre, pero mi único deseo sería que fueras sincero conmigo.

–Si estás teniendo dudas, deberías haberlas tenido antes.

–No voy a dar un paso atrás. Prefiero enfrentarme a mis demonios. Yo no huyo de ellos.

–Espero que no estés sugiriendo que yo sí…

–En absoluto –insistió Jen–. Tienes un plan, lo que ocurre es que aún no sé de qué plan se trata. Me gustaría que me lo dijeras.

–Tienes una gran imaginación.

–No soy tonta…

–No he pensado ni por un instante que lo fueras. Solo creo que las experiencias que has tenido tan solo han perfeccionado tus poderes de perfección.

Jen se preguntó a qué se refería con eso y se encogió de hombros.

–Te aseguro que preferiría haberme perdido esas lecciones.

–Yo también –admitió Luca.

Su triste sonrisa tentó a Jen a creer que ella estaba reaccionando exageradamente y que no había conspiración alguna para llevarla a Sicilia, donde se limitaría a hacer su trabajo. Tras convencerse a sí misma, se sintió como si el mundo fuera un lugar más brillante y amable.

¡Sicilia! Jen no se podría haber sentido más emocionada ni más cautelosa de lo que podría aguardarle allí mientras Luca la ayudaba a bajar la escalerilla del avión.

–Bienvenida a mi hogar.

–Estoy encantada de estar aquí.

El avión había aterrizado en la isla privada de los Tebaldi, que era un pequeño trozo de tierra engastada como si fuera una joya en un mar de color aguamarina frente a la costa de Sicilia, según había podido averiguar Jen. La pista de aterrizaje estaba muy cerca del mar. Se podía escuchar el murmullo de las olas desde la escalerilla del avión. El cielo era como una cortina de terciopelo negro iluminada por las estrellas y la luna irradiaba su luz sobre las

colinas y los bosques que rodeaban el pequeño aeródromo. La temperatura era tan agradable que Jen decidió que se podía quitar el echarpe. Se lo metió en el bolso y, de repente, se sintió increíblemente optimista. ¿Por qué no, cuando había llegado a aquel lugar maravilloso para realizar un trabajo que adoraba?

–¿Qué te parece hasta ahora? –le preguntó Luca mientras se acercaba a ella, haciendo que el cuerpo le temblara por la cercanía del de él.

–¿Por lo que puedo ver?

–Es precioso, ¿verdad? –comentó él mientras observaba el cielo cuajado de estrellas–. Se me había olvidado cuánto.

–No hay contaminación lumínica –dijo ella tratando de contener el hormigueo de su cuerpo, que estaba empezando a preguntarse lo que sentiría al estar rodeada por los fuertes brazos de Luca.

–Pensaba que tú eras la romántica…

–¿Yo? No –protestó. Estaban a pocos centímetros de distancia y la voz profunda de Luca le recorría todo el cuerpo, creando deliciosas sensaciones. Resultaba demasiado fácil imaginar su cálido aliento sobre la piel–. Pero sí que tienes una hermosa isla como casa… La he buscado en Internet.

–Eres tan práctica… –comentó él riendo.

–Ciertamente –afirmó Jen–. Otra cosa, ¿cuándo podré ver la colección de tu padre?

–Veo que tienes muchas ganas.

–¿Por qué no iba a tenerlas cuando estoy aquí para hacer el trabajo que adoro?

Luca le indicó la limusina que los estaba esperando. Jen decidió que, cuando terminara su trabajo, regresaría a Londres con la moral intacta, tal y como estaba cuando abandonó la ciudad. Sin embargo, cuando el conductor arrancó, aquella silenciosa declaración pareció desvanecerse en el aire. Luca estaba sentado tan cerca… Sus largas piernas casi tocaban las de ella.

–Entonces, ¿a qué hora mañana? –preguntó ella cuando la limusina se detuvo en el exterior de lo que Luca acababa de explicarle que era una de las casas de invitados que había en el complejo familiar.

–¿Mañana?

–Bueno, ya es demasiado tarde para cenar –comentó ella. Luca no pareció muy contento al respecto. Tal vez había imaginado que Jen pasaría la noche con él.

–¿Ya estás cansada?

–Quiero estar fresca para el trabajo de mañana –replicó tratando

de no pensar en los labios de Luca acariciando suavemente los de ella… y el resto.

–Mañana por la mañana, temprano.

–Estupendo –dijo ella tratando de borrar todo pensamiento anterior–. Pero, ¿qué es temprano para ti?

–¿Desayuno a las seis?

Jen ni siquiera pestañeó.

–Si quieres, yo puedo preparar el desayuno y luego podemos ir a ver las piedras. Luego me podrás invitar a cenar mañana por la noche.

–Veo que lo tienes todo pensado, ¿verdad, *signorina* Sanderson?

–Soy una persona muy organizada –afirmó–. Supongo que por eso me habrás contratado.

Seguía en sus trece. Los ojos de Jen seguían llenos de preguntas. Una vez más, Luca se recordó que no debía subestimar a la única y sorprendente beneficiaria del testamento de su hermano.

Fue un alivio reunirse con la agradable ama de llaves para que le mostrara la casa de invitados y así poder escapar de Luca. Él había nombrado a Maria como responsable del funcionamiento de la casa dado que mucho de los empleados de su padre se habían marchado a Florida con él.

Jen se sentía aliviada de no tener que tratar con Don Tebaldi y, si todos los empleados de Luca eran tan simpáticos y eficientes como Maria y Shirley, él no podía ser tan malo.

–Me siento muy afortunada de estar aquí –dijo cuando Maria le preguntó si había tenido un vuelo agradable–, aunque el vuelo ha sido estupendo. Disfruté de una agradable compañía y ahora me muero de ganas de empezar a trabajar.

–El *signor* Luca es un hombre maravilloso –comentó Maria con el mismo orgullo de una madre–. Lo conozco desde que era un niño pequeño.

Aquel comentario acicateó la curiosidad de Jen, pero Maria quería seguir mostrándole la casa.

La acogedora casa tenía un encanto rústico que Jen no había esperado encontrar en la isla privada de un multimillonario. Las paredes eran de piedra natural y estaban decoradas de coloridos tapices. Sobre el suelo, había cálidas alfombras de vivos colores también. Los muebles de cada estancia eran cómodos y atractivos.

–Y su ropa ha llegado ya –anunció Maria.

–¿Ya?

–Como por arte de magia –dijo Maria con una sonrisa.

Tan solo habían pasado un par de horas desde que Jen habló con la asistente personal de Luca. Estaba empezando a darse cuenta de que, para los multimillonarios, las cosas funcionaban de otro modo.

–Su dormitorio –anunció Maria.

–Es precioso… –exclamó Jen mientras giraba sobre sí misma. Parecía tan grande y espacioso después de tener su cama pegada a la pared en un rincón de su estudio… ¡Y se podía escuchar el mar!

Las ventanas estaban abiertas y las contraventanas retiradas, lo que permitía que el rítmico rumor de las olas se colara en el dormitorio. Jen deslizó los dedos sobre las inmaculadas sábanas blancas de la enorme cama y, de repente, se dio cuenta de lo cansada que estaba. El deseo de acurrucarse en aquellas deliciosas sábanas le resultó casi irresistible.

–No se tendría que haber molestado tanto por mí –le dijo a Maria. Había flores frescas sobre el tocador y una jarra de zumo de frutas en una bandeja, junto con un platillo de galletas caseras.

–Es un placer, *signorina*. Usted conocía a Raoul –contestó Maria, como si aquello fuera lo único que la simpática mujer necesitaba para tomarle cariño.

–Así es…

–Era como un hijo para mí. En realidad, yo fui una madre para esos dos niños cuando la suya murió. Creo que ninguno de los dos ha conseguido superar nunca su muerte, aunque Luca mostró su pena de una manera muy diferente a la de Raoul.

–¿A qué se refiere?

Maria hizo un gesto con la mano que sugería que era demasiado pronto para hablar de ese tipo de cosas y Jen la comprendió. Apenas se conocían y algunas cosas eran demasiado valiosas para compartirlas con un desconocido, pero le estaba empezando a dar la sensación de que aquella era una familia muy compleja que había sido destrozada muy cruelmente.

–Yo le tenía mucho aprecio a Raoul –le dijo a Maria.

–Y creo que también lo comprendía –respondió Maria.

–Me gusta pensar que sí.

–Él era como un rayo de sol hasta que su madre murió. Entonces, todo cambió –comentó Maria. La sonrisa se había borrado de sus labios–. Luca estaba furioso constantemente… con su padre, me refiero –añadió con cierta incomodidad, como si sintiera que ya había dicho demasiado–. Su padre jamás fue amable con su madre.

–Eso me había parecido a mí.

–En esta fotografía puede ver a los dos niños –dijo Maria,

señalando un marco que había sobre la cómoda–. Bueno, la dejaré ahora para que se instale. ¿Quiere que le traiga un poco de sopa caliente?

–No, gracias –respondió Jen–. Ya ha hecho más que suficiente por mí. Esta noche, me basta con un poco de zumo y unas galletas.

En cuanto Maria se marchó, Jen fue rápidamente a mirar la fotografía. En ella se veía a una hermosa mujer entre dos niños. El mayor era inconfundible y Jen sonrió al reconocerlo. Luca parecía muy travieso, aunque debía tener solo ocho o nueve años cuando se tomó la fotografía. Su cabello revuelto y la expresión enojada sugería que se había tenido que poner frente a la cámara contra su voluntad. Su hermano Raoul, por el contrario, era, incluso a una edad tan temprana, la viva imagen de la elegancia. Miraba con adoración a su madre y tenía el cabello bien peinado y una expresión angelical en el rostro. Era la clase de niño que solía poner a su madre en un pedestal y que nunca le daba nada sobre lo que preocuparse. Detrás del grupo, se adivinaba la presencia de un hombre entre las sombras. Jen imaginó que sería Don Tebaldi, quien seguramente no habría querido salir en la fotografía. Un hombre tan infame como él no habría querido salir en demasiadas fotografías. Aquel pensamiento le provocó un escalofrío. Dejó la fotografía en su sitio y se volvió a preguntar en qué diablos se había metido.

Cuando fue a servirse un poco de zumo, se dio cuenta de que había una nota debajo de la jarra. Era una invitación para elegir lo que le gustara del vestidor, igual que era libre de llevárselo o de dejarlo cuando se marchara de la isla. La nota era de Shirley. ¡Menuda eficiencia!

«Despierta», se dijo Jen con impaciencia. La nota era otra prueba más de que Luca llevaba ya cierto tiempo planeando su visita a la isla.

Los truenos empezaron a rugir ominosamente en las colinas, pero Luca le pidió al conductor que detuviera el coche antes de llegar a la casa. Necesitaba andar, pensar sin distracción, deshacerse con ejercicio de su frustración. Solo esperaba que Jennifer Sanderson estuviera sufriendo de la misma frustración que él. Lo que había empezado como un plan a sangre fría se había transformado muy rápidamente en otra cosa y él nunca había podido confiar en sus sentimientos. En la infancia, cuando se había esforzado tanto por ganarse el favor de su padre y había fracasado

tan claramente, había pensado que ni siquiera merecía la pena intentarlo. El aislamiento emocional era mucho mejor. Nadie podía alcanzarle, ni tocarle ni hacerle daño. Con el tiempo, suponía que ese hábito había pasado a formar parte de él.

Seguía sin estar seguro de lo que pensar sobre Jen y eso que siempre había presumido de calar a la gente muy rápidamente. Mientras ella charlaba con Shirley en el avión, había parecido que las dos mujeres se conocían desde hacía años y eso había sido gracias a Jen, que ciertamente tenía la habilidad de ganarse a la gente. Era una admirable cualidad, pero podía volverse contra ella cuando valoraba el papel que ella había jugado para convertirse en la beneficiaria del testamento de su hermano. Raoul había necesitado a alguien y ella había estado convenientemente cerca. ¿Había sido planeado o simplemente se había tratado de una coincidencia?

Además, estaban los sentimientos personales de Luca. La posibilidad de seducir a Jen resultaba más tentadora que mostrarle un montón de piedras preciosas. Cuando la dejó en la casa de invitados, ella fue a saludar al ama de llaves en vez de pedirlo que entrara. Luca estaba acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies.

Se detuvo de repente y miró a su alrededor. No se había dado cuenta de que había caminado tanto. Había estado tan sumido en sus pensamientos sobre Jen que no se había percatado de que estaba en el borde del acantilado mirando el mar.

Las primeras luces del alba estaban apareciendo en el horizonte. Al día siguiente, se celebraba un importante día festivo en la isla, un día que no contribuiría a suavizar sus sentidos. Con la excusa del renacimiento y el exceso, los isleños se dejaban llevar. De joven, él nunca había necesitado mucho ánimo para seguir las tradiciones. Después de la fiesta, una cosa permanecía constante, y era el hecho de que aproximadamente el noventa por ciento de la población de la isla nacía nueve meses después de que se guardaran máscaras y disfraces. Con esa promesa en el aire, resultaba muy fácil imaginarse a Jen gimiendo de placer entre sus brazos. Sin embargo, no dejaba de sospechar sobre la relación que había tenido con Raoul.

Dio la espalda al espectacular amanecer para dirigirse a la casa.

¿Qué le depararía el día? De una cosa estaba seguro. Había mucho que hacer en su día favorito del año.

Capítulo 7

EL *DÉJÀ-VU* era una sensación muy hermosa. Jen lo descubrió aquella primera mañana en la isla, poco después del alba. Se despertó lentamente, aún con un recuerdo en el pensamiento que se desvaneció como el humo antes de que ella pudiera atraparlo. Después de unos instantes, se dio cuenta de que era el sonido de las olas y del aroma del mar, recordándole a las vacaciones familiares. Recordó haber compartido la cama con Lyddie, cómo se despertaban las dos llenas de excitación ante lo que el día pudiera depararles… Aquel recuerdo fue suficiente para catapultarla de la cama.

Cruzó la habitación y se asomó por la ventana. Al ver la playa, el corazón comenzó a latirle con fuerza. Luca estaba allí, caminando con decisión hacia el mar. Llevaba un bañador negro y era una visión magnífica con la que despertarse. Jen se imaginó a Lyddie diciéndole que se fuera a reunir con él inmediatamente. No necesitó más para decidirse, aunque permaneció en la ventana hasta que Luca se zambulló en el mar. Debería darse un baño también. Sería una grosería no hacerlo.

Luca sentía un profundo pesar en el corazón. No había esperado aquella oleada de sentimientos, pero aquella era la primera mañana en la isla desde el entierro de Raoul. Cuando se zambulló en el mar, el agua fría le recordó que todo lo que estaba haciendo en aquellos momentos, lo había hecho con su hermano antes. Desgraciadamente, no volverían a nadar ni a reír juntos.

Mientras nadaba, miró hacia el sendero que subía por el acantilado hasta la casa de invitados en la que suponía que Jen seguía durmiendo. Le escocía pensar que ella sabía más sobre Raoul que él mismo. Quería preguntarle y exigir respuestas, no solo sobre el testamento, pero no tenía derecho alguno a hacerlo. Lo había perdido en el momento en el que perdió el contacto con su

hermano.

Siguió nadando con fuerza, sin dejar de pensar en Jen. El deseo que sentía hacia ella no desaparecía. Se sumergió en el agua profundamente. Tenía que librarse de algún modo de tanta energía, pero ni siquiera el agua fría y oscura podía ayudarlo. Hiciera lo que hiciera, no podía dejar de pensar en Jen, ni en la necesidad que tenía de tocarla y de ver cómo respondía cuando le daba placer.

¡La playa! ¿Qué tenía la playa que le provocaba tanta excitación? Suponía que era la libertad, el aire fresco y los espacios abiertos. Los mismos pensamientos que la habían poseído de niña se habían adueñado de ella en aquellos momentos. A Lyddie le habría encantado.

Mientras corría descalza hacia el mar, vació su mente de todo menos de aquella gloriosa sensación de libertad. Estaba deseando sentir las frías olas contra su cuerpo. Para una persona que vive en la ciudad, aquello era un lujo. El cielo estaba azul, el sol era cálido, la arena suave y el mar perfecto. Tan liso como el cristal, resultaba tan sugerente como un baño frío en un día caluroso.

Apenas había tenido tiempo de mirar en el vestidor. Se había limitado a abrir todos los cajones en busca de un traje de baño. Agarró el primero que encontró y exclamó aliviada cuando se lo puso y se dio cuenta de que era bastante modesto y del color azul brillante que tanto le gustaba. Además, era su talla. Se puso un vestido de playa por encima y salió corriendo de la casa. Entonces, vio a Maria que llegaba en ese momento a la casa y le dio los buenos días.

–Yo prepararé el desayuno, Maria, no te molestes. Tómate la mañana libre… ¡Hasta luego!

Con eso, había salido corriendo hacia la playa.

Cuando ya estaba al borde del mar, levantó el rostro al cielo y cerró los ojos para poder respirar profundamente. Sintió la tentación de permanecer allí, gozando con los rayos del sol unos minutos más, pero el mar la llamaba…

–Jen…

Se dio la vuelta asustada.

–¡Luca! –exclamó. Él estaba completamente empapado, con su bronceado cuerpo reluciendo bajo el sol–. Me has asustado.

El bañador se le ceñía a los tensos y musculados muslos. Tenía las piernas esbeltas y largas y unos anchos hombros. Pensar en apretarse contra él para sentir aquellos músculos de acero debería

ser un pensamiento vedado para ella, pero allí estaba y, como consecuencia, los pezones se le irguieron inconvenientemente. Se cruzó los brazos sobre el pecho para disimularlo.

–Buenos días, espero que hayas dormido bien.

–Muy bien, gracias –mintió Luca–. ¿Y tú?

–He dormido muy bien, gracias –contestó ella, obviando la parte en la que Luca había protagonizado sus sueños eróticos–. ¿Ya has terminado de nadar por hoy?

–Sí.

Cuando Jen vio que el rostro de Luca se tornaba sombrío, comprendió por qué.

–Debes de echar mucho de menos a Raoul –dijo suavemente–. Yo también echo de menos a Lyddie. A ella le habría encantado estar aquí.

–La vida sigue…

–En ocasiones es bueno recordar, aunque los recuerdos nos pongan tristes –dijo. Luca le dedicó una larga y profunda mirada, pero no realizó comentario alguno–. Si vas a volverte a bañar, tal vez te gustaría echar una carrera conmigo –añadió. Luca respondió con una mirada de incredulidad–. No se me da mal la natación, pero si no te ves con ánimo… –le provocó para sacarle de su desánimo.

–¿Que si no me veo con ánimo, dices?

Él estaba a poca distancia. Era tan alto, mucho más que ella, que le bloqueaba el sol. Jen decidió que podía ser mucho más baja que él en altura, pero no en espíritu.

–Bueno, yo estoy lista para nadar –dijo ella. Dio un paso atrás, con la mala suerte de que pisó una caracola rota.

Mientras gritaba de dolor, Luca la tomó entre sus brazos. Sentirse apretada contra él era todo lo que había soñado… y todo lo que debería evitar. Cerró los ojos y trató de controlar la respiración, pero no pudo evitar que la imaginación echara alas. ¿Iría él a besarla?

«¡Qué ridículo pensamiento!». Se apartó rápidamente de él.

–¿Te encuentras bien?

–Estoy bien, pero muchas gracias. Te debo una. La próxima vez que me caiga, ya sé a quién llamar.

Los ojos de él brillaban de la risa mientras que las mejillas de ella se sonrojaban. El cuerpo de Jen se tomó su tiempo para olvidarse de la posibilidad de un beso, que, por suerte, no se había producido.

–Deja que te vea el pie –dijo él.

–Ya te he dicho que estoy bien…

–Déjame ver…

Antes de que ella pudiera protestar más, Luca se arrodilló frente a ella.

–Colócame las manos sobre los hombros mientras veo cómo está.

Luca levantó la mirada para asegurarse de que ella iba a hacer lo que le había pedido. Aquellos ojos… Los hombros eran tan cálidos… podía sentir los músculos bajo la bronceada piel cuando se movía.

Luca le agarró el tobillo y se lo apoyó sobre el muslo. El tacto de sus manos era tan agradable que la sorprendió. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien se había mostrado tan solícito con ella y los sentimientos salieron a la superficie.

Mientras le examinaba el pie, se maravilló de lo pequeño que era.

–No hay herida –confirmó–. Tienes suerte de que solo sea un arañazo

–Gracias por preocuparte –dijo ella alegremente mientras, sin poder evitarlo, le miraba los labios.

Luca adivinó que quería que la besara, pero tenía la mirada turbada. Su cuerpo deseaba el contacto, pero la mente deseaba otra cosa.

–¿Habías propuesto una carrera? –dijo él mientras se ponía de pie mirando al mar–. ¿Hasta la boya roja y volvemos? Te daré ventaja.

–¿Qué te hace pensar que la necesito? –preguntó ella con indignación.

Jen resultó ser una estupenda nadadora. Luca le dejó ganar la primera manga de la carrera, pero, cuando viraron hacia la costa, comenzó a nadar alrededor de ella, buceando y jugando con ella tal y como lo habría hecho con Raoul. Llegaron juntos a la cosa, riendo mientras se ponían de pie.

–Eres bueno –dijo ella.

–Y tú también. Me lo he pasado muy bien.

–Yo también. ¿Has traído toalla?

–No.

–Pues yo tampoco. Es mejor que corramos. Es el único modo de secarse.

Jen echó a correr gritando de excitación… hasta que se tropezó. Afortunadamente, Luca estaba de nuevo a su lado para evitar que cayera. Volvió a tomarla entre sus brazos. Su cuerpo era tan cálido y agradable… Los segundos pasaron, segundos en los que los dos no

dejaron de mirarse a los ojos…

–¿Qué? –preguntó él mientras bajaba la cabeza para mirarla fijamente a los ojos. Ella levantó la barbilla de manera que las bocas de ambos estuvieron a punto de tocarse.

Luca aceptó la invitación y rozó los labios con los de ella. Los dos contuvieron el aliento. Ella era tan joven, demasiado joven… Debería detenerse en aquel mismo instante.

–Gracias –dijo ella de repente, dando un paso atrás.

«¿Por el beso?», se preguntó él.

–De nada –respondió.

¡Al diablo con todo! La estrechó entre sus brazos y volvió a besarla, aunque en aquella ocasión no fue tan solo un leve contacto de los labios, sino un beso entre un hombre y una mujer que se deseaban. No fue casto ni contenido. Luca le colocó una mano en la espalda y le enredó la otra en el cabello. Las lenguas se enredaron también y, por fin, Jen se abrazó a él. Luca la saboreó, inhalando el dulce aroma a flores salvajes que emanaba de su cálido cuerpo.

De la garganta de ella empezaron a surgir sonidos de necesidad, como si la emoción que llevaba años conteniendo se hubiera liberado por fin. Lo mismo le ocurrió a él. Tocar, saborear, oler y desear… Sus sentidos estaban desenfrenados. El nivel de deseo de Jen lo sorprendió. Tuvo que recordarse que ella era muy vulnerable, pero ni siquiera eso le funcionó. Le permitió que se pegara contra su cuerpo, que se moviera contra él, frotándose, hasta que Luca sintió que iba a volverse loco. Por su parte, Jen se aferraba a él como si la vida le dependiera de ello.

Solo la necesidad de terminar el asunto que tenía entre manos le bastó como advertencia para terminar lo que estaba ocurriendo.

–Date otro baño… Refréscate –le recomendó mientras se apartaba de ella.

Jen estaba temblando visiblemente, lanzándole una mirada de reproche, aunque no dijo nada.

–Hoy no vamos a trabajar. Es fiesta –explicó–. Tómate tu tiempo. Disfruta del agua. ¿Por qué no? –añadió cuando vio que ella fruncía el ceño.

–Tal vez tú estés aquí de vacaciones…

–Toda la isla está de vacaciones. Ya tendrás tiempo más que de sobra para hacer tu trabajo. Hoy, todo el mundo está de fiesta, incluso yo. Y tú también. Los dos vamos a relajarnos unas horas.

–¿A relajarnos?

–Te vi bailar en el casino, así que sé que no se te ha olvidado cómo divertirte.

Jen se sonrojó y luego se lamió los labios, aún henchidos por los besos de Luca.

–¿Vamos a ir al pueblo más tarde? –le preguntó ella.

–Te veré allí. Yo tengo que hacer algunas cosas primero. Tendrás que esperarme –murmuró, turbándola con una sonrisa.

–Ah, puedo esperar –replicó ella fríamente.

–Bien. Disfruta del agua –añadió Luca mientras se marchaba en dirección a la casa.

Capítulo 8

JEN NADÓ y nadó, pero no consiguió borrar el hecho de que Luca la había besado y que ella le había devuelto el beso. Tenía los labios aún muy sensibles. Sus besos eran indescriptibles: poder, placer y promesa, combinados de un modo que no había experimentado antes. Por ello, su cuerpo se negaba a calmarse, ni siquiera con las frías aguas. Tenía que dejar de pensar en ello, pero ¿cómo? Luca podía tener a cualquier mujer que deseara, podría haberla seducido allí mismo. No debía volver a ponerse en una posición tan comprometedora nunca más.

Su cuerpo no estaba de acuerdo y añoraba el contacto del de Luca. No le importaba cuántas veces se recordara que había ido allí para trabajar y que, como mucho, ella tan solo sería una distracción para Luca. Sin embargo, no podía olvidar la mirada que le había dedicado justo antes de besarla, el fuego oscuro que ardía en sus ojos o cómo se había sentido cuando él…

Se atragantó con solo pensarlo y tragó un buen montón de agua, pero al menos consiguió recuperar la cordura. Tal vez aquel día no iban a trabajar, pero el sol estaba brillando y era un día especial en la isla. Tenía toda la jornada por delante. Solo tenía que olvidarse de Luca…

¿Olvidarse de Luca?

Evitaría encontrarse con él en la ciudad. Iría con Maria y se quedaría con ella todo el día. Sencillo.

Regresó a la casa de invitados, gozando con el calor del sol. Ya estaba enamorada de Sicilia. Allí tenía tal sensación de libertad que cualquier cosa le parecía posible. Se quedó de pie en lo alto del acantilado y se dio la vuelta en círculo con los brazos extendidos. Nunca antes se había sentido mejor ni más viva.

La razón era el beso de Luca. Sin embargo, había sido una locura y no volvería a ocurrir. Ella no estaba hecha para la cama de un sofisticado multimillonario. Luca, igual que ella, se había movido por un impulso. No significaba nada más allá del hecho de que sus

sentimientos habían estado en la misma onda durante unos segundos. Esos sentimientos habían estado encerrados durante mucho tiempo, por lo que las consecuencias habían sido inesperadas para ambos. Al menos, eso sospechaba.

Podía excusar los besos todo lo que quisiera, pero, a pesar de todo, la habían hecho sentirse como si pudiera volar.

Mientras se dirigía con Maria al pueblo, iba pensando que la idea de un día de fiesta le parecía algo decadente. La simpática ama de llaves había sido tan amable como para prestarle una máscara y algo para disfrazarse para que así ella no se sintiera fuera de lugar.

Cuando llegaron lo suficientemente cerca para escuchar el ruido de la música, vio que todo el mundo llevaba elaborados disfraces, por lo que no se sintió fuera de lugar. Algunos de los disfraces eran bastante sugerentes. Por suerte, cuando se vio a sí misma en un escaparate, ataviada con un vestido y una máscara de gatito, decidió que ella parecía haberse escapado más bien de un cuento de Beatrix Potter. No era el resultado que había buscado, pero si a Maria le parecía bien, a ella también.

En la plaza del pueblo se había preparado una improvisada pista de baile y allí la fiesta estaba ya en pleno apogeo. Algunas de las parejas bailaban con tal abandono que parecía más bien un rito de fertilidad de tiempos pasados. Jen los envidió por ello. Ciertamente, la música era muy pegajosa e incluso sus torpes pies ansiaban bailar. Se detuvo en una puerta a observar, mientras Maria se adelantaba para ir a reunirse con sus amigos. Se sentía a salvo y segura entre las sombras, a excepción de su cabello rojo. A pesar de que se lo había recogido como había podido en lo alto de la cabeza, seguía destacando en un mar de ojos y cabellos oscuros.

–Vaya, *signorina* Sanderson, qué casualidad verla aquí…

Jen sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquella voz tan sexy era inconfundible. Se dijo que debía comportarse como si nada, aunque sentía un hormigueo en los labios al tener a Luca tan cerca. El cuerpo se le caldeó y el corazón se le aceleró de un modo que iba en contra de todo lo que había decidido que debía hacer cuando estuviera con él.

–Ah, hola –dijo fríamente.

Se dio la vuelta y el corazón se le detuvo en seco. Con una máscara de bandido negra, parecía más bien un ángel negro que un respetable millonario. Con sus brillantes ojos y espeso y ondulado cabello y la incipiente barba que le había arañado el rostro no hacía

mucho tiempo…

No había muchos hombres que pudieran disfrazarse y estar tan guapos como Luca Tebaldi. Unos vaqueros y una camisa informal con las mangas enrolladas le sentaban estupendamente. Tenía unos antebrazos muy poderosos, bronceados y cubiertos de la cantidad adecuada de vello oscuro. Jen se los podía imaginar tan fácilmente rodeándole la cintura… Hasta la pulsera de cuero que llevaba en una de las muñecas le pareció sexy. Decididamente, la mentalidad festiva de aquel día la tenía en su poder.

–¿Te gustaría bailar?

–¿Bailar? ¿Me has visto bailar?

–Sí, en el club –le recordó él–. Estuviste estupenda.

–Eso no es cierto.

–Conmigo lo harás mejor. No es tan difícil –le aseguró–. Yo te llevaré. Tú me sigues…

–¿Tú crees? Bueno, supongo que esa es la razón de que todo el mundo esté aquí –dijo ella. Trataba de ocultar el hecho de que deseaba bailar con él más que nada en el mundo. Aún podía sentir los brazos de Luca alrededor de su cuerpo y recordó lo agradable que le había resultado ser el foco de su interés.

–Es solo un baile, Jen. No me gustaría que te sintieras fuera de lugar.

–Estoy segura de ello –afirmó–. Pero no te preocupes por mí. Estoy bien observándolo todo desde aquí. O tal vez desde allí –añadió mirando hacia el otro lado de la plaza para tratar de poner algo de distancia de seguridad entre ellos.

–¿Te gustaría que te acompañara? –le preguntó Luca.

Todas las mujeres le estaban dedicando sugerentes miradas mientras se mesaba el cabello con las fuertes manos.

–¿Acaso te molesta algo? –añadió. Nada se escapaba a sus intuitivos ojos.

–No –mintió Jen. No obstante, en su corazón, sabía que deseaba a Luca Tebaldi… a pesar de que eso no le llevaba a ninguna parte. Solo con que él la mirara, sabía que estaba mejor cuanto más lejos se encontrara de él.

–Debería buscar a Maria –añadió mirando a su alrededor–. Hemos venido juntas y creo que está con sus amigos.

–Eso es –confirmó Luca–. Están dando los últimos toques a las carrozas del desfile. ¿Es que no te lo dijo?

Luca apenas podía ocultar su satisfacción al haberla pillado en un renuncio.

–No lo sabía. Gracias por decírmelo. Iré a buscarla.

Desgraciadamente, Luca no se movió. Ella estaba encajonada contra la puerta de una tienda y él estaba disfrutando. Le gustaba tenerla exactamente donde quería.

–No hay problema. Esperaré aquí –dijo encogiéndose de hombros, como si no le importara lo más mínimo. Se apoyó contra la puerta y siguió mirando la plaza.

–No me gusta dejarte aquí sola. Mi deber es cuidarte…

–¿Desde cuándo?

–Desde que has venido a trabajar para mí.

–En realidad, yo trabajo para tu padre.

–Todo queda en la familia –repuso Luca.

–¿Siempre tienes que tener la última palabra?

–Siempre –replicó él sin dejar de mirarle los labios.

A pesar de que el corazón le latía a toda velocidad, Jen consiguió rodearle.

–Voy a buscar a Maria…

–No. Vas a bailar conmigo.

–¿Sí?

–Sí.

–Pero yo no sé bailar –protestó ella mientras Luca la llevaba en dirección a la pista de baile–. Tengo dos pies izquierdos y, además, llevo chanclas.

–Pues quítatelas –le dijo Luca.

Justo en aquel momento, un espacio apareció para ellos en medio de la pista de baile como por arte de magia. Todo el mundo los estaba mirando y ella no quería provocar una escena. Frunció el ceño, lo que solo provocó que Luca frunciera también el suyo. Tratar de permanecer inmune a él era inútil.

–Baila –le ordenó él con voz profunda.

–¿Es una orden? No veo brasas ardiendo…

Luca se echó a reír y la tomó entre sus brazos.

Resultaba peligrosamente agradable bailar con él. Jen quería, ansiaba, deseaba que él volviera a besarla.

–Baila si te atreves –le desafió él suavemente.

–Claro que me atrevo –respondió ella.

–Demuéstralo.

–Está bien –afirmó ella. Entonces, se soltó de él.

–Baila como si no tuvieras fronteras…

–De acuerdo.

Jen levantó los brazos por encima de la cabeza y comenzó a moverse al ritmo de la música. Los sentidos de Luca rugieron cuando ella comenzó a bailar como si lo hiciera solo para él. Jen

dejó a todo el mundo en silencio en pocos segundos, no porque de repente se hubiera convertido en una experta, sino porque rezumaba sensualidad y no mostraba inhibición alguna sobre la pista de baile. La música le daba la excusa perfecta para usar su cuerpo al máximo y no se contenía. Resultaba muy atractiva y todos los hombres lo sabían. Sin embargo, estaba con Luca y eso también lo sabían.

Volvió a asaltarle la misma duda de siempre. Jen era capaz de representar muchos papeles, uno de los cuales había conseguido que su hermano se lo dejara todo. Más mujeres empezaron a bailar buscando la aprobación de Luca, pero él solo tenía ojos para Jen. Sus rotundas caderas se ondulaban sugerentemente mientras que los pezones se le erguían por debajo del vestido. Luca recordó el tacto de sus labios y la calidez de su piel. Bajo la máscara de gato, los ojos de Jen lo invitaban con sugerentes promesas. No era consciente del revuelo que estaba causando con su baile. Estaba demasiado absorta en la música.

A medida que esta fue incrementando su volumen y su ritmo, los que bailaban comenzaron a hacerlo más frenéticamente. Los sinuosos movimientos de Jen sugerían que estaba lista para el placer, pero los fieros ojos lo negaban. Era un desafío que a Luca le resultaba irresistible.

Jen decidió que debía de estar borracha de música y de sol. Nunca antes se había dejado llevar de aquel modo. Culpó a la fiesta de ello. Ni siquiera sus dos pies izquierdos le habían impedido divertirse.

–¡Ya basta!

Contuvo la respiración al sentir que Luca tiraba de ella. Lo miró y frunció el ceño.

–¿Qué es lo que te pasa?

–No puedo soportarlo –dijo mientras miraba a los demás hombres.

–¿Qué es lo que te pasa? –repitió ella mientras trataba de soltarse. Luca, por su parte, la sujetó más fuerte.

Entonces, Luca aflojó el modo en el que la sujetaba.

–Quiero bailar contigo –gruñó. No la soltó del todo, de manera que ella pudo sentir íntimamente todo su cuerpo, sobre todo la erección que se erguía orgullosa–. No me pasa nada –le susurró al oído–. Mi único problema eres tú.

Jen lo deseaba. Deseaba sentirse segura, cerca y que los besos y

las caricias de Luca continuaran. Cerró los ojos con fuerza sabiendo que estaba mal y que era peligroso, porque podía provocarle más sufrimiento. ¿Qué sabía ella del sexo?

–No luches contra mí, Jen –murmuró Luca cuando ella trató de apartarse–. Solo perderías…

–¿Luchar contra ti? –preguntó ella. Deseó poder ganar la batalla que se estaba librando en su interior para poder luchar contra él y permanecer a salvo emocionalmente–. Es mejor que me sueltes

–¿Si no? –murmuró Luca mientras se quitaba la máscara.

–Si no tendré que luchar contra ti hasta el final.

–Estoy deseando.

La mirada que vio en sus ojos le provocó un fuerte calor por todo el cuerpo. Entones, la música cambió y se hizo más lenta, más sensual. La melodía se enredó alrededor del corazón de Jen, exigiéndole que se moviera con la música y con Luca.

Comenzaron a moverse juntos. Ella le colocó las manos sobre el pecho y sintió cómo le latía el corazón. Con un suave movimiento más, entró en contacto con la piel desnuda. Cuando le tocó, deseó tocarlo más, por todas partes…

¡No!

Aquello estaba mal. Tenía que salir de aquel estado de ensoñación. Aquello era una realidad, no una fantasía. El peligro de ceder a la tentación solo podía llevarle a un lugar. Al sentir su resistencia, Luca la soltó. Permaneció de pie, mirándola, con los ojos llenos de preguntas.

Jen cerró los ojos y tuvo que preguntarse qué era lo que realmente deseaba. La respuesta no tardó mucho en llegar.

–Está bien. Bailemos.

Capítulo 9

A PESAR DE tener dos pies izquierdos, podía bailar con Luca. Cuando él la tomaba entre sus brazos, su cuerpo respondía perfectamente, como si supiera exactamente lo que tenía que hacer. Luca bailaba tan bien que se lo ponía muy fácil. Él estaba al mando y ese pensamiento la conducía por toda clase de oscuros callejones donde no había fronteras. Nunca antes había sido tan consciente de su cuerpo o de su potencial para el placer. Luca la tenía presa en su erótica red y ella estaba cautiva, a salvo detrás de su máscara.

–¿Ya basta? –murmuró él.

«¿Pero es que hay más?», pensó ella.

Luca no habló. Le agarró una muñeca y entrelazó los dedos con los de ella. Aquel fue el gesto más íntimo que Jen había experimentado nunca. Entonces, Luca la sacó de la pista de baile y la llevó hacia el otro lado de la plaza, hacia una calle estrecha y oscura, al final de la cual estaba el mar. A cada paso que daba, a Jen le daba la sensación de que abandonaba su seguro mundo para entrar en uno nuevo y más excitante, un mundo que estaba deseando acoger y que sentía como la siguiente etapa en su vida.

Con la ciudad a sus espaldas, el mar se abría frente a ellos. Jen sabía que había llegado el momento de detenerse antes de hundirse más profundamente en aquella situación, pero, ¿cómo podía hacerlo cuando todo lo que estaba ocurriendo le parecía tan bueno?

Cuando llegaron al borde del acantilado, Jen le lanzó un desafío.

–¡Te echo una carrera hasta la playa!

–Es demasiado peligroso. Preferiría que estuvieras de una pieza cuando llegáramos allí.

Con una carcajada, Jen echó a correr, pero Luca extendió una mano y se lo impidió.

–Despacito y con cuidado –le dijo.

–¿Eres siempre así? Pues no me lo pareció –replicó ella. Dio un tirón de la mano y se soltó. Entonces, echó a correr por el sendero–. ¡Aquí! –exclamó mientras se detenía junto a una duna cubierta de

plantas.

Levantó los brazos hacia el cielo y cerró los ojos. Luca se le acercó por detrás y le rodeó la cintura con los brazos. Todo parecía tan perfecto…

Las curvas de Jen se amoldaban al cuerpo de Luca en todos los sentidos. Física, mental y emocionalmente él nunca había sentido algo similar. Su espíritu vital era como una descarga de adrenalina en las venas.

–Bésame –le pidió ella mirándole.

Luca no necesitó más.

No. Necesitaba sexo. Deseaba a Jen. Abrazarla como si estuvieran bailando no le bastaba. Sus sentidos se habían despertado hasta rugir de necesidad por lo que deseaban.

–Tienes que besarme –insistió ella–. Es una fiesta especial…

Jen lo miró y le transmitió un peligroso mensaje con la mirada… Colocó a Jen sobre la arena y se tumbó a su lado. Le soltó el cabello y comenzó a besarle en las mejillas y el cuello mientras enredaba los dedos en los mechones.

–¿No es suficiente? –sugirió cuando ella se mostró impaciente.

–¿Qué te parece a ti? –le susurró Jen contra los labios–. Tócame –añadió cuando él dudó un instante. Entonces, le agarró la mano y se la colocó encima de un seno.

–¿Así? –sugirió él mientras le apretaba el pezón muy suavemente con el índice y el pulgar.

–Ah, sí… –gimió ella, ofreciéndose a él mientras Luca se ocupaba del otro.

El vestido que llevaba puesto parecía haber sido diseñado para el amor porque tenía unos pequeños botones que iban desde el escote hasta la cintura. Luca se tomó su tiempo para desabrocharlos todos hasta que solo el delicado sujetador de Jen se interpuso entre ellos. Tomándola entre sus brazos, la ayudó a que se quitara el vestido y volvió a tumbarla sobre la arena, donde ella estaba en actitud de total confianza, con los brazos levantados por encima de la cabeza.

Luca le deslizó los dedos muy lentamente por el cuerpo, deteniéndose en los senos. Le encantaba lo rotundos que eran y lo excitada que ella estaba. Siguió por la curva del vientre y más abajo aún, tentando la suavidad del encaje blanco. Aquella zona merecía toda su atención. Ella tenía una belleza que le encantaba y le volvía loco cómo se le aceleraba la respiración cuando la tocaba. Le acarició el encaje muy suavemente y vio cómo ella se agarraba a las plantas que tenía a mano con puños de marfil.

Jen sentía que la respiración se le había acelerado y se preguntó si podría aguantar mucho más. Nunca se había sentido tan excitada. Era como si estuviera de pie al borde de un abismo y ansiara caer. No se había dado cuenta de que su cuerpo era capaz de tales niveles de placer. No pudo contenerse y separó los muslos un poco más.

Luca se sacó la camisa por la cabeza y se tumbó al lado de Jen. Medio vestido, tenía un aspecto magnífico.

¿Y medio desnudo?

Jen no estaba preparada para aquello.

Luca se cambió de posición y se colocó de modo que ella veía perfectamente su espeso y revuelto cabello y la amplia extensión de los hombros. Sus movimientos eran pausados y tranquilos. Jen no dijo nada, ni siquiera cuando él se colocó las piernas de ella por encima de los hombros y comenzó a acariciarla con los labios a través del delicado encaje blanco. Sí gimió, y detrás de los gemidos llegó un grito de placer que la llevó a arquear su cuerpo hacia él buscando más contacto, más presión. Sin embargo, Luca sabía demasiado para ella y él se movió de nuevo para tenerla esperando.

–Por favor…

Jen se meneó con impaciencia debajo de él, pero Luca la dejó frustrada. Se puso de pie para desabrocharse el cinturón y bajarse los pantalones. Se mostró totalmente desinhibido. Jen oyó cómo se bajaba la cremallera y cómo se los quitaba, pero se tapó el rostro con los brazos y permaneció completamente inmóvil mientras él se arrodillaba junto a ella.

–¿Tímida? –preguntó él con humor en la voz.

–No –dijo ella levantando la barbilla.

Había llegado al punto de no retorno. Aquel era el momento en el que decidía si sí o si no. Levantó los brazos y sintió que Luca la abrazaba. Resultaba tan agradable… Él era tan fuerte, tan grande, tan seguro…

Se inclinó hacia él y le rozó los labios con los suyos. Luca le desabrochó el sujetador y lo arrojó a la arena. Sin dejar de mirarla a los ojos, le acarició los pechos. Ella no pudo dejar de lanzar exclamaciones de placer ni de pedir que le diera más…

Mientras sostenía los pechos en sus enormes y cálidas manos, Luca le estimuló el pezón suavemente con el pulgar, causando una oleada de sensaciones que le llegaron a Jen hasta lo más profundo de su ser. Ella seguía vibrando de placer cuando Luca se inclinó sobre ella para enterrar la cabeza entre ellos y tomarle primero con los labios un pezón y luego otro. Cuando Jen creyó que el placer no podía incrementarse, Luca comenzó a besarle el cuello, los lóbulos

de las orejas y la boca. El beso dejó de ser un simple contacto para transformarse en una caricia firme y profunda. En ningún momento dejó de masajearle los senos. Jen le enredaba los dedos en el cabello, tirando de él, uniendo la lengua con la de Luca mientras él le asaltaba la boca.

No había esperado que Jen fuera tan fiera y apasionada. No había sentido la tigresa que había en ella. Jen se frotaba contra él con la pasión de una mujer experimentada. Incluso suspiró aliviada cuando él le quitó el tanga. Se sentía impaciente y a Luca le encantaba. Le gustaba el tacto del trasero, sedoso y cálido bajo las manos. Se lo cubrió para poder llevarla en contacto directo con su potente erección. Ella gritó con fuerza, emitiendo un sonido lleno de necesidad, que lo animó a rotar las caderas muy lentamente…

–Por favor… por favor… –suplicaba ella.

Luca reemplazó la presión de su cuerpo con la mano. Utilizando la yema del dedo, comenzó a explorarla para comprobar si estaba lista. Jen estaba más que preparada para él. Cálida, húmeda e hinchada, cada vez que él pasaba la mano ella se frotaba contra él para incrementar la presión de sus caricias.

–Creo que necesitas esto…

–Oh, sí… –murmuró ella, exclamando palabras de placer cuando concentraba sus caricias en el lugar en el que Jen más lo necesitaba.

–¿Y esto? –le preguntó mientras incrementaba el ritmo.

La respuesta de Jen fue un profundo sonido animal que expresaba perfectamente su necesidad. Se aferraba a él, con los ojos cerrados y los labios separados, suplicándole con palabras que lo sorprendieron que dejara de torturarla. Como respuesta, Luca le deslizó un muslo entre las piernas y deslizarse un poco hacia abajo, para colocarse justo dentro de ella. El placer que eso le provocó y la anticipación del placer que estaba por venir la dejó completamente sin aliento.

–Todavía no.

–¿Por qué no?

–Porque esperar hará que sea mejor para ti.

–Yo no quiero esperar… –susurró ella mientras se movía contra él.

–En ese caso, seré yo quien espere.

Luca comenzó a besarla mientras movía delicadamente la punta de su erección hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás… Jen cerró los ojos y suspiró de placer.

–Más… –insistió ella mientras trataba de empujar las caderas hacia delante. Cuando él respondió, lanzó un grito muy agudo.

–¿Qué es lo que no me estás contando, Jen?

–¡No! ¡No te pares ahora!

Pero Luca se había parado y no pensaba continuar hasta que ella se explicara.

–Nada… de verdad… nada –dijo–. Solo ha sido un calambre. Nada más. Estoy bien ahora.

–¿Estás segura?

–Por supuesto que estoy segura –dijo ella con una sonrisa–. Eres muy grande…

–Relájate –musitó él cuando se hubo hundido en ella hasta el fondo–. Deja que haga yo todo el trabajo.

–Si insistes…

–Claro que insisto…

Luca dedujo que hacía ya bastante tiempo desde la última vez que Jen hizo el amor. Por eso, decidió tomarse las cosas con calma, a pesar del ímpetu con el que ella lo animaba. Utilizó la mano para combinar todos los niveles de placer y conseguir que ella se acostumbrara a él.

–¡Oh, sí… sí! –exclamó ella mientras comenzaba a moverse con él para aprovechar el beneficio de cada movimiento.

Luca le agarró el trasero, se retiró y luego se hundió en ella profundamente, moviéndose con firmeza y eficiencia hasta que a ella ya no le quedó esperanza de seguir aguantando.

–Ahora –murmuró él.

Jen obedeció inmediatamente y cayó con un grito de gozo y de sorpresa. Quedó perdida por algún tiempo, moviéndose debajo de él mientras Luca la sujetaba para que recibiera todo el beneficio de cada oleada de placer. Cuando ella le pidió más, se echó a reír y la colocó encima de su cuerpo…

Había sido un pequeño engaño. ¿Era necesario anunciar que aquella iba a ser su primera relación sexual completa dado que era virgen? ¿Le importaría a Luca? De todos modos, se sentía una estúpida por seguir así a su edad, admitirlo abiertamente. No había ley alguna que dijera que había que tener relaciones sexuales a una edad concreta. Ella siempre había estado muy ocupada tratando de dar buen ejemplo a Lyddie, tanto que el sexo había pasado a un segundo plano. Entonces, se convenció de que podía vivir sin él y que no era necesario que llenara su vida con la angustia y el drama que se asociaba con una aventura amorosa.

Seguramente, una mentira piadosa era aceptable en aquellas



circunstancias. Después de todo, ¿qué mal podía hacer?

Capítulo 10

JEN SEGUÍA entre los brazos de Luca cuando recordó que Maria la estaría esperando en el pueblo.

–Debería regresar. Maria podría estar preocupada por mí. Luca… ¿Luca?

Él estaba tumbado con el brazo sobre los ojos. Ni siquiera se atrevía a mirar a Jen. Había pensado que hacerle el amor aliviaría el ansia que sentía dentro de él, pero esta había aumentado. La deseaba aún más y por mucho más que el sexo. Había sufrido la carencia de sentimientos desde hacía tanto tiempo que, en aquellos momentos, se sentía abrumado por ellos.

Eran sentimientos que no lo habían turbado desde que era un niño. Había aprendido a vivir sin ellos después de que su madre muriera y nunca más los había dejado emerger. ¿Por qué hacerlo? Su padre no los quería y Raoul había decidido alinearse con su padre. Desear a Jen de aquella manera nunca había formado parte de su plan. Ciertamente, tampoco había sido parte del plan de su padre y, por muy superficial que fuera la relación que había entre ellos, Luca jamás había roto una promesa que le hubiera hecho a su padre.

–Iré contigo –le dijo mientras Jen iba recogiendo su ropa–. El pueblo puede resultar peligroso durante esta fiesta.

–¿Más que tú? En serio, tengo que irme. No quiero que Maria se preocupe por mí.

Luca le agarró la muñeca.

–Esta noche te quedarás conmigo.

–¿Sí? –le preguntó con una sonrisa en los labios–. Veo que te sientes muy seguro de ti mismo –añadió mientras se abrochaba el sujetador.

–Lo estoy.

–¿Significa eso que tengo que quedarme en la casa grande?

–Así es. ¿Cuántos años tienes, Jen?

–Los suficientes –respondió ella–. Además, deberías saberlo. Eso

es que no te leíste bien mi currículo.

–Lo leí, pero no me decía la experiencia que tienes.

–La suficiente –insistió ella.

–Bueno, había bastantes carencias en tu currículo –recordó.

–Tengo veinticuatro. ¿Te tranquiliza eso?

En realidad, no. Era muy joven.

–¿Cuántos años tienes tú?

–Treinta y dos.

–Un anciano –comentó ella riendo mientras se mesaba el cabello para quitarse la hierba–. Pero no estás casado ni tienes hijos. Dado que estamos jugando a decir la verdad, ¿a qué se debe eso, Luca?

¿Qué era lo que podía tentarlo a llevar una esposa y unos hijos al mundo tan complicado en el que habitaba?

–No dejes que tu imaginación se desboque –le advirtió sin responder a la pregunta.

–¿Por qué no? –preguntó ella mientras se recogía el cabello de nuevo–. Estoy segura de que tú también especulas sobre mí.

Jen era astuta y acompañaba las preguntas con más sonrisas. Luca le puso las manos sobre los hombros y la colocó en la dirección en la que estaba el pueblo.

–¿No decías que tenías que ir a alguna parte?

–Entonces, ¿tenemos un futuro juntos? –bromeó.

–Sí, Y se prolongará hasta la noche –confirmó él.

–Una vez más, veo que estás muy seguro de ti mismo, *signor* Tebaldi.

Él sonrió.

–Si no quieres pasar la noche conmigo…

–A menos que consiga una oferta mejor –replicó ella con una mirada provocativa.

Luca sabía que ella estaba bromeando, pero el mero hecho de pensar que otro hombre miraba a Jen le bastaba para despertar su lado más primitivo. Sexualmente, ella había sido una revelación para él. Se había mostrado fiera y apasionada, pero al mismo tiempo vulnerable. Nunca había encontrado a una mujer así. Cuanto más intimaba con Jen, más comprendía lo que su hermano había visto en ella, aunque solo pensar en su amistad bastara para despertar los celos dentro de él.

En cuanto regresaron a la plaza del pueblo, Maria los vio enseguida. Jen saludó al ama de llaves con un abrazo. Eso convenía a Luca. Cuanto más feliz fuera ella en Sicilia, más probable era que se quedara. Y Luca quería que se quedara. La única razón era que no soportaría ya verla marchar.

Poco después de reunirse con Maria, la simpática ama de llaves se marchó de nuevo con sus amigos. Jen pensó que su primer día en la isla había sido increíble. Ser el centro de atención de Luca lo había sido también. Jamás olvidaría el día en el que hizo el amor con un apasionado siciliano en la playa de una pequeña isla durante un festival. Si la emoción no volvía a regresar a su vida, al menos tenía eso a lo que aferrarse.

En realidad, decidió que tenía más que eso cuando se dio la vuelta y vio que Luca la estaba mirando. Los dos compartieron una íntima sonrisa y ella estuvo dispuesta a creer que cualquier cosa era posible.

–Esta noche –susurró.

La ligera sonrisa de él le aceleró los latidos del corazón. Entonces, Luca se dio la vuelta para hablar con algunas personas que lo habían reconocido. Jen se mantuvo al margen, observando. Vio que el anciano que dirigía el pequeño grupo familiar agarraba la mano de Luca y se la besaba.

–Ahora tú eres Don Tebaldi –le dijo en voz fuerte y temblorosa el anciano, provocando varios murmullos de apreciación en la multitud–. Tu padre se ha ganado su jubilación, pero ahora te tenemos a ti, Luca.

Luca golpeó suavemente el hombro del anciano antes de estrecharlo con fuerza entre sus brazos.

–Jamás te defraudaré, Marco.

Aparecieron lágrimas en los ojos del anciano cuando Luca lo soltó. Sin embargo, ni siquiera esas lágrimas, por auténticas que fueran, pudieron superar el shock que sentía en aquellos momentos. Jen había separado a Luca de su padre, pero, en aquellos momentos, la realidad la estaba golpeando de frente en el rostro.

Había estado tan segura de que podía enfrentarse a cualquier cosa que se había metido de buen grado en un mundo del que no sabía nada. ¿Cómo se podía relajar cuando todos los habitantes de la isla trataban a Luca como si fuera un rey? La alegría que había sentido hasta entonces se vio reemplazada rápidamente por preocupación.

–Los dos deberíais bailar –dijo el anciano–. Adelante –añadió para animarla–. Ahora tenéis que bailar por mí. ¡Mis viejos pies ya no funcionan! –añadió mirando a su alrededor con alegría, como si la calidez de su familia y la protección de Luca lo hicieran más feliz que nada sobre la tierra.

–¿Qué es lo que ocurre? –le preguntó Luca. Notó la tensión que la atenazaba cuando la tomó entre sus brazos.

–Nada –mintió ella, aunque sin dejar de sonreír al anciano.

–No te creo –dijo Luca mientras comenzaba a acariciarle el cabello–. Estás muy tensa.

–Avergonzada más bien –replicó. Había mucha gente observándolos–. No te preocupes, no es nada –añadió mientras Luca la rodeaba protectoramente con sus brazos.

–El desfile está a punto de empezar –comentó él. Acercó el rostro al de ella, le sonrió y entonces la besó.

–No nos lo podemos perder –afirmó ella. Deseó poder perder la sensación de estar sujeta a un temporizador o a un reloj de arena que marcaba que su tiempo juntos se estaba terminando.

Agradeció la distracción mientras Luca la llevaba hacia el lugar por donde iba a pasar el desfile. Recordó que Maria le había dicho que recogiera tantos collares de cuentas como pudiera cuando pasara el desfile, dado que traían buena suerte.

Jen decidió que iba a necesitar un baúl lleno. Tenía que dejar de desear cosas que no podía tener.

Ni siquiera habían llegado a la calle principal cuando Luca se detuvo en seco y la empujó a un callejón oscuro.

–¿Qué pasa? –preguntó ella.

–Te deseo…

La besó una y otra vez hasta que ella se relajó entre sus brazos.

–No podemos –protestó ella, aunque la voz le temblaba de excitación.

–¿Por qué no? –murmuró Luca mientras la acariciaba tiernamente.

–¿Porque estamos en público?

–¿Y la playa es diferente?

–En la playa no había nadie –le recordó ella.

–Ni en este callejón tampoco. ¿Dónde está tu deseo de aventura, Jen?

La sonrisa de Luca era irresistible. Sus caricias también lo eran. Y tenía razón. Entre aquellas casas tan antiguas, que dejaban el callejón sumido en las sombras, no podía verlos nadie. Jen levantó los brazos y rodeó con ellos el cuello de Luca.

Él siguió besándola mientras la apretaba contra la pared. Su cuerpo bloqueaba toda la luz, por lo que Jen solo podía sentir cómo las manos comenzaban a realizar su magia. Ya no hacían falta las palabras. Solo bastaba con sentir y acariciar, con susurrarse el uno al otro mientras intercambiaban apasionados besos. Ella lo deseaba y cuando Luca le metió la mano debajo del vestido para bajarle el tanga, Jen le permitió que la levantara contra la pared y le rodeó la

cintura con las piernas.

El tacto de la pequeña mano de Jen agarrándolo, acariciándolo, fue un arma incendiaria para los sentidos de Luca.

–Ahora –le suplicó ella, levantando con fiereza las caderas.

Los dos lo necesitaban. Ella gritó de alivio cuando Luca se hundió profundamente en ella. La poseyó por completo con un único movimiento mientras ella movía las caderas al ritmo que él marcaba. Los dos habían sentido la misma urgencia. El autocontrol de Jen se deshizo pronto en pedazos y él la siguió poco después. El ruido de la gente ahogó sus gritos de placer.

–Nadie puede oírte –la tranquilizó él mientras la acariciaba suavemente. Vio que los ojos de Jen estaban oscurecidos por la excitación. Luca no pudo dejar pasar la oportunidad y empezó a moverse de nuevo.

–Me encanta que seas tan intuitivo –susurró contra el cuello de Luca gruñendo cada vez que se hundía en ella.

–Relájate –musitó él–. No hagas nada. Concéntrate.

–Que no haga nada. Que me concentre… ¿En qué?

–En las sensaciones… –sugirió él mientras se movía firmemente para darle placer.

Ella se echó a reír suavemente.

–¿Hay algo más? –murmuró entre gruñidos de apreciación.

Cuando Jen pudo expresar por fin su aprobación con un profundo suspiro de satisfacción, él la besó.

–Creo que te vas a llevar una parte bastante importante de mi tiempo.

–Eso espero –dijo ella mientras él la dejaba con mucho cuidado sobre el suelo.

Durante un instante, le pareció tan inocente a Luca que él quiso olvidar todas las dudas que pudiera tener sobre ella. Sin embargo, no podía. Aún no. Le frustraba pensar que ella lo conocía tan íntimamente y que él no la conocía en absoluto.

–Collares –le recordó.

–Lo que desees.

Los dos se sonrieron el uno al otro y, durante un instante, Luca creyó que podrían ser como una pareja cualquiera. Salieron del callejón y se dirigieron hacia el lugar donde estaba pasando el desfile. Luca saludó a una de las carrozas y, como recompensa, recibió un puñado de llamativos collares.

–¿Son todos para mí? –le preguntó Jen mientras él se los colocaba alrededor del cuello–. Tú también te tienes que poner uno –insistió. Cuando consiguió ponerle uno, lo miró cuidadosamente–.

¿Qué te parece?

–Creo que me sienta genial –bromeó él. Se preguntó cuándo se había divertido más que aquella noche.

–Estoy de acuerdo. El rosa es ciertamente tu color –dijo ella mientras le hizo una reverencia.

Luca sintió que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho. Aquello se estaba complicando demasiado, y solo habían pasado un día juntos.

Jen no se había dado cuenta de que Luca tenía que coronar a la reina del festival, pero, por supuesto, era lo lógico. ¿Quién mejor que el rey de la isla para realizar la tarea? Mientras observaba la ceremonia, el lado más sensato de Jen le decía que lo que había surgido tan rápidamente entre ellos podría desaparecer con la misma celeridad. Sin embargo, su lado sensato no tenía opción alguna, dado que el corazón estaba totalmente comprometido con el peligroso sendero que ella había tomado.

Esperó que lo que había surgido en ella no se convirtiera nunca en un problema para él. Esperaba poder saber reconocer el momento de la retirada. Desgraciadamente, lo único que interesaba a su cuerpo era cuándo volverían a hacer el amor. Ella nunca había conocido a nadie como Luca Tebaldi.

¿Sería aquello amor a primera vista?

Decidió que, más bien, era como verse atrapada en un torbellino.

¿Era así como una mujer se sentía cuando estaba enamorada? ¿Era posible enamorarse de alguien en tan breve espacio de tiempo?

¿Por qué no? Algunas amistades e historias de amor tardaban años en desarrollarse, mientras que otras surgían del corazón ya plenamente formadas.

El corazón se le aceleró al ver que Luca le sonreía desde el escenario. Aunque él no correspondiera sus sentimientos, no cambiaría nada lo que sentía por él. Gracias a Luca había tenido oportunidad de experimentar el sentimiento más maravilloso del mundo y no tenía prisa alguna por dejarlo escapar.

Capítulo 11

PARECES PREOCUPADA –comentó Luca mientras la gente comenzaba ya a marcharse–. ¿Hay algún problema?

Él era el problema. La mezcla de sentimientos que tenía hacia él era el problema. Desde el día en el que Luca apareció por el casino, su mundo estaba patas arriba y no había parado de dar vueltas desde entonces.

Tal vez podrían hablar de verdad si se marcharan en aquel mismo instante. Lo que sentía por Luca estaba fuera de control, y no solo por el maravilloso sexo. En Sicilia era diferente. Se encontraba más relajado que en Londres y Jen por fin sabía por qué. Aquella isla era su hogar, su reino, pero ella no estaba segura de lo que aquello conllevaba. Ella solo había experimentado la vida dentro de ciertos límites. Lo más sensato sería devolver las cosas a un nivel más profesional. Seguramente para Luca también sería un alivio.

–¿Veré las gemas mañana? –le preguntó mientras regresaban a la casa.

–¿Por qué no esta noche? ¿Ahora mismo?

–Si a ti te parece bien…

En cuanto llegaron a la casa, Luca la llevó directamente a la planta superior. Abrió una puerta y se hizo a un lado.

–Después de ti.

Jen se detuvo un instante en el umbral. La habitación estaba completamente a oscuras y olía a cerrado.

–¿Está aquí la colección de tu padre?

Luca esperó hasta que Jen estuvo dentro de la habitación para explicarle que, en aquellos momentos, se estaba construyendo una nueva cámara acorazada para guardar las gemas, pero, hasta que estuviera listo, el tesoro de su padre estaba, literalmente, debajo de la cama.

–Estoy fascinada. Me muero de ganas por verlas.

Se había imaginado que estarían en un sótano con las mayores medidas de seguridad, pero Luca se limitó a apartar la cama para

dejar al descubierto una trampilla. Corrió los cerrojos y abrió la portezuela. Jen se imaginó que su rostro debía de ser un poema.

–¿Ahí abajo? –exclamó mientras él le indicaba una escalerilla.

–Espero que no padezcas claustrofobia… –bromeó.

–He estado a solas contigo –replicó ella, aferrándose también al humor–. No soy claustrofóbica ni me da miedo la oscuridad.

–Estupendo, porque está muy profundo y oscuro y podría haber muchas arañas –comentó riendo–. Ya te advertí que mi padre es uno de los últimos excéntricos que hay en el mundo, ¿verdad?

–Tal vez. Vamos.

–Ten cuidado mientras bajes por la escalera –le advirtió Luca, ya en serio.

Él bajó primero y la esperó a los pies de la escalera. Cuando Jen se acostumbró a la oscuridad, vio que estaban en una habitación muy pequeña que tenía una puerta de acero. Luca puso la combinación de la cerradura y abrió la puerta. Entonces, encendió la luz que había en el interior. Jen vio que había varios estuches de joyería, unos más grandes y otros más pequeños. Contra la pared, había apoyados unos sacos de arpillera.

–¿Esto es?

–Sí. A mi padre le gustaba acumular, como ya sabes, y nada le agradaba más que meter la mano en uno de estos sacos y sentir las valiosas joyas deslizándosele entre los dedos.

–¿Y están sueltas en esos sacos? –preguntó ella con incredulidad.

–Y todas mezcladas –confirmó Luca–. Ahora entiendes por qué necesitamos que las organices, ¿verdad?

–¿Cuántos sacos hay ahí abajo? –preguntó con voz temblorosa.

–Una media docena.

–¿Están todas malditas?

–Pensaba que no creías en eso…

–Y no creo –dijo, aunque con menos seguridad que antes.

–No te pueden hacer daño. Solo la vida y la gente pueden hacerlo.

–Lo sé. Simplemente es que nunca había visto tantas gemas tan valiosas juntas de este modo. Ni siquiera puedo imaginar lo que valen todas juntas ni el tiempo que me va a llevar identificar a cada una de ellas. ¿Tiene tu padre algún registro?

–Lo dudo.

–Esto va a llevarme mucho más de lo que había esperado.

–¿Unos seis meses? –sugirió Luca.

–Nunca me imaginé que estaría aquí tanto tiempo…

–Te conseguiré toda la ayuda que necesites. Dudo que mi padre

mirara estas piedras más de una vez antes de echarlas en esos sacos.

Como si no valieran nada.

–Esta colección es única.

–Debes de estar ansiosa por empezar a trabajar.

–Así es –confirmó ella.

–Un verano en Sicilia –dijo Luca para aligerar el ambiente–. ¿Qué tiene eso de malo? ¿Qué harías si no estuvieras aquí, trabajar en el club y en la casa de subastas? ¿Por qué hacerlo cuando puedes estar aquí y disfrutar de unas vacaciones pagadas?

–De vacaciones nada… –susurró ella mirando el montón de gemas.

–Puedes hacer el trabajo que tanto adoras a tu ritmo. Y vivir aquí tiene que ser mejor que hacerlo en ese estudio, ¿no?

Eso era indiscutible, entonces, ¿por qué no se sentía bien? ¿Por qué había algo que seguía preocupándole? Debería estar encantada. Luca tenía razón. Era una maravillosa oportunidad.

Sin embargo, él no había mencionado en ningún momento que fueran a pasar tiempo juntos. Aunque se odiaba por sentir aquella debilidad, no podía evitar pensar que, cuando se pusiera a trabajar, tal vez no volvería a verlo.

Mientras se daba una ducha, Luca llegó a la conclusión de que necesitaba darle ánimos. Jen se había quedado atónita por la magnitud de la colección de su padre y, más especialmente, por el hecho de que le llevaría meses completar el trabajo para el que se le ha había contratado. La había dejado en la verja de la casa de invitados para darle algo de tiempo para acostumbrarse a la idea. Si ella renunciaba, Luca no podría seguir investigando y eso era algo que no iba a ocurrir. Le había sugerido que cenara en la casa grande con él y, después de dudarlo durante unos instantes, Jen había aceptado.

Se puso unos vaqueros y el cinturón. Decidió no afeitarse. Eso podría esperar hasta la mañana siguiente porque estaba deseando verla. Se mesó el cabello con los dedos, pero solo consiguió alborotárselo más. Los ojos relucían bajo las espesas cejas.

Deseaba a Jen y eso no podía esperar hasta la mañana siguiente.

Ella lo estaba esperando en la biblioteca hojeando un libro. Tenía un aspecto exquisito con su cabello rojo cayéndole en cascada por la espalda y con su inocente rostro libre de maquillaje. El poder de su belleza lo dejó atónito. Ella había elegido unos de los vestidos de su nueva colección, de diseño muy sencillo en seda color

aguamarina. El vestido le llegaba hasta la rodilla y moldeaba perfectamente su figura.

–Me encanta tu biblioteca –dijo ella en cuando lo vio–. Eres un hombre muy afortunado.

–A mí también me encanta –respondió Luca mientras cruzaba la sala para reunirse con ella–. Fue aquí donde aprendí lo que se dice del Diamante del Emperador, que era la piedra preciosa más significativa en la corona de coronación de Napoleón, de ahí la maldición. La vida de Napoleón no terminó exactamente en un punto álgido, como estoy seguro de que ya conoces. Siempre me han fascinado las guerras napoleónicas.

–¿Estás seguro de que lo que te fascina no son las tácticas de guerra? –le desafió ella.

–¿No podemos dejar a un lado las armas por una noche? –replicó él, sonriendo.

–¿En interés de…?

–¿De llegar a conocernos mejor?

–Pensé que ya nos conocíamos bastante bien… –comentó ella con una sugerente sonrisa.

Luca le indicó el sofá. Jen levantó una ceja y se movió para colocar la mesa de la biblioteca entre ambos.

–¿Tácticas de batalla?

–Tácticas de distancia.

–Espero que no se te hayan quitado las ganas por la magnitud del trabajo…

–¿Acaso te parezco abrumada?

No. Le parecía una mujer muy hermosa.

–Por favor… Siéntate…

–¿Es una invitación o una orden?

–Es una sugerencia que puedes aceptar o no.

–¿Qué es lo que quieres saber sobre Raoul? –le preguntó ella mientras tomaba asiento.

–¿Acaso eres capaz de leer el pensamiento?

–Utilizo una bola de cristal –le aseguró ella muy secamente–. Venga. Si yo estuviera en tu lugar, querría saber.

–Tienes razón. Me gustaría saber todo lo que puedas decirme sobre mi hermano, todo lo que puedas recordar.

–Tal vez no pueda contarte todo.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó él.

–Simplemente eso –contestó ella, mirándole fijamente con sus ojos color verde esmeralda.

–¿Acaso crees que me estoy portando de un modo poco

razonable? –sugirió él.

–No. Te prometo que te contaré lo que pueda, pero solo con una condición.

–¿Y es?

–Tú también tienes que responder a mis preguntas.

–Trato hecho –dijo Luca. Fue a sentarse enfrente de ella, con una mesa baja entre ambos–. Empieza por contarme cómo de bien conocías a Raoul.

–No me acostaba con él, si es eso a lo que te refieres.

–No te estoy preguntando si te acostabas con él. Te estoy preguntando cómo de bien lo conocías.

–Casi nada.

Eso no tenía sentido. O estaba mintiendo o Raoul había sufrido una especie de trastorno mental que lo había animado a actuar sin pensarlo en favor de Jen.

–Ahora me toca a mí preguntar –anunció ella–. ¿Son legítimos tus negocios, Luca?

–Por supuesto que lo son. ¿Qué es lo que estás implicando?

–Simplemente siento curiosidad –admitió ella–. Los habitantes de la isla te tienen en mucha estima.

–¿Y eso está mal?

–Te besan la mano como si gobernaras sobre ellos.

–Mi familia lleva generaciones protegiendo esta isla. Si lo que me estás preguntando es si los isleños me consideran una especie de rey, no, por supuesto que no. Vienen a pedirme consejo, como acudían a mi padre antes de hacerlo conmigo, y a mi abuelo hace muchos años. Si yo puedo ayudarlos, lo haré. No hay más. Ahora, me toca a mí preguntar. ¿Cuánto tiempo conociste a mi hermano?

–Desde que empecé a trabajar en el club. Acudía muy regularmente, pero eso ya lo sabes. Daba gusto charlar con Raoul. Siempre se mostraba muy agradable y cortés.

–¿Y eso es todo?

–No sé adónde quieres ir a parar. Raoul hablaba sobre ti y yo hablaba sobre Lyddie. Nos entristecíamos juntos. Mi función era animarlo. No era una función, sino un placer. Raoul era diferente.

–¿Por qué era diferente?

–Especial. Raoul era especial. No iba al casino a ahogarse en autocompasión. Iba a olvidar y esa era la razón por la que jugaba en las mesas todas las noches.

–A olvidar.

La culpabilidad se apoderó de Luca al pensar que Raoul podría haber querido cambiar su vida, pero él no había estado presente

para ayudarlo. Raoul se había esforzado mucho por ganarse el amor de su padre y había fracasado tan estrepitosamente como él mismo. Pensar que Raoul no había tenido a nadie más que a Jen en quien poder confiar le dolió profundamente.

–Eras amable con Raoul –dijo.

–Claro que lo era. Tu hermano también era amable conmigo. Siempre nos tomábamos nuestro tiempo para estar el uno con el otro.

–¿Y de verdad que no había nada más que amistad entre vosotros?

–¿Qué podrías ser? ¿Chantaje? ¿Sexo? Venga ya… –insistió ella–. No había nada entre tu hermano y yo más que amistad. No siempre tiene que haber sexo de por medio.

–Es lo que suele haber entre un hombre y una mujer.

–Bueno, no en esta ocasión –le aseguró ella acaloradamente–. Si todos estos sucios pensamientos han estado dándote vueltas por la cabeza, ¿cómo has podido hacerme el amor? ¿Era una prueba, Luca? ¿Ha sido todo esto tan solo una especie de horrible juego?

Cuando Jen se puso de pie, él la agarró del brazo y tiró de ella.

–No es un juego, Jen. Todo esto es demasiado real para mí.

–Y para mí –le aseguró ella secamente–. ¿Acaso crees que me gusta que me interroguen como si tuviera algo que esconder?

–Creo que si hubiera conocido a tu hermana y tú me conocieras y me preguntaras sobre Lyddie, yo te contaría todos los detalles que pudiera recordar. Nada de lo que me puedas contar es demasiado pequeño o inconsecuente. Todo lo que sabes sobre Raoul ayudará a dar color al retrato que era mi hermano. Necesito esa información como necesito el aire para respirar y por ninguna otra razón que porque amaba a mi hermano y ahora es demasiado tarde para decirle a Raoul lo mucho que significaba para mí.

Capítulo 12

LUCA COMPRENDIÓ que el amor por su hermano era más fuerte que su necesidad de conocer la razón por la que la mujer que tenía frente a él era la heredera universal de Raoul. Todo lo que le había dicho a Jen era cierto. Sentía desesperación por conocer cada pequeño detalle. Si había algo que Jen no le estaba contando…

–Tiene que haber algo más que tu amistad con Raoul. Algo que no me estás contando.

–¿Por qué? ¿Por qué crees que te estoy ocultando algo?

–Porque tiene que haber algo más –insistió él. Tienes que estar ocultándome algo. Tal vez sea un secreto que mi hermano no le pudo contar a nadie más que a ti… No lo sé –admitió con frustración.

Luca era normalmente una persona muy controlada, por lo que aquel nivel de incontinencia emocional era nuevo para él. Tenía que tomarse un instante para tranquilizarse.

–Quiero que respondas mi pregunta –insistió Jen–. ¿Cuál es tu negocio aquí en la isla? Aún no me lo has dicho y tengo que saber exactamente en qué estoy implicada.

–Si eso te ayuda, mi vida en la isla no está conectada con mi negocio. No sé qué más decirte, aparte del hecho que tu trabajo sigue siendo el mismo. Se te ha contratado para catalogar las piedras preciosas de un anciano y preparar una exposición de la que pueda sentirse orgulloso. Quiero que su vida termine bien y tú puedes ayudar del modo que te estoy diciendo. Lo único que necesitas saber sobre mí es que todo lo que hago está dentro de la ley y que no haría nunca nada para hacerte daño ni a ti ni a la memoria de Raoul. Mis intereses empresariales se extienden por todo el mundo y, aunque son muchos y variados, todos ellos son legítimos.

–Entonces, ¿por qué no pudiste encontrar tiempo para tu hermano si tus negocios son tan grandes y tienes tantas personas trabajando para ti?

–Fue al revés, Jen. Raoul no quería verme.

–Porque no podías aceptarlo… –dijo Jen. Se detuvo en seco como si hubiera hablado más de la cuenta.

–¿Aceptarlo? –repitió él–. ¿Te refieres a aceptar sus deudas de juego?

Jen parecía estar cada vez más incómoda, pero permaneció sumida en un obstinado silencio.

–Dímelo –insistió él–. ¿Por qué no puedes decirme lo que sabes sobre Raoul? Yo no sería tan cruel contigo si nuestra situación fuera a la inversa.

–Le hice una promesa –le espetó ella–. Y no pienso romperla. Lo único que te puedo decir es que no fue fácil para Raoul vivir en el mundo de su padre. Creo que llegó incluso a creer que era imposible.

–Bueno, eso lo comprendo –afirmó él con tristeza–, pero sigue sin explicar el hecho de que Raoul creyera que fuera también necesario distanciarse de mí.

–Él creía que tú te habías distanciado de él y no sabía cómo cerrar el abismo que os separaba.

–Evidentemente –murmuró él con amargura–. Sin embargo, creo que tú sabes exactamente cuál era el problema, pero que prefieres no decírmelo.

Jen se encogió de hombros.

–Es lo mismo que tú te niegues a decir a qué te dedicas.

–Estoy en el negocio de la seguridad, como seguramente sabes.

–¿Y eso es todo? –le preguntó ella con escepticismo.

–Eso es todo. Si te doy más detalles, dejará de ser seguro. Te puedo decir que mis operativos protegen a algunas de las personas de más alto nivel del mundo y que también escoltan algunos de los objetos más valiosos del planeta.

–Como el Diamante del Emperador.

–Exactamente.

–Has dicho que tu padre se ha jubilado y que se ha ido a Florida, ¿quién se va a hacer cargo de sus intereses empresariales?

–Nadie. Lo que queda de su imperio ha sido desmantelado.

–¿Lo has desmantelado tú?

–Te basta con saber que yo nunca me haré cargo del negocio de mi padre, al menos no del modo en el que piensas. No obstante, tengo una responsabilidad de por vida para con las personas que viven en esta isla.

–¿Y qué me dices del anciano que te besó la mano?

–Las tradiciones tardan mucho tiempo en cambiarse. Los

ancianos de la isla no saben cómo van a cambiar las cosas ahora que mi padre se ha marchado de la isla. Soy yo quien tiene que tranquilizarlos y eso me llevará un poco de tiempo.

–Te agradezco tu sinceridad –dijo después de unos instantes.

–Igual que yo agradecería la tuya –replicó él–. ¿A quién más puedo preguntar sobre Raoul?

–Te contaré todo lo que no rompa la promesa que le hice a tu hermano.

Jen tenía las manos atadas. Por un lado, quería ser completamente sincera con Luca, pero Raoul le había suplicado que no compartiera algunas de las cosas que él le había contado. Le había dicho que le rompería el corazón a su padre. Al igual que Luca, Raoul tan solo había sentido preocupación por el padre que lo había apartado de su vida y que nunca le había demostrado afecto alguno. ¿Por qué personas como Don Tebaldi tenían que tener hijos? Sus dos hijos se habían preocupado más por él de lo que él se había preocupado por ellos. Los ojos de Jen se llenaron de lágrimas al recordar las conversaciones que había compartido con Raoul. Había sido un hombre amable y divertido, a pesar de la falta de amor en su vida. Desgraciadamente, estaba muerto.

–Por favor… –le dijo Luca.

Jen no pudo evitar pensar en Lyddie y en lo mucho que ella desearía saber todo lo que pudiera sobre su hermana.

–No debes culparte de nada –contestó.

–Cuéntamelo y yo decidiré.

–Está bien. Lo haré. Raoul era homosexual –añadió tras una pequeña pausa–. No creyó que tú lo comprendieras.

Luca se quedó callado durante un largo instante.

–¿Cómo has dicho?

–Que Raoul era gay. Cuando salió del armario, decidió que le sería imposible regresar a Sicilia para enfrentarse a ti y a tu padre.

–¿Que no podía enfrentarse a mí? –repitió Luca–. ¿Raoul era gay? ¿Eso es… todo?

–Sí.

–¿Eso fue lo que le impidió ponerse en contacto conmigo? ¿Estás segura? –preguntó Luca. Se ocultó el rostro entre las manos y apretó con fuerza, como si tuviera que contener el dolor que sentía por dentro. Entonces, levantó la cabeza y miró a Jen con incomprensión–. ¿Mi hermano no podía decirme que era gay? ¿Soy un monstruo?

–No, Luca, no…

–¿Cómo pensó que iba a reaccionar yo? Raoul era mi hermano.

Yo lo amaba incondicionalmente. No me digas ahora que eso fue lo que le hizo empezar a apostar… No… No…

–Luca, por favor… –susurró Jen. Rodeó la mesa y trató de abrazarlo, pero él la apartó.

–Mi amor por Raoul era absoluto e incuestionable. Yo solo quería que él fuera feliz. ¿Qué fue lo que pasó?

–Él te quería –afirmó Jen–. Raoul no podía soportar el hecho de perder tu amor.

–Él jamás podría perder mi amor –repuso Luca con fiereza.

–¿Pero y el de tu padre? ¿Y el de los isleños?

Luca sacudió la cabeza con firmeza.

–No hay personas más cariñosas y comprensivas en toda la Tierra que las que viven en esta isla.

–En ese caso, debe de ser tu padre quien impidió que Raoul regresara. Durante nuestras conversaciones, me dio la sensación de que Raoul había estado tanteando el terreno y lo había encontrado bastante hostil.

–Durante el entierro de Raoul, mi padre y yo tuvimos una conversación –recordó Raoul entornando los ojos–. En su momento no le di importancia…

–¿Y ahora?

–Ahora sé que soy un estúpido porque debería haber protegido a Raoul mejor de lo que lo hice. Debería haber estado a su lado cuando más me necesitaba. Ojalá hubiera confiado en mí lo suficiente. Ahora ya nunca podré compensarle…

–Con culparte no vas a ganar nada, Luca.

–Lo se… *Dio!* Pero me duele tanto… –exclamó mientras apretaba los puños y los apoyaba sobre la mesa, como si estuviera experimentando un dolor físico–. No tienes ni idea de lo mucho que me duele.

–Claro que lo sé, porque yo también sufro. Siempre quedan cosas por decir y cosas que hubiéramos deseado tener tiempo para hablar o hacer cuando alguien muere, pero eso no significa que no amaras a Raoul lo suficiente o que yo no amara a Lyddie lo suficiente. Solo significa que la vida puede ser cruel en ocasiones, cuando se lleva a los que queremos sin previo aviso.

–¿Estás segura de que me lo has contado todo? –le preguntó Luca examinándole el rostro una vez más.

–No, todo no –admitió Jen–, pero te he dicho todo lo que puedo contarte sin romper la promesa que le hice a tu hermano. Sin embargo, te puedo decir una cosa. No te ayudaría saber más, así que, ¿por qué no dejas que los secretos de Raoul mueran con él?

–No puedo hacer eso y no te agradezco en absoluto que tú decidas lo que vas y no vas a contarme.

–Depende de mí lo que te cuento –dijo Jen sin rencor alguno. Sabía lo disgustado que Luca estaba.

–¿Por qué?

–Porque estoy protegiendo a los vivos y a los muertos.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Eso es lo único que estoy dispuesta a decir –concluyó–. Le prometí a Raoul que, si alguna vez tenía la oportunidad de conocerte, te diría lo que ya te he contado. Le supliqué que se pusiera en contacto contigo. Le dije que, si tú te parecías algo a él, lo único que te preocuparía sería su felicidad.

–En eso tienes razón y lo intenté, pero Raoul siempre me mantenía a raya y esa fue la razón por la que nos fuimos separando.

–Tal vez los dos erais responsables en parte.

–No puedo responder a eso, pero hay cosas que tengo que saber.

–¿Qué cosas? –le preguntó Jen temiéndose lo peor al ver la dura expresión del rostro de Luca y que parecía estar dirigida a ella–. No haces más que hablar en clave y ya te he dicho que no te puedo ayudar más de lo que ya lo he hecho.

–Tienes que hacerlo…

–No –dijo ella con firmeza–. No puedo.

Presa de la frustración, Luca le agarró los brazos con fuerza. La miró con una mezcla de furia y pena durante unos instantes y luego la soltó.

–Perdóname… No debo comportarme así. Quería tanto a Raoul y ahora ya no está. Si no tengo cuidado, te alejaré a ti también de mí y entonces, ¿quién se ocupará de catalogar la colección de mi padre? –añadió con una expresión más suave en el rostro.

–Eres imposible –respondió ella sacudiendo suavemente la cabeza.

–Hago lo que puedo… –bromeó él.

Jen tardó unos minutos en relajarse por completo y aceptar lo abrumado que Luca se sentía por la situación, igual que le hubiera ocurrido a ella.

–Perdóname –murmuró Luca.

La situación cambió rápidamente cuando Luca la tomó entre sus brazos. La ira entre ellos dio paso a otro sentimiento completamente diferente. Jen era consciente de la erección que Luca tenía y lo último que quería era discutir con él. En el momento en el que la besó, supo que estaba perdida. Le devolvió la pasión con la misma intensidad. En lo único en lo que podía pensar era en revivir el

placer que tan recientemente habían compartido. Fuera lo que fuera lo que ambos habían dicho y las acusaciones que se habían lanzado mutuamente, ya solo había algo urgente entre ellos.

Las lenguas se entrelazaron. Ella le clavó los dedos en los hombros y apretó su cuerpo contra el de él, buscando más contacto. Sin embargo, no le bastaba. Necesitaba convertirse en un solo cuerpo con él, carne sobre carne. Por eso, gimiendo de necesidad, le agarró el trasero y lo apretó con fuerza contra ella.

Palabras sordas de necesidad acompañaron los actos. Le soltó y comenzó a desabrocharle el cinturón. Luego hizo lo mismo con el botón del pantalón. Las manos le temblaban mientras se esforzaba por conseguir que el botón pasara por el ojal, pero, por suerte, la cremallera bajó muy fácilmente. La potente erección fue su recompensa, evidentemente visible a través de los calzoncillos negros. Era un premio que no iba a perder ni un segundo en reclamar. Se puso de rodillas y lo liberó de su encierro para luego acogerlo profundamente entre sus labios. A los pocos instantes, tuvo la satisfacción de escuchar cómo Luca gemía de placer y de sentir cómo él le enredaba los dedos en el cabello. Con cada movimiento y cada gemido que él emitía, Jen se fue excitando cada vez más, pero decidió que su avaricioso cuerpo tendría que esperar. Aquel era el momento de Luca.

–Sí… –gimió él.

Jen lo torturaba sin piedad con la lengua. Después, incrementó la succión y lo tomó de nuevo profundamente en la boca.

–Ya basta –dijo Luca–, o te sentirás tan frustrada que nunca…

La tomó entre sus brazos y la colocó a su gusto sobre el sofá. Entonces, le subió el vestido hasta la cintura y dejó al descubierto el minúsculo tanga.

La había colocado sobre el brazo del sofá, de manera que la parte superior de su cuerpo quedaba sobre el asiento. De ese modo, Jen podía ver todo lo que él le fuera a hacer. Ella jamás había imaginado algo que pudiera ser tan excitante como aquello. Tenía las caderas bien levantadas sobre el brazo del sofá cuando Luca se le colocó entre las piernas. La miró con la promesa del placer que iba a proporcionarle en el rostro. Ella gritó de placer cuando Luca deslizó la potente erección sobre la delicada barra de la tela del tanga. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos para concentrarse en el placer que él le estaba proporcionando. Entonces, desesperada por acrecentar el placer, arqueó un poco más las caderas para recibir más contacto, pero Luca se retiró y le colocó las manos sobre la tela. La calidez de su piel y el hecho de saber lo que aquellos

dedos tan hábiles iban a hacerle supuso un estallido para sus sentidos. Luca le permitió un par de caricias, pero protestó ruidosamente cuando él la levantó un poco para retirarle el tanga. Tras haberlo hecho, le separó aún más las piernas. Jen quedó completamente expuesta, completamente a su merced.

–Por favor… –suplicó ella.

–¿Necesitas esto? –le preguntó Luca suavemente.

–Ya sabes que sí…

Él se echó a reír y deslizó la punta por la cálida carne, haciendo que ella gimiera por el placer que estaba experimentando. Lo hizo no solo una vez, sino varias veces. La sensación era una exquisita tortura que ella no deseaba que terminara nunca. Desesperada, levantó las caderas, pero él se apartó a tiempo. Entonces, Jen le agarró el trasero con las manos y lo unió a ella. Luca lanzó un gemido de rendición y se hundió por fin profundamente en ella.

–Oh, sí… sí…

Aquello era lo que necesitaba. Comenzó a moverse rápidamente con él. Instantes después, alcanzó el clímax.

–¿Más? –murmuró Luca.

Jen se echó a reír. Aquella fue la única respuesta que él necesitaba. El cuerpo de Jen aún vibraba de placer cuando él volvió a hundirse profundamente en ella. Luca deseaba aquello tanto como Jen. Ella se levantó y lo abrazó. Luca hizo lo mismo y le permitió que le rodeara la cintura con las piernas. Entonces, se hundió con dureza en ella, aún más profundamente. Aquella vez, el baile para alcanzar el orgasmo fue aún más salvaje. Los dos se movían rápidamente. Jen no se saciaba de él y Luca parecía sentir lo mismo.

–¡Ahora! –exclamó ella incapaz de esperar un momento más.

Los dos comenzaron a temblar juntos, convulsionándose, presas de un placer tan extremo en el que las oleadas de sensaciones los golpeaban incesantemente. Cuando se separaron, ella se sentía débil y temblorosa.

–¿Vamos a la cama? –le sugirió ella con voz temblorosa.

–¿Crees que podremos llegar tan lejos? –bromeó Luca.

–¿Una vez más contra la puerta? –sugirió él.

–Donde quieras, pero creo que hasta la puerta está demasiado lejos.

–Entonces, vamos a la cama. Necesito una superficie y mucho tiempo para disfrutarte…

–¿Acaso no lo estás haciendo ya? –protestó Jen–. ¿Acaso crees que vas a ganar esto?

Luca seguía dentro de ella y Jen era una alumna muy aventajada.

–Bruja… –la acusó cuando sintió que ella estaba tensando los músculos de su cuerpo para provocarle.

–Puerta –le ordenó ella.

Capítulo 13

JEN ESTABA sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, dándole pizza para comer. Aquello fue lo único que encontraron en el frigorífico. De repente, a Luca le pareció que seis meses no eran suficientes para estar juntos. Jamás se hubiera imaginado algo así cuando se le ocurrió aquel plan.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó ella. Estaban sentados frente a frente, completamente desnudos.

–Bueno, que jamás habría celebrado la cena por la que pagué así, pero no te preocupes, creo que es una estupenda mejora comparado con una cena en el casino.

Jen se echó a reír.

–Eso espero. ¿Qué más?

–Cosas que no es necesario que sepas…

–¿Qué cosas? –insistió ella mientras le daba otro bocado a la pizza.

Jen lo miraba fijamente, exigiendo la verdad, pero era una verdad que él no le podía dar sin perder lo que compartían. Sin embargo, sabía que para conseguir que ella le contara más cosas, tenía que corresponderle.

–Lo último que supe de Raoul fue que hablaba sobre construir un campamento para niños aquí en la isla, niños como él decía. En ese momento, no sabía a qué se refería, pero tal vez todo tenga más sentido ahora. ¿Qué? –añadió al ver que Jen fruncía el ceño.

En aquel momento, fue Jen la que enmascaró sus pensamientos. Aquello despertó las sospechas de Luca. Debía de haber tocado algo muy cercano al secreto que ella no quería contarle sobre Raoul.

Apartó el plato de la pizza y la tomó entre sus brazos.

–¿Te habló Raoul de la idea de crear un campamento de verano?

–Hmm –susurró ella, acurrucándose entre los brazos de Luca. Se frotó contra él como una gatita somnolienta. Luca pensó que lo estaba haciendo para distraerlo–. Deberíamos aprovechar esto al máximo. Empiezo el trabajo mañana y me vuelvo bastante obsesiva

cuando trabajo. Seré como un topo, que solo saldrá a la superficie de vez en cuando y que incluso entonces estaré en mi mundo. Te recuerdo que tardaré meses en terminar…

–Seis meses –le recordó él.

–Bueno, eso es lo que has dicho tú. Tendré que ver si puedo trabajar más rápido.

–¿Tantas ganas tienes de marcharte?

Jen se encogió de hombros y sonrió.

–Estoy segura de que estarás encantado de verme de espaldas…

Evidentemente, ella sabía algo que él desconocía.

A la mañana siguiente, Jen se despertó y se dio cuenta de que Luca estaba esperando para hacerle el amor. Se besaron larga y lentamente.

–Me estaba preguntando cuánto tiempo tardarías en despertarte –dijo él.

–Podrías haber empezado sin mí. Mi cuerpo trabaja igual de bien con el piloto automático –comentó ella riendo.

–Pongámoslo a prueba, ¿quieres?

El cuerpo de Luca se movió firme y lentamente para darle placer mientras ella iba pasando del sueño a la realidad de hacer el amor con Luca. Y descubrió que la realidad era mucho mejor.

–Buenos días –murmuró él mientras Jen comenzaba a moverse con mucha más intencionalidad.

Se colocó detrás de ella. Jen acentuó el ángulo de su cuerpo para ofrecerle más. Para ofrecérselo todo. Ebria de placer, decidió que, si no tuviera trabajo que hacer, podría quedarse en la cama todo el día. Sin embargo, gracias a las habilidosas atenciones de Luca, tardó muy poco en alcanzar el orgasmo. Él la sujetó con fuerza mientras ella se movía frenéticamente. Luca se quedó sorprendido y halagado a la vez.

–Qué rápido –murmuró mientras sonreía contra los labios de ella.

–No siempre puedo esperar a tus órdenes –le dijo ella antes de lamerle los labios con un rápido movimiento–. Ahora te toca a ti…

Se giró para colocarse de frente con Luca. Sin saber de dónde había sacado tanta seguridad en sí misma, se sentó sobre él a horcajadas. Entonces, se inclinó hacia delante y comenzó a besarle. Luca la abrazó y la ayudó a apretarse contra él hasta que no quedó espacio alguno entre ellos.

–Eres el mejor –susurró ella–. El mejor sin duda…

Eso era a lo más que podía llegar sin admitir que lo amaba. Y lo amaba de verdad. En realidad, se había enamorado de él en el primer instante que se conocieron. No tenía sentido, pero era un hecho. Sentía el corazón pleno cuando estaba con él. Su cuerpo le pertenecía. Dejando a un lado el dinero y la posición social, los dos se parecían en muchas cosas. Jen deseó que lo que tenían pudiera durar para siempre.

–¿Estarás bien trabajando sola en la isla cuando yo me tenga que marchar?

–¿Qué? ¿Acaso te vas a alguna parte?

Luca dudó un instante y eso le dio la respuesta que ella buscaba.

–Sigues estando al mando de todo lo referente a las joyas mientras yo esté fuera –le dijo él mientras le daba un beso en los labios.

–Y estoy contenta de ello –confirmó ella.

–Pues no lo pareces –dijo él mientras la miraba a los ojos.

–Lo estoy –insistió tratando de convencerse de que era verdad.

Los correos electrónicos no bastaban. Las llamadas de teléfono eran frustrantes. Lo que era aún más frustrante era que Jen pudiera hacer exactamente lo que le había dicho que iba a hacer y se sumergiera en su trabajo excluyendo a todo lo demás, incluso a él. Luca había estado fuera casi un mes ya y Jen no daba señales de aflojar su ritmo de trabajo o, lo que era más importante, echarle de menos.

–Estaré en la isla la semana que viene… –le dijo.

–Estupendo.

–¿Qué es lo que ocurre?

Luca frunció el ceño pensando qué sería lo que podría ser. Había sido un día muy duro de trabajo, pero había estado deseando llamar a Jen para que ella le dijera que le echaba de menos o que protestara cuando él le comunicara que aún tardaría una semana en regresar. Así era como solían comportarse las mujeres con él y siempre había encontrado alguna excusa para mantener las distancias. En aquella ocasión, no le hizo falta. Jen no respondía.

–¿Ocurre algo malo, Jen? –insistió.

–Tenemos un problema –admitió ella por fin.

–Tú dirás…

–No puedo catalogar algunas de las piedras preciosas.

–¿Qué quieres decir? ¿No puedes encontrar ninguna referencia sobre ellas?

–No. Quiero decir que son robadas, Luca. Creo que es mejor que regreses inmediatamente.

Jen estaba esperando a que Luca llegara. Había estado todo el día recopilando datos para que pudiera estudiarlos y había puesto los registros en la cocina, con las entradas que le preocupaban marcadas en rojo.

La propia Jen se sentía marcada en rojo, como si llevara una gran cruz sobre la frente que la señalara como parte de la banda de un mafioso. ¿Qué pensarían sus padres de ella en aquellos momentos? ¿Qué pensaría Lyddie? La carrera de su madre había sido absolutamente intachable. Se sentirían muy tristes al saber que lo que Jen había descubierto podría significar el final de su carrera. Cualquier sospecha de falta de honradez suponía el beso de la muerte en el mundo en el que ella esperaba entrar. En aquellos momentos, estaba sentada frente a un listado de piedras preciosas robadas que, groso modo, podrían estar valoradas en varios cientos de millones. ¿Cómo reaccionaría Luca? Si él también estaba implicado, lo sabría enseguida. Podía leerle como si se tratara de un libro abierto.

¿Cómo reaccionaría cuando viera a Luca después de tantas semanas de ausencia? No lo sabía. Había soñado con él todas las noches. Durante el día, cuando estaba trabajando, fantaseaba con llevar una vida normal con él y tal vez incluso con construir una familia feliz juntos. Siempre había sido una soñadora.

Volvió a mirar la lista que tenía frente a ella sobre la mesa y se sintió desilusionada consigo misma por no haberse dado cuenta antes del riesgo. Aunque las piedras no le pertenecieran a ella, todos los implicados en un asunto tan turbio serían medidos por el mismo rasero. La reputación de Jen quedaría arruinada. En la casa de subastas, dirían que no había humo sin fuego. Nadie la defendería. Ya podía imaginarse a los directores tratando de escapar de su lado para ponerse a salvo.

–¿Jen?

Al oír la voz de Luca se puso de pie. Había estado tan sumida en sus pensamientos que no lo había oído llegar. La decisión de recriminarle lo que había encontrado desapareció en cuanto lo vio. Se arrojó inmediatamente a sus brazos.

–¡Te he echado de menos!

–Yo también a ti… no tienes idea de cuánto –susurró él mientras la estrechaba entre sus brazos.

–Me estás cortando la respiración…

–En ese caso, te besaré.

La besó apasionadamente. Los ojos de Jen se llenaron de lágrimas por la alegría que le había producido verlo. Se alegraba tanto de verlo… Desgraciadamente, tenía el deber de mostrarle el lío que le había dejado su padre. Lo sintió mucho por él. Luca se había hecho cargo de muchos asuntos desde que su padre se marchó a Florida. Maria se lo había contado. Sin embargo, no quedaba más remedio. Luca tenía que saber tarde o temprano que la colección de piedras preciosas de su padre contenía más de un secreto.

–Luca, lo siento mucho, pero me temo que tu padre te ha dejado mucho más de lo que pensabas.

–No me va a sorprender nada de lo que me puedas decir sobre mi padre. No te preocupes. Me ocuparé de ello. ¿Qué tal te ha ido durante este mes? Pareces cansada.

–Todo iba perfectamente hasta que descubrí esto –le dijo mientras le entregaba los papeles.

–Te agradezco mucho todo lo que has trabajado, pero he hecho un viaje muy largo… para verte a ti, no a estos papeles –repuso. Volvió a dejar los papeles sobre la mesa–. A mí me parece que mi tarea consiste en hacer que te olvides de ellos al menos por una noche.

Jen estaba a punto de protestar, pero la mirada de Luca se lo impidió.

–¿Acaso no crees que pueda distraerte? –le preguntó con una sensual sonrisa que no le dio a ella alternativa alguna.

–No me sorprendería que pudieras…

Hicieron el amor como si fuera la primera vez, solo que en aquella ocasión fue mucho mejor. Ya conocían sus respectivos cuerpos y Jen se sentía cómoda con Luca.

–Te amo –murmuró mientras los dos estaban tumbados de costado, uno frente al otro. Jen se echó a reír cuando él levantó una ceja con gesto divertido–. Siento si eso ha sido demasiada información.

–Yo también te amo y no siento que sea demasiada información –replicó Luca mientras se colocaba encima de ella.

El mundo de Jen se expandió como los pétalos de una flor al abrirse. Con esas palabras, todo parecía posible. Quería responderle, pero él se lo impidió. Estaba profundamente dentro de ella, justo donde Jen quería que estuviera. Cuando eran un solo cuerpo, nada

más importaba.

Pero Luca le había dicho que la amaba. Aquel sentimiento le transmitía todo lo que había querido siempre. Confianza, cercanía, unidad y la sensación de estar con el hombre al que amaba. Eso era suficiente para ella. Las palabras no podrían expresar nunca lo que sentía por Luca. Ya no necesitaba decirle nada más, porque sus ojos debían de estar contándole todo lo que necesitaba saber.

Se quedaron dormidos abrazados el uno al otro, con las extremidades entrelazadas por el dulce agotamiento.

Cuando ella se despertó, el sol ya entraba a raudales por la ventana. A pesar de la preocupación de las joyas, se sentía tan renovada que parecía que todo iba a tener solución tras el regreso de Luca.

Se levantó de la cama con cuidado. No quería despertarlo. Fue por una botella de agua y volvió rápidamente de puntillas junto a él.

Sin embargo, Luca le tendió una emboscada. Se levantó rápidamente y la tomó entre sus brazos, obligándola a tumbarse de nuevo en el colchón entre risas y gritos.

–¿Te he asustado? –gruñó él mientras le besaba el rostro y la acariciaba.

–Sabes que sí –le acusó ella.

–¿Y qué vas a hacer al respecto? –le desafió.

–Se trata más bien de lo que vayas a hacer tú que me pueda interesar. Se me ocurre que tendrás que compensarme con un prolongado placer por haberme asustado tanto. Te ordeno que me hagas el amor –comentó ella con una sonrisa.

–Si no me queda más remedio…

–Ninguno –replicó ella, riendo, mientras Luca se colocaba encima de ella.

¿Podía haber algo mejor que ver cómo Jen dormía? Luca se hizo aquella pregunta mientras la tenía entre sus brazos. Jen no había podido mantenerse despierta lo suficiente para decirle que parara. De hecho, ella nunca le decía que se detuviera. Era incansable, como él. Los dos formaban una combinación explosiva que Luca nunca antes había encontrado. Jen era especial. Sin embargo, las relaciones se tienen que basar en la confianza y había demasiados secretos entre ellos. El hecho de que Jen le dijera lo de las gemas robadas de su padre le había dejado atónito, pero por lo menos había sido absolutamente sincera con él mientras que su padre le

había dejado un asunto criminal del que ocuparse. Todo lo que Jen hacía le indicaba que ella jamás habría engañado a su hermano, pero la mejor manera de estar seguro era preguntarle directamente qué sabía sobre el testamento de su hermano. Sus sentimientos hacia Jen eran demasiado fuertes para posponerlos aún más. Tenía que ser tan sincero con ella como Jen lo había sido con él. Además, ella le había ahorrado muchos problemas al ver tan rápidamente las discrepancias de las joyas y comunicárselo sin demora. Definitivamente, estaba en deuda con ella por eso.

Luca era maravilloso, no solo en sus artes amatorias y en su manera de ser, sino también maravillosamente eficaz a la hora de solucionar problemas con las autoridades. A media mañana, las identidades de los dueños de las piedras se habían confirmado y se había organizado su devolución a sus legítimos propietarios a través de su empresa de seguridad.

–Ahora ya puedes dejar de preocuparte. Y aún podrás organizar la exposición –le dijo mientras rodeaba el escritorio.

Se habían reunido en el despacho de Luca para solucionarlo todo. A lo largo de todo el proceso, Jen había estado sentada en el borde de una silla, muy nerviosa y tensa. Por fin podía respirar aliviada.

–Quedan muchas piedras para que puedas organizar una exposición fantástica. Un par de las compañías de seguros sugirieron incluso proponerles a los dueños que te permitan incluir sus piedras en la exposición con el resto para que así ganen notoriedad e incrementar su valor. Así ganamos todos.

–Lo has conseguido…

–Gracias a ti –dijo Luca antes de besarla una vez más–. ¿Sabes una cosa? Jamás pensé que diría esto…

–¿El qué?

–Que me encanta estar contigo.

–¿Eso es todo?

–¿Que me encanta trabajar contigo?

–Creo que me estás provocando deliberadamente.

–¿Que me encanta hacerte el amor?

–Eso espero. ¿Y?

Jen ya no podía ocultar sus sentimientos y estaba tan enamorada que necesitaba desesperadamente que Luca volviera a decirle que él la amaba también. Vio que la mirada le cambiaba y que se hacía más apasionada. El cuerpo de Jen respondió con entusiasmo. Al ver

el fuego con el que ella respondía, Luca la tomó entre sus brazos y la llevó rápidamente al dormitorio.

–¿Que me encanta tranquilizarte? –le preguntó mientras la colocaba sobre la cama.

–No me basta…

–Está bien… Veo que me tendré que esforzar un poco más…

–Te tendrás que esforzar mucho más –le aseguró ella mientras Luca comenzaba a quitarse la ropa–. Dependo de ello.

Jen estuvo desnuda segundos más tarde. Tumbados ya el uno junto al otro, Luca la tomó entre sus brazos y la besó tan tiernamente que los ojos de Jen se llenaron de lágrimas. Nunca se había sentido tan feliz. Nunca se había creído capaz de experimentar algo así.

Luca la miró a los ojos con una expresión muy seria en el rostro.

–Te amo… Así de sencillo –admitió–. Amor puro y sincero. Eso es más importante que ninguna otra cosa, ¿no te parece?

–Por supuesto… Claro que sí

Luca le acarició suavemente el cabello. Quería que aquel instante durara eternamente. Nunca se había sentido tan cercano a nadie. Nunca le había dicho a una mujer que la amaba, aparte de a su madre y tan solo cuando era un niño. Haber encontrado el amor con Jen era algo tan inesperado que lo convertía en una circunstancia muy especial.

–Te amo –repitió.

–Somos más fuertes juntos que separados.

–Siempre tienes razón…

–Claro que sí. ¿O no?

–Por supuesto. ¿Por qué no?

–No lo sé… –dijo ella frunciendo el ceño–. Dímelo tú…

Luca decidió que tal vez no tendría otro momento como aquel. Los dos estaban relajados y estaban siendo sinceros el uno con el otro. Él había estado esperando el momento adecuado y, si le iba a preguntar a Jen sobre las intenciones de Raoul alguna vez, tal vez aquel sería el momento…

–¿Hay algo que puedas decirme sobre el testamento de Raoul que puedas haber olvidado?

Jen sintió que la sangre se le helaba. Miró a Luca sin comprender.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella. No comprendía a lo que Luca se refería.

¿Cómo había podido pensar Luca que aquel era el momento apropiado para preguntarle algo así? Vio que las manos de Jen

estaban temblando y que ella agarraba la sábana para cubrirse.

–Es una pregunta muy sencilla, Jen. Lo único que te estoy preguntando es si me puedes dar algún detalle que Raoul pudiera haberte contado sobre su testamento.

–¿Su testamento?

–Sí. Venga, Jen… Raoul habló contigo. Debió de haberte mencionado algo.

Jen tenía el ceño fruncido y parecía totalmente confundida. La impaciencia que mostraba solo podía indicar que llevaba ya un tiempo pensando en la cuestión. No quería pensar en lo que aquello significa ni en cómo podía afectar a la incipiente relación que había entre ambos.

–Venga… No creo que lo que te estoy pidiendo sea poco razonable. Ya has admitido que Raoul confiaba en ti. Debió de mencionar que…

–¿Que he admitido? ¿Acaso se me acusa de algo?

–No seas ridícula –exclamó él levantándose de la cama–. No me mires así…

–¿Cómo?

–Como si me estuvieras viendo por primera vez.

–Tal vez sea así.

–Jen…

–¿Qué? –le espetó ella. Se levantó también de la cama al tiempo que se cubría con la sábana. Se sentía muy dolida.

–Jen, por favor –dijo Luca mientras se acercaba a ella y trataba de abrazarla.

–Déjame en paz.

El tono de su voz le hizo detenerse en seco y apartar las manos. Las levantó en el aire, en gesto de rendición.

Jen no se atrevía a decir nada. Cualquier palabra que pronunciara reflejaría amargura y dolor. Había esperado un mes a que Luca regresara y, tras un dulce reencuentro, la desconfianza había vuelto a surgir de nuevo entre ellos.

Capítulo 14

JEN ESTABA vomitando. Se había encerrado en el cuarto de baño y Luca estaba al otro lado de la puerta llamándola con preocupación.

–Jen, ¿te encuentras bien?

¿Que si se sentía bien? Estaba destrozada. Las palabras de Luca le resonaban una y otra vez en los oídos. ¿Qué había detrás de aquella pregunta? ¿Acaso pensaba Luca que ella tenía algo que ganar del testamento de Raoul? Por lo que ella sabía, Raoul estaba sin blanca. Eso era lo que él le había dicho. ¿Por qué iba a mentirla? Ella tan solo había tratado de ayudarlo sin buscar nada a cambio.

–¡Jen!

El grito de Luca pareció suficiente para volver a provocarle náuseas.

–Jen, contéstame o tiro la puerta abajo…

–Déjame en paz…

–¡Jen, te lo advierto!

–¡Cállate!

Su grito resonó en las paredes, junto con la patada que ella misma le dio a la puerta. Se lavó la cara con agua fría y se miró en el espejo mientras se secaba. La palidez de su rostro la dejó muy alarmada. Después, se puso un albornoz.

–Voy a salir.

Luca se había puesto unos pantalones y estaba de pie, observándola como si él fuera un monumento al orgullo masculino.

–¿Cómo te atreves? –le desafió ella–. Yo creía que nos estábamos uniendo cada vez más y lo único que tú hacías era pensar en el testamento de tu hermano.

–Perdóname, Jen… Creo que no he manejado muy bien este asunto –dijo él. Estaba muy tenso.

–Ni que lo digas. No me lo puedo creer. Me estás diciendo que me amas y, diez segundos más tarde, me demuestras que lo único

que te preocupa es el dinero de Raoul. ¿Formaba todo esto parte de tu plan maestro?

–No hay ningún plan. Hay mucho más que eso.

–De eso estoy segura –comentó ella riendo sin humor alguno.

–Raoul era un hombre muy rico.

–Lo estás empeorando –dijo ella con incredulidad. Se dio cuenta de que los sentimientos podían cambiar en un instante y que la confianza podía destruirse aún mucho más rápidamente.

–No puedo evitar la verdad…

–¿Y se supone que eso debe tranquilizarme? Por cierto, ¿estás hablando en tu nombre o en el de tu padre?

–Represento a la familia Tebaldi. Estoy protegiendo a la familia, como siempre he hecho.

–¿La estás protegiendo de mí? No comprendo nada…

–¿De verdad que no sabes nada?

–Claro que no. Ni siquiera sabía que Raoul tenía un testamento. Nunca hablamos de eso. Raoul era muy joven. No esperaba morir y, además, no tenía dinero por lo que yo sé. Tú dices que era un hombre rico. Entonces, ¿por qué le tuve que prestar dinero? Me agradeció mucho las veinte libras. ¿Acaso crees que yo le consideraba mi amigo por algo más que solo porque era un buen hombre?

–No lo sé…

–Bueno, pues eso es un triste reflejo de tu relación con tu hermano… o peor aún, de tus verdaderos sentimientos en lo que se refiere a ti y a mí.

Luca permaneció en silencio durante unos instantes.

–Raoul estaba a punto de convertirse en un hombre muy rico –dijo por fin.

–Otra vez vuelves a hablar de dinero –replicó ella con exasperación.

–Sí, así es.

–Como si el dinero pudiera haber salvado a tu hermano. Te diré lo que podría haberlo salvado, Luca. El amor lo podría haber salvado. La comprensión lo podría haber salvado. Unos minutos de tu valioso tiempo lo podrían haber salvado…

Cuando Luca trató de agarrarle los hombros para tranquilizarla, ella le espetó:

–¡No! ¡Quítame las manos de encima! No vuelvas a tocarme. No tienes derecho…

–¿Qué puedo hacer para enmendar las cosas? –le preguntó Luca con expresión compungida.

–Nada –le dijo ella fríamente.

Luca estaba acostumbrado a solucionar todos los problemas, pero no podría solucionar aquel. Los remordimientos que él sentía por lo que le había ocurrido a su hermano tenían que estar provocándole una dura agonía, pero no podían salvarle del patrón de comportamiento que Jen veía en él. Había estado muy unido a su hermano y no le había costado separarse de él. Estaba haciendo lo mismo con ella, pero Jen no tenía intención alguna de permanecer allí para sufrir por él.

De repente, se tapó la boca con la mano y regresó corriendo al cuarto de baño. Tenía que ser por aquel alboroto de sentimientos…

Varios minutos más tarde, se miró de nuevo en el espejo y lo comprendió todo. Aquellas náuseas no tenían nada que ver con lo que estaba ocurriendo con Luca. Todo encajaba. Estaba embarazada de Luca.

–Jen, ¿te encuentras bien?

–¡Vete de aquí!

–No pienso irme a ninguna parte. Estoy preocupado por ti…

–Es demasiado tarde para eso…

–Pero tenemos que hablar.

–Yo no tengo nada que decir. Tus palabras serían más convincentes si me explicaras adónde quieres llegar a parar cuando hablas del dinero de tu hermano.

–Sal del cuarto de baño y te lo explicaré. ¿Acaso no sabías que Raoul te había nombrado principal beneficiaria de su testamento?

Jen se quedó atónita. No se podía creer lo que acababa de escuchar

–¿Me has oído, Jen?

Claro que lo había oído, pero no podía hablar. Se sentía abrumada por un hombre al que ni Luca ni ella habían podido salvar y por una hermana que jamás conocería al bebé que ella estaba esperando.

–Necesito un momento –susurró.

Aquello no tenía sentido. ¿Raoul le había dejado todo lo que poseía? Si Raoul no tenía nada. Decidió concentrarse en asentarse el estómago para poder salir del cuarto de baño y solucionar aquel asunto con Luca. Cuando comprendió que las náuseas habían pasado ya, se aseó y abrió la puerta del cuarto de baño.

–¿Qué era lo que decías sobre el testamento de Raoul?

–Creo que es mejor que nos sentemos.

–Prefiero permanecer de pie.

Luca frunció el ceño, como si el tono frío de la voz de Jen lo hubiera sorprendido.

–Solo quiero que me hables del testamento de Raoul –añadió ella.

–¿Raoul nunca te habló de su fondo de inversión?

–No –replicó ella–. Raoul nunca me habló de ningún fondo de inversión. No sé nada al respecto.

–Y no hay razón alguna por la que debieras saberlo –afirmó Luca.

–Entonces, ¿a qué viene todo esto?

Jen necesitaba sentarse desesperadamente. Se sentía muy débil. Discretamente, buscó el brazo de un sillón para sentarse. Luca no tardó en percatarse de aquella debilidad y se acercó a ella inmediatamente.

–¿Crees que estás embarazada?

–¿Cómo dices? –replicó ella. Aún no estaba dispuesta a compartir sus sospechas con Luca–. ¿Primero lo del fondo y ahora esto? ¿Tienes alguna acusación más que hacerme?

–No te estoy acusando. Simplemente te he hecho una pregunta. Reconozco los síntomas… Voy a volver a preguntártelo. ¿Crees que podrías estar embarazada?

–¿Acaso te importa?

–¡Claro que me importa! *Dio,* Jen! No me puedo creer que me estés preguntando eso. ¿Acaso te parezco la clase de hombre que no se preocuparía por la madre de su hijo?

–No lo sé… Por tu historia familiar no me lo parece…

–Tal vez a mi padre le resulta imposible amar a nadie que no sea él mismo, pero eso no significa que yo sea igual. He aprendido del pasado. No he dejado que me dañe.

–¿Estás diciendo que yo sí?

–Lo que estoy diciendo es que tuviste que hacerte cargo de muchas cosas a una edad muy temprana y que nunca tuviste a nadie a quién recurrir. Y creo que sigues culpándote por la muerte de tu hermana. Cuando el juez te dio su custodia, se suponía que tenía que ser para siempre. Te costó mucho sacarla adelante. Debiste de sentir que el mundo se terminaba cuando tu hermana murió también, como tus padres.

Jen empezó a sollozar.

–Te aseguro que fue un accidente, Jen –afirmó él mientras la agarraba por los hombros–. Una tragedia de la que no eres responsable. ¿Crees que a tu hermana le habría gustado que

siguieras evitando la verdad? ¿Crees que ella querría que ignoraras lo que está diciendo tu corazón?

–¿Y qué es lo que me dice exactamente?

–Que me amas y que yo te amo a ti. Eso significa que tenemos que ser sinceros el uno con el otro.

–Yo estoy siendo sincera contigo.

–¿De verdad? ¿Por qué no me dijiste que eras virgen la primera vez que hicimos el amor? –le preguntó. Jen se quedó boquiabierta–. ¿Acaso creíste que no me daría cuenta? No estoy orgulloso de lo que hice, porque lo sospeché desde el principio, pero, aún así, no me detuve.

–Yo no quería que te detuvieras.

–No lo voy a utilizar como excusa. Estoy tratando de demostrarte que solo quiero lo mejor para ti. Hay cosas que no te puedo contar hasta que comprenda las intenciones de Raoul. Sé que sientes que no puedes confiar en mí, pero…

–¿Me estás diciendo que confíe en ti?

–Sí. Si vas a tener un hijo mío, así es. Nada me importa más que eso, pero tengo que solucionar el asunto del testamento de mi hermano y cualquier cosa que me pudieras decir podría ayudarme. ¿Es que no te das cuenta de lo importante que eres para mí? Lo eres todo para mí, Jen –musitó. Entonces, la tomó con profunda ternura entre sus brazos–. Lo siento mucho, Jen. Debes de pensar que siempre te estoy desafiando, pero hay muchas cosas que no comprendo sobre la vida de mi hermano y tú eres la única que puede ayudarme a completar esas lagunas.

–Yo también lo siento –dijo ella–. Siento haber llegado a esto. Estoy segura de que lo último que Raoul hubiera querido es que estuviéramos peleando. Me cuesta perdonarte por no haber confiado en mí y no puedo fingir que no me ha sorprendido la última voluntad de tu hermano, pero tienes que creerme cuando te digo que no sabía nada…

–Olvídalo. Ya has tenido suficiente estrés por un día. Te prometo una cosa. Te compensaré el resto de mi vida por lo que has pasado. Eres demasiado importante para que nada se interponga en el amor que te tengo.

Los ojos de Luca habían cambiado, pero ella no tenía fuerzas para nada. Se sentía muy débil y dolida. La única manera en la que podía sentirse reconfortada era estar en brazos de Luca. Él se inclinó sobre ella y le dio un delicado beso, mientras le susurraba palabras para tranquilizarla. Poco a poco, aquellas palabras cambiaron para realizar sugerencias que despertaron su deseo. Al

sentir que ella se tranquilizaba, Luca empezó a acariciarle los pechos por debajo del albornoz. Cuando Jen lanzó un suspiro, él la tomó entre sus brazos y la llevó a la cama.

Capítulo 15

HACER EL amor con tranquilidad y ternura podía ser tan placentero como el sexo apasionado, o incluso más. Luca y ella habían disfrutado del sexo en la cama, contra una pared, sobre un sofá y en el suelo, pero aquel ritmo lento y suave le produjo el orgasmo más extremo que había disfrutado nunca. Ciertamente el más emotivo. Mucho tiempo después, cuando los dos estaban tumbados juntos, con los brazos y piernas entrelazados, ella le dedicó una sonrisa.

–Eres maravilloso…

–Y tú muy hermosa –comentó él mientras le besaba delicadamente los labios–. Y muy pronto, fabulosamente rica.

Jen se tensó.

–¿Rica? Por favor, no vuelvas otra vez con eso…

–Tenemos que hablar en algún momento del testamento de Raoul.

–Ahora no –dijo ella. Sin embargo, aquellas palabras habían borrado el estado de felicidad en el que Jen se encontraba después de hacer el amor. Se sintió como si no se hubiera relajado nunca–. Creo que es mejor que te expliques –añadió sabiendo que era imposible posponer ya aquella conversación. Se alejó de él todo lo que pudo.

–¿De verdad no lo sabes? Estaba tan seguro de que Raoul te lo habría contado todo…

–¿Contarme qué? Nosotros nunca hablamos de su testamento. ¿Por qué íbamos a hacerlo? ¿Y qué es lo que estamos haciendo en la cama si lo único que quieres saber es eso? No me puedo creer que haya vuelto a caer en la misma trampa –le espetó ella. Se levantó de la cama y se envolvió en la sábana con la intención de dirigirse al cuarto de baño. La voz de Luca la detuvo en la puerta.

–Raoul estaba a punto de convertirse en un hombre muy rico. Había dilapidado ya una fortuna, pero solo le quedaban seis meses para cumplir los treinta años. En ese momento, habría tenido acceso

a su fondo.

–Seis meses… El mismo tiempo que pensaste que duraría mi trabajo aquí. Al cabo de ese tiempo, el fondo de Raoul se liberaría y yo sería la beneficiaria –dijo ella fríamente–. Por eso me querías aquí, ¿verdad, Luca? Todo lo demás fue una estratagema. Tenías que sacarme una confesión durante estos meses para descubrir cómo yo había convencido a tu hermano para que me lo dejara todo. Creías que después yo aceptaría una compensación y desaparecería para siempre. ¿Es así, Luca? No tienes que decir ni una sola palabra. Veo la verdad en tus ojos.

–Entonces no te conocíamos. Tienes que intentar comprender la preocupación de mi padre.

–¿De tu padre?

–Le preocupaba lo que hubiera esperado Raoul…

–Te aseguro que los problemas de tu hermano iban más allá del dinero y, por lo que he visto de su familia, los míos también. ¿Por qué no me dijiste todo esto antes de traerme a Sicilia? Me lo podrías haber preguntado directamente en el club.

–Entonces no te conocía tan bien como te conozco ahora.

–No confiabas en mí. ¿Y ahora? –replicó ella. La sangre se le había vuelto a helar en las venas–. Me has hecho el amor, Luca. Podría estar esperando un hijo tuyo, pero, mientras yo me estaba enamorando de ti, tú me mantenías aquí porque te venía bien. Con menos de seis meses para que yo heredara el fondo de Raoul, debiste haberte sentido sometido a una enorme presión. Tenías que hacer lo que fuera para descubrir lo que yo sabía. Me has estado manipulando desde el principio. Me dijiste que me amabas. Yo pensaba que nos comprendíamos por lo que la vida nos había deparado, pero ahora veo que solo estabas tratando de ganarte mi confianza para averiguar qué era lo que yo sabía –dijo ella mientras agarraba sus ropas y comenzaba lentamente a vestirse.

–Jen, espera…

–No. Ahora, quiero que te marches –le espetó mientras le señalaba la puerta.

–No pienso irme a ninguna parte. Tu embarazo, si este existe, lo cambia todo.

–Claro que lo cambia. Me permite ver lo estúpida que he sido y me ha hecho comprender que no te quiero en mi vida.

–Si estás embarazada, claro que formaré parte de tu vida. Ni siquiera tú puedes cambiar eso.

–Puedo mantenerte a distancia. Terminaré mis estudios muy pronto y tengo un trabajo garantizado en la casa de subastas en el

que me tendrán que pagar más. No te necesitaré ni a ti ni a tu dinero. Ni a nada que tenga que ver con la familia Tebaldi. No te necesito en absoluto.

–No tienes elección –dijo él fríamente.

–¿De verdad? ¿Quieres que lo comprobemos? Tu padre y tú no me dais miedo, Luca.

–¿Qué quieres decir con eso? Yo soy el hijo de Don Tebaldi, pero no tengo nada que ver con él. Si estás sugiriendo que sería capaz de recurrir a sus tácticas, estás muy equivocada.

–¿Y tenerme aquí con la esperanza de que confesara no es recurrir a las tácticas de tu padre? Es algo mucho más inteligente que el secuestro. Es una sutil dominación. ¿De verdad crees que después de lo que has hecho voy a dejar que formes parte de mi vida o de la de mi hijo? ¿Qué era lo que esperabas conseguir, Luca? ¿Te ordenó tu padre que no te detuvieras ante nada hasta que consiguieras que yo firmara un documento en el que renunciaba a todo lo que le hubiera podido pertenecer a Raoul?

–Te lo he dicho antes. Protejo a mi padre, pero él no me da instrucciones.

–Claro, porque tenías una solución mejor. Traerme a la isla con cualquier pretexto, seducirme y ganarte mi confianza haciéndome creer que me amabas… El Diamante del Emperador y todo lo demás eran tonterías para mantenerme aquí hasta que pudieras solucionar el enigma del testamento de tu hermano.

–Trata de ver las cosas desde mi punto de vista…

–¿Por qué?

–Porque tú apreciabas a Raoul. Tenía que haber una buena razón para que mi hermano redactara así su testamento y quiero saber por qué. ¿Tú no? Piénsalo, Jen. ¿Qué era lo que Raoul esperaba conseguir dejándotelo todo a ti?

–Tal vez pensó que yo ayudaría a personas con adicciones como él. No lo sé… Espero que no estés sugiriendo que yo chantajeé a tu hermano.

–No, por supuesto que no. Jamás pensaría algo así de ti. Mi padre nos despreciaba, en especial a Raoul. No creo que tú hayas manipulado a mi hermano en modo alguno. No podrías haber sabido que él se iba a matar en una carrera de coches. Nadie podría haberlo sabido nunca.

Un tenso silencio cayó entre ellos. Segundos después, Jen le puso voz a un temor que, hasta aquel momento, se había guardado para ella sola.

–Tu hermano vivía al límite. Los dos lo sabemos. ¿Crees que

podría haber conducido tan temerariamente aquella noche porque quería matarse?

–¿Qué?

–Creo que Raoul estaba tan desesperado por conseguir amor, apoyo y comprensión que ya no sabía qué hacer. No puedo decir nada más sin romper la promesa que le hice a tu hermano.

–La promesa que le hiciste a un muerto no sirve de nada. Estoy tratando de comprender –dijo él, ya desesperado.

Jen lo miró atónita y se dirigió hacia la puerta sin pronunciar palabra. Allí, esperó a que Luca mostrara intención de marcharse.

–Terminaré de catalogar las joyas y de organizar la exposición, pero luego me marcharé. Te informaré si estoy embarazada en cuanto me lo confirme un médico. Si lo estoy, nos reuniremos en Londres para decidir qué hacemos.

–¿Y qué pasa con el dinero de Raoul?

–Los seis meses terminarán pronto –le respondió ella con un desprecio que ya no podía ocultar–. ¿Vas a hacerme una oferta?

Eso era exactamente lo que su padre hubiera querido que hiciera.

–No, por supuesto que no.

–Entonces, ¿por qué sigues aquí? Te ruego que te marches.

–No puedo. No puedo hacerlo sin saber por qué Raoul quería que tú tuvieras el dinero. Te lo ruego. Déjame hablar –insistió cuando Jen trató de interrumpirle–. Creo que Raoul quería que tú tuvieras ese dinero por una razón concreta, pero no sé cuál es. Solo debió decírtelo a ti. Si tienes razón al pensar que mi hermano quería morir, me imagino su desesperación y tú y yo debemos descubrir lo que él quería que se hiciera con su dinero.

–Si supiera algo fuera de mi promesa a Raoul, te lo diría. Ahora, una cosa más. Trabajaré más rápida y eficientemente si tú y yo mantenemos las distancias durante un tiempo. Le haré saber a tu asistente personal cuando estoy lista para marcharme.

Luca estuvo a punto de sonreír al comprender que ella lo estaba abandonando. Ni siquiera podía protestar porque él había tenido el mismo pensamiento. Si no ponían espacio entre ellos, todo explotaría a su alrededor.

–Shirley te organizará el vuelo de regreso –respondió con el mismo tono de voz. No se podía creer que le estuviera ofrecieron ayuda a Jen para que pudiera marcharse.

–Reservaré mi regreso en un vuelo regular, muchas gracias. Te dejaré un teléfono de contacto para que me puedas llamar y saber si hay bebé… o no.

Su frialdad sorprendió a Luca.

–En ese caso, me despediré de ti.

–Adiós, Luca.

Si él había esperado alguna reacción más allá de una seca despedida, se debió de sentir muy desilusionado. Jen ni siquiera podía mirarlo.

Capítulo 16

Seis meses más tarde…

CUATRO PALABRAS. Cuatro palabras enviadas por correo electrónico a su cuenta profesional. *El embarazo progresa bien.*

Luca se reclinó en el respaldo de su butaca y lanzó una maldición. Jen se comunicaba con él con frecuencia, pero muy secamente. No podía culparla, aunque se sentía al margen de un embarazo que ella había confirmado a los pocos días de regresar a Londres. También le había reiterado que no quería saber nada más de él.

Increíblemente con todo lo que estaba pasando en su vida, Shirley le había informado que Jen había terminado sus estudios graduándose *summa cum laude* gracias al trabajo realizado. Ella no había querido que él asistiera a la ceremonia. Aún no había olvidado cómo la había tratado. Shirley tenía su teléfono por si necesitaba algo, pero Jen nunca contestaba cuando el que llamaba era él.

Ella le había dejado su legado en forma de una maravillosa exposición de gemas en una sala especialmente diseñada para albergarlas.

Según sus fuentes, había recibido ya el dinero de su hermano y lo había ingresado en una cuenta en la que estaba todo intacto. No había tocado ni un penique. Luca no sabía por qué. Lo único que sí sabía era que Jen no volvería a confiar en él.

De manera regular, ella le enviaba todos los informes médicos que recibía, pero una vez más a través de Shirley. El más importante de esos informes había incluido una nota de Jen en la que le preguntaba a Shirley si le parecía que él querría saber el sexo del bebé.

Luca quería saber mucho más que eso. Quería saberlo todo.

Apagó el ordenador y se puso de pie para ir a poner la frente sobre el cristal de la ventana de su despacho de un rascacielos de

Roma. Tras tomar su decisión, sacó su teléfono móvil.

No le importaba que las condiciones meteorológicas no fueran las óptimas para volar. Necesitaba estar en Londres aquella misma noche.

Cuando aterrizó, las condiciones meteorológicas habían dado paso a la tormenta del siglo. Tras pasar el control de seguridad, se dirigió a la limusina que lo esperaba frente a la puerta. Miró su reloj. Shirley le había dicho que Jen estaba decidida a trabajar hasta el final y que aquella noche estaría trabajando en las oficinas del casino para no estar tanto tiempo de pie.

En realidad, no debía estar trabajando en ningún sitio. Luca estaba furioso. Y mucho menos en el casino, donde las peleas eran frecuentes. Estaba embarazada de siete meses, por el amor de Dios.

Ya en el interior de la limusina, se preguntó cómo reaccionaría Jen al verlo después de tanto tiempo. Tal vez no accedería a verlo, pero tenía que comunicarle que habían pasado muchas cosas en aquellos seis meses que habían estado separados. Su padre había fallecido y le había dejado propiedades por todo el mundo. Luca había vendido algunas de ellas y había utilizado el dinero para obras benéficas, pero se había quedado con la isla y con la antigua casa familiar. Aún se imaginaba a Jen regresando a la isla para formar parte de su vida. Quería que viera que había abierto al público de manera gratuita la exposición que ella había creado para que todo el mundo pudiera admirar las gemas de su padre sin pagar nada por ello. El Diamante del Emperador con su infame historia ocupaba un lugar de honor. Había deseado que Jen comprobara el éxito que tenía su exposición y le había enviado una invitación para que acudiera a verla, pero ella había declinado la oferta diciendo que estaba demasiado ocupada con su trabajo.

Luca no se había dejado arredrar por su rechazo y le había enviado una segunda nota para decirle que había creado en la isla un campamento de verano para chicos con problemas y que le había puesto el nombre de su hermano. Solo faltaba una cosa, y era Jen. No había podido poner eso en el mensaje. Se había limitado tan solo a los hechos, tal y como ella hacía.

Otra nota de Luca. Estaba deseando imprimirla. Aquello era ridículo. Mientras esperaba que la impresora del casino se la pusiera en papel, admitió que sabía que estaba siendo ridícula. ¿De qué servía guardar todas aquellas notas? ¿Qué era lo que iba a hacer con seis meses de secos mensajes impresos en impolutas hojas de

tamaño A4?

–¿Quieres una cinta?

Jen levantó la mirada cuando Jay-Dee entró en el despacho.

–Qué tonto.

–No lo creo. Todas las mejores cartas de amor deben tener una cinta rosa.

–¿Aunque el mensaje sea: «La isla alberga ahora un campamento de verano. Campamento de Verano Raoul Tebaldi. Funcionará a pleno rendimiento cuando arregle los desagües»?

–¡Arrggg! –exclamó Jay-Dee expresando su horror exageradamente–. Tienes razón. Tal vez deberías dejar ese fuera.

–Deberías leer el resto…

–¿Los guardas todos?

–¿Qué te parece a ti?

–Ven aquí, cariño –susurró Jay-Dee.

A veces, no había nada mejor que recibir un abrazo de Jay-Dee.

Los peores temores de Luca se confirmaron cuando la limusina se detuvo en el exterior del casino. El portero le informó que había habido un problema en el interior y que no le podía franquear el paso porque se había avisado a la policía.

–Pero mi novia está ahí dentro… He venido a sacarla.

Una mirada y un firme apretón de manos, en el que una buena cantidad de dinero pasó de un bolsillo a otro, franqueó la entrada a Luca. Le costó trabajo entrar, porque muchas personas estaban intentando salir, pero cuando llegó a la sala vio lo que ocurría.

Un grupo de borrachos había rodeado a uno de los camareros y le estaba golpeando con crueldad. Todo el mundo lo había abandonado a excepción de una mujer, la directora, a quien recordaba de su primera visita al casino, el jefe de camareros y Jen, que a pesar de su embarazo estaba tratando de proteger al pobre camarero de los golpes de los borrachos.

Al ver la situación, Luca se abalanzó sobre el hombre y lo agarró por el cuello antes de arrojarlo hacia un lado. Después, se preparó para recibir el ataque del resto de los hombres. Estos lo sobrepasaban en número, pero su padre le había enseñado a defenderse muy bien cuando era un niño y no iba a permitir que se desperdiciaran aquellos conocimientos. Entre el camarero y él, no tardaron en dominar a todo el grupo. Por suerte, todos los presentes habían salido indemnes del ataque, incluida Jen. Ella le presentó al camarero, que no hacía más que mirarse los nudillos magullados.

–No sabía que podía resultar tan violento –comentaba el hombre muy sorprendido mientras comprobaba el estado de su manicura. El camarero en cuestión era Jay-Dee.

–Gracias por la ayuda.

–Bueno, creo que habría que darte las gracias a ti –comentó Jay-Dee mientras miraba de reojo a Jen.

–Hola a ti también –murmuró secamente Jen al sentirse ignorada–. Menuda entrada has tenido.

–Parece que en el momento justo –comentó Luca–. ¿Por qué sigues trabajando?

–¿Por qué sigues tratándome como si fuera una niña? Estoy embarazada, no enferma. No puedes volver a reaparecer en mi vida y decirme lo que tengo que hacer.

–No creo que estés en situación de enfrentarte a un grupo de borrachos –dijo Luca mientras se llevaba a Jen al despacho.

–¿Y qué habrías hecho tú si hubieras visto que estaban insultando y amenazando a tu amigo? ¿Le habrías dado la espalda?

–Yo no estoy embarazado de siete meses… Te he echado de menos –dijo sin poder contenerse, por la emoción que le producía volver a estar junto a ella.

Se produjo un largo silencio durante el cual Luca se temió lo peor.

–Yo también te he echado de menos –anunció ella por fin.

El alivio de Luca fue indescriptible.

–Gracias.

Precisamente en aquel momento, alguien llamó a la puerta. La frustración que sentía por estar solo con Jen lo estaba devorando por dentro, pero quien había llamado era Jay-Dee, el heroico camarero. Quería hablar con él antes de que se marchara del club. Los tres se sentaron alrededor de la mesa. Por fin, Jay-Dee tomó la palabra.

–Tal vez esto te sorprenda –dijo–. No sé cuánto sabes sobre tu hermano o si conoces cuáles eran sus últimos deseos.

–He visto el testamento –contestó Luca. El corazón se le aceleró. Parecía que por fin iba a comprender el misterio que rodeaba los últimos deseos de su hermano.

–Raoul estaba enfermo. No le quedaba mucho tiempo de vida –anunció Jay-Dee–. Él se avergonzaba de su enfermedad.

–¿Que se avergonzaba dices? –preguntó Luca atónito por lo que acababa de escuchar.

–La contrajo antes de que conocerme a mí. Nos lo contó a Jen y a mí, pero Raoul no quería que nadie más lo supiera. Teníamos fe

de que pudiera recuperarse, pero Raoul no quería ser un peso para nadie. Nosotros estábamos enamorados –confesó.

Los tres quedaron sumidos en un profundo silencio hasta que Jay-Dee volvió a tomar la palabra.

–Ni siquiera yo supe las intenciones de tu hermano hasta que no recibí una carta después de lo que habría sido el trigésimo cumpleaños de Raoul. Me la envió su abogado. El hecho de que hayas venido hasta aquí me ha evitado tener que ir a buscarte a Sicilia. No sigas enfadado con Jen –añadió con una especie de sollozo y la voz muy temblorosa–. Ella ha sido fiel hasta el final a los deseos de tu hermano. Como te he dicho, el abogado de tu hermano me envió la carta que me dejó Raoul. Le preocupaba que, si me dejaba a mí su dinero, se sabría la verdad de nuestra relación. Pensó que eso podría ponerme en peligro por parte de vuestro padre. Conocía los prejuicios de vuestro padre y no quería que tú te vieras implicado en otro conflicto familiar. Siento haber sido tan brusco, Luca, pero te debo una explicación.

–No me debes nada…

Se sentía fatal. Le parecía que había abandonado a su hermano. Por suerte, Jay-Dee había estado con Raoul hasta el fin.

–Tu hermano me pidió que organizara campamentos de verano para jóvenes en la isla, pero yo no sé cómo utilizar su dinero del modo que a él le gustaría –prosiguió Jay-Dee–. Aquella noche, yo no sabía nada. Pensé que tu hermano me había dejado. Ahora sé que solo estaba tratando de protegerme. Por eso, le dejó todo a Jen para que, cuando él muriera, yo estuviera protegido. Creía que su padre vendría a buscarme con un pistola si se enteraba que yo había tenido una relación con él. Ni Jen ni yo sabíamos nada del testamento. Yo no sabía nada de lo que él quería hacer hasta que recibí esa carta de su abogado. Si te parece bien, me gustaría trabajar con Jen y contigo en ese proyecto. A ella también le gustaría.

–¿Es eso cierto? –le preguntó Luca a Jen. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

–Si tú me aceptas…

–Ya he abierto un campamento de verano en la isla con el nombre de mi hermano –admitió Luca.

–¿Pero tienes un programa de becas? –lo interrumpió Jen–. A Jay-Dee y a mí nos gustaría utilizar el dinero de tu hermano para eso. Por eso no lo he tocado. Creo que sería maravilloso que los tres estuviéramos trabajando juntos en este proyecto en nombre de Raoul.

Luca lo pensó durante un instante. Solo tardó unos segundos en tomar una decisión.

–Me parece una idea excelente. ¿Por qué no le ponemos al campamento el nombre de Raoul Tebaldi y Lyddie Sanderson?

Jay-Dee los dejó a solas cuando vio que Jen tomaba la mano de Luca. Ella se la llevó al vientre y se la colocó justo donde su hijo estaba dándole una fuerte patada, casi como si quisiera saludar a su padre.

–¿Cómo quieres que lo llamemos? –le preguntó a Luca, que estaba asombrado por lo que acababa de sentir.

Como respuesta, Luca se arrodilló a su lado y le enmarcó el rostro entre las manos antes de besarle los labios muy delicadamente.

–Me gustaría que se llamara Luciano, el que trae la luz. A menos que te a ti se te ocurra algo mejor.

–Creo que Luciano es perfecto.

–¿Vas a regresar a casa conmigo? –le preguntó Luca mientras se ponía de pie y ayudaba a Jen a hacer lo mismo.

–¿Tienes casa en Londres?

–Sí, pero me refería a Sicilia. ¿Te vendrás allí conmigo cuando hayas terminado tu trabajo aquí?

Jen dudó. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que los dos se vieron y, cuando se separaron, lo hicieron en términos poco amigables.

–Tienes motivos para dudar. Sé que no tengo derecho a pedirte nada. Te he tratado fatal, pero te aseguro que no he hecho otra cosa que pensar en ti en los seis meses que hemos estado separados. En ti y en nuestro hijo. Vivir separado de ti ha sido mi castigo. Ahora, solo espero que puedas perdonarme para que este castigo llegue a su fin.

–Ha habido muchos malentendidos entre nosotros –susurró Jen–. El pasado nos ha condicionado a los dos, pero ahora tenemos que olvidarnos de él y seguir con nuestras vidas.

–No te merezco…

–Por el futuro…

–¿Significa eso que regresarás conmigo?

La expresión esperanzada de Luca le dijo a Jen todo lo que ella necesitaba saber.

–Me encantaría. Te amo…

–No tienes ni idea de lo mucho que yo te amo a ti –le aseguró

Luca–. Estoy deseando comenzar a trabajar contigo.

–¿Solo trabajar conmigo?

–Estoy deseando hacerte el amor principalmente –admitió él. Entonces, volvió a besarla. En aquella ocasión, sus besos se extendieron un poco más.

–¿No será un problema mi barriga? –preguntó ella frunciendo el ceño.

–*Cara*, te aseguro que nada en el mundo va a interponerse entre tú, yo y tu placer. ¿Nos vamos?

Dormir entre los brazos de Luca fue como regresar a casa. Todas las dudas, la desconfianza y los errores del pasado desaparecieron en un instante. Estuvieron hablando hasta altas horas de la noche sobre el pasado, el presente y el futuro. Mientras estuvieran los dos juntos, a Jen ya no le importaba lo que les deparara el futuro.

A la mañana siguiente cuando se despertaron, volvieron a hacer el amor. Lenta y profundamente, hasta que ella se desmoronó en brazos de Luca no una sino varias veces. Después, el sueño volvió a reclamarlos.

Cuando se despertaron, Luca le dio un beso y sonrió.

–¿Quieres casarte conmigo o tengo que volver a hacerte el amor para que me aceptes?

–Las dos cosas –contestó Jen llena de felicidad–. Me casaré contigo, pero primero tienes que hacerme el amor otra vez. Por cierto, ¿te he dicho ya cuánto te quiero?

–Sí, pero puedes decírmelo todas las veces que quieras, *signorina* Sanderson, aunque pronto serás la *signora* Tebaldi.

–Me muero de ganas de regresar a la isla –admitió ella–. La he echado mucho de menos. Sé que mi madre estaría orgullosa de que por fin haya conseguido ser gemóloga como ella, pero sé que lo que realmente le gustaría es ver lo feliz que soy y he estado a punto de tirarlo por la borda solo por mi orgullo. Me sentía herida y cegada por la inseguridad que sentía y te aparté de mi lado cuando lo único que quería era estar contigo. Ahora, será estupendo que Jay-Dee, tú y yo trabajemos juntos en el proyecto de tu hermano. Estoy segura de que Raoul estaría encantado… Te amo –le dijo de nuevo–. Los dos hemos aprendido mucho sobre la confianza en los demás.

–¿Solo en eso? ¿Qué me dices del amor? –susurró Luca–. Yo he aprendido mucho del amor y estoy deseando regresar a la isla para que esta resuene con las risas de nuestros hijos.

Luca le acarició el vientre y el bebé respondió vigorosamente,

como si estuviera de acuerdo.

–Necesito recuperar el tiempo perdido –añadió él–. Necesito pruebas de que me has perdonado. Tengo hambre de ti…

–No tanto como yo de ti –replicó ella.

–Creo que ahora eres insaciable –murmuró Luca mientras le apartaba el cabello para besarle la nuca.

–Creo que sí –afirmó Jen mientras lo estrechaba entre sus brazos.

Epílogo

LA CEREMONIA para renovar sus votos matrimoniales siempre se recordaría como una ocasión especial, pero Jen no tardó en decidir que aquel iba a ser el mejor día de su vida. Luciano ya estaba vestido para la ceremonia con unos pantalones cortos de color celeste y una camisa blanca. A Jen le gustaba pensar que dos niños iban a compartir la celebración con ellos.

La boda había sido un asunto completamente diferente. Luca y ella se casaron la misma semana en la que se volvieron a reunir, por lo que no hubo tiempo de realizar grandes preparativos. Con Shirley, Tess y Jay-Dee como testigos, su boda fue una celebración muy íntima y familiar.

La ceremonia de renovación de votos sería muy diferente. Jen entró de la mano de Luciano en el patio donde todos los invitados la esperaban. Todos aplaudieron con mucho entusiasmo al verlos, lo que llenó a Jen de felicidad.

–Estás muy hermosa –le dijo Luca, un sentimiento del que se hicieron eco Tess y Shirley y todos los nuevos amigos que ella había hecho en la isla.

Luca había insistido en que viajaran a Roma con Luciano y Natalia, su hija de dos años, que era tan pelirroja como su madre, para que Jen por fin pudiera tener el vestido que merecía. Este era de encaje azul celeste y le llegaba hasta la rodilla, lo que facilitaba el hecho de que ella pudiera salir corriendo detrás de los pequeños Tebaldi si se daba el caso. Luca había insistido también en que, para la ocasión, ella luciera el Diamante del Emperador. Lejos de ser una maldición para ellos, la gema les había reportado amor y felicidad desde el día en el que lo colocaron en la exposición para que todo el mundo pudiera admirarlo.

–¿Está preparada mi hermosa esposa?

No podía haber una imagen más espectacular que la de su apuesto esposo esperándola junto al altar con la pequeña Natalia sentada sobre sus hombros, que se completó cuando el pequeño

Luciano echó a correr para lanzarse en brazos de su papá.

–Debería montar un circo –exclamó Luca cuando atrapó a su hijo con un brazo mientras sujetaba a la pequeña con el otro.

–Los Maravillosos Tebaldi –sugirió Jen. Por fin las sombras y las sospechas habían quedado atrás y habían logrado transformar su casa de Sicilia en un verdadero hogar para todos.

–¿Qué te parece *Felices para siempre* como la cabecera de nuestra publicidad? –le preguntó Luca con una pícara sonrisa mientras acogía a Jen y a sus hijos en el círculo de sus fuertes brazos.